



*VIDAS MEXICANAS*

ALBERTO MARIA CARREÑO

**BERNAL DIAZ  
DEL CASTILLO**

*DESCUBRIDOR, CONQUISTADOR  
Y CRONISTA DE LA NUEVA ESPAÑA*

*Bernal Díaz del Castillo*

*EDICIONES XOCHITL*

*MEXICO*

*1946*

BERNAL DIAZ DEL CASTILLO





VIDAS MEXICANAS

25

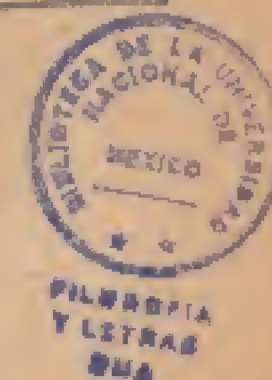
# BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

DESCUBRIDOR, CONQUISTADOR  
Y CRONISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

por

ALBERTO MARIA

CARREÑO  
DONACION



EDICIONES XOCHITL  
MEXICO  
1946





ES PROPIEDAD

Copyright by  
EDICIONES XOCHITL

México, 1946

IMPRESO EN MEXICO  
PRINTED IN MEXICO

## INTRODUCCION

**D**ifícilmente se halla entre los descubridores, conquistadores y cronistas de las Indias una personalidad con los relieves de la de Bernal Díaz del Castillo y, sin embargo, para conocer su vida y sus hazañas es indispensable acudir a las noticias que él nos da, en forma sencilla y sin afectación, aunque siempre elogiando su persona, acerca del descubrimiento y conquista de la Nueva España.

Por ello este pequeño volumen, que trata de divulgar aquella vida, no pretende hacer obra literaria de erudición, sino entresacar del libro de Bernal sus actos más dignos de recordarse, a fin de que resulte algo así como una autobiografía en que se note aun el llano lenguaje del cronista.

Si la existencia del descubridor y conquistador fue grande, el libro que la divulga es breve;



*si los hechos realizados por aquél se efectuaron en medio de batallas y de hambres y de muertes, su divulgador los consigna en medio también de su diario batallar.*

*Mas si el autor de estas apuntaciones logra su propósito: hacer un boceto de Bernal Díaz del Castillo, quedará satisfecho pues sólo quiere rendir sus homenajes a uno de los descubridores de lo que hoy es la República Mexicana.*

A. M. C.

México, Octubre de 1945.

FILOSOFÍA  
Y LETRAS

CLASIF.	F 1230
	D57
ADQUI.	[REDACTED]
FECHA	[REDACTED]
PROCED.	[REDACTED]
	SUAFYL

[REDACTED]
------------

## 1.—EL MUNDO CRECE

EL estupendo triunfo de Vasco de Gama al doblar el Cabo de Buena Esperanza y arribar a Calicut en la India tuvo una resonancia sin paralelo hasta entonces: podía llegarse a ésta desde Europa sin necesidad de atravesar el Mar Mediterráneo, sin atravesar el mundo árabe, que día por día se extendió hasta dominar una gran parte de lo que fue el poderoso imperio romano.

Es verdad que la morisma poseía elementos valiosísimos para acrecentar el comercio europeo; mas era codiciosa y dominadora, y si se prescindía completamente de ella, se daba un primer paso hacia la liberación final de Europa. Todo su arte, toda su ciencia chocaban con la filosofía de los cristianos y éste era otro grave obstáculo.

F [REDACTED] 106363



La nueva ruta, sin embargo, tenía un señalado defecto: era muy larga por el rodeo que exigía de toda la parte occidental de Africa y de una gran porción de la oriental. ¡Si se pudiera ir evitando ese rodeo, siguiendo un solo paralelo en dirección contraria a la que debía emprenderse, lo mismo se hiciera el viaje por tierra, que bordeando el continente africano!

He aquí el problema que se planteó uno de los marinos que navegó con Bartolomé Díaz en el célebre viaje en que éste descubrió el Cabo de Buena Esperanza.

Quien tal pensamiento concibió, quizá desde aquel viaje, era un genovés que habría de realizar la hazaña más notable que vieron los siglos; su nombre lo pronuncian todos los labios: Cristóbal Colón.

El célebre autor de la *Historia de las Indias*, el amigo de aquel marino cuyos hechos relató el primero, Fr. Bartolomé de las Casas, basándose en los documentos personales de aquél, nos ha dejado esta noticia: en un libro que perteneció al Descubridor del Nuevo Mundo encontró una nota marginal a propósito del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza y de las distancias recorridas, con esta declaración: *In quibus omnibus interfui*—en todo lo cual estuve—. Cree Fr. Bartolomé de las Casas, que la letra parece ser del hermano de Colón, Bartolomé; pero insiste en juzgar que la nota se refiere al Descu-

bridor mismo, a menos que ambos hermanos estuvieran en aquel viaje memorable, ya que uno era tan marino como el otro.

De cualquier manera, está demostrado que la idea de navegar hacia el Poniente para llegar a la India fue de Cristóbal Colón, ya que con Lorenzo Birardo éste envió al famoso físico florentino Maestre Paulo Toscanelli una esfera en que indicó de modo preciso cómo proyectaba el viaje, y éste lo aprobó completamente.

Inútil entrar en pormenores de lo que fueron los largos años de penalidades que soportó el Descubridor hasta el día en que llegó a la isla que denominó San Salvador; y sólo conviene establecer una curiosa coincidencia: según el sentir de muchos, en el año del descubrimiento vino al mundo quien al correr del tiempo habría de convertirse en el más gustado cronista de otro descubrimiento, que fue resultado del interés creado por aquél.

Bernal Díaz del Castillo, según varios escritores, nació en 1492 en Medina del Campo, habiendo sido sus padres Don Francisco Díaz del Castillo y Doña María Díez Rejón.

Se han enredado los eruditos biógrafos del cronista en cuál fue su verdadero apellido: Díaz del Castillo o Díez del Castillo; y este intento de biografía se atreve a proponer una resolución un tanto parecida al célebre juicio salomónico, declarando que, a la verdad, no hay que extrañar



que en alguna firma de Bernal aparezca *Díaz* y en alguna otra *Díez*, porque los dos le correspondieron, y dentro de las costumbres de aquellos tiempos uno y otro pudo usar.

Quienes no se ocupan en disquisiciones históricas o en genealogías, suelen hallarse perplejos ante el caso de un hijo, digamos, de Antonio López García, que se firma Juan Sánchez Ibarra; pero los conocedores de genealogías encuentran la solución: la madre se apellidó Ibarra y un tío, o un abuelo de su padre, u otro pariente se apellidó Sánchez.

Pues si en el caso de Bernal su padre se apellidó *Díaz* y la madre *Díez*, claro está que el famoso cronista fue con justicia poseedor de ambos apellidos y pudo usarlos indistintamente, dentro de las costumbres de su época.

Ponto vamos a ver trocado el nombre y apellido de uno de los que iniciaron al doncel en aventuras marítimas y de conquista: Pedro Arias de Avila en Pedrarias Dávila; y existe otro caso curioso en relación con alguno de los que más intervinieron en la vida del mancebo y del hombre que nos ocupa: el Conquistador de México.

Llámasele comunmente Hernán Cortés; los documentos oficiales le llaman Hernando, y él se firmó Hernando y Fernando, acaso en virtud de la transformación que iban sufriendo las palabras que en su origen latino tuvieron *f* y que cambiaron por *h*.

Hay sólo en el caso del cronista la circunstancia de que si él empleó los dos apellidos, y lo mismo aconteció con algunos de sus descendientes, en un documento oficial se le llama *Díez*, y Bernal parece haber preferido la otra forma. Nosotros le seguiremos llamando Bernal *Díaz* del Castillo.

Pero no solamente se ha discutido su nombre, sino la fecha de su nacimiento; y es una carta del famoso cronista la que ha venido a causar la duda. Escribe, en efecto, a 29 de enero de 1567 a Felipe II y le dice que tiene 72 años, lo cual daría para el nacimiento: 1495; (1) hay, en cambio, otras dos declaraciones de aquél: en una hace saber que salió de Castilla en 1514, y si se acepta el dicho anterior, resultaría que partió de sólo 19 años.

Esto no sería imposible, pues en aquellos tiempos y otros más cercanos a nosotros, los españoles en bien temprana edad salieron de la casa paterna para enfrentarse con la vida; pero hay otra declaración del propio Bernal en que asegura que al emprender el viaje que en 1517 dió como resultado el descubrimiento de México tenía "obra de veinte e cuatro años"; lo cual acer-

(1) Encontradas por Francisco del Paso y Troncoso; publicadas por José de J. Núñez y Domínguez en *Anales del Museo Nacional*, Vol. VIII, 4a. época; citados por Luis González Obregón en *Cronistas e Historiadores*, p. 11.



ca la fecha en que nació a la del descubrimiento de América.

Los antecedentes de su familia sí los conocemos en el sentido de que eran de noble abolengo. Don Francisco Díaz del Castillo desempeñaba el cargo de regidor en el Cabildo de Medina del Campo, y sus antepasados y un hermano del cronista "siempre fueron servidores de la Corona real y de los Reyes Católicos don Fernando y Doña Isabel..." (2).

El Lic. Genaro García, al publicar el manuscrito de Bernal, reproduce, tomándola de una certificación expedida a 8 de marzo de 1625 por don Jerónimo de Villa, Rey de Armas de su Majestad Felipe IV, esta noticia acerca de las armas de los antepasados de Díaz del Castillo, originarios de las montañas de Burgos en Aontonera del Valle de Toranzo:

"Formal de plata con puertas y ventanas de gules, que son colorados, y dos lebreles de plata, remendados de sable, que es negro, contramirándose, atraillados a las aldabas de las puertas del castillo con una trailla de oro. Los cuales lebreles traen los de este linaje en significación de la lealtad con que siempre han servido a sus reyes." (3)

(2) Bernal Díaz del Castillo. *Historia Verdadera de la Conquista de Nueva España*, Cap. I. Cuando se cita a Bernal sólo se indica el capítulo, según la edición hecha por el Lic. Genaro García, conforme al texto original.

(3) Genaro García. Op. cit., prólogo, p. XXII.

comenzado por encontrar un reguero de islas desconocidas y parecíale estar ya en contacto con dos de los lugares descritos por la imaginación de Maestre Paulo Toscanelli, como arcas que encerraban las joyas que se enumeran en los cuentos de hadas.

Colón regresó a lo descubierto por él, acompañado de mil quinientos noventa individuos de todos linajes y categorías, que van en busca de enriquecimiento fácil; y como sus propósitos no se cumplen tan plenamente como lo esperaban, tórnanse enemigos de Colón y de su empresa.

Pasado algún tiempo, el Descubridor decide enviar a España doce navíos al cuidado de Antonio de Torres y en ellos van los descontentos, que inician el período de murmuraciones que tantos dolores causarían más tarde a Cristóbal Colón.

Sin embargo, "nadie escarmienta en cabeza ajena", dice un viejo apotegma y otros ambiciosos de gloria y de riqueza alistanse para ir a las tierras nuevamente conocidas, aprovechando que los reyes mandan a Juan Aguado para que directamente vea si son fundadas las quejas contra el Almirante.

Juan Aguado se excede en su intervención, o aquél se siente ya sin voluntad para soportar más penalidades de las que ha sentido y emprende nuevo viaje a España con el propósito de des-



truir, si es posible, la animosidad que contra él comienza a desarrollarse; parte de la Isabela el día 10 de marzo de 1496 y llega a Cádiz el día 11 de junio siguiente.

Aguado, el enviado de los reyes, predispuso el ánimo de éstos contra Colón cuanto le fue posible; mas éste les lleva los mejores argumentos para su defensa: ha descubierto muchas nuevas islas, además de las que descubrió en su primer viaje, y si en bondad no exceden a la Isla Juana o Cuba y La Española o Haití, son otras fuentes de riqueza que pone a disposición de los monarcas españoles, ya que "...dió también a sus Altezas noticia de las minas del oro y de las partes donde las había hallado. Hízoles un buen presente de oro por fundir, como de las minas se había cogido, dello menudo, dello en granos como garbanzos, y dello mayores los granos, según se dijo, que habas, y algunos como nueces..." (4)

No es de extrañar, en consecuencia, que por muy mala opinión que se hubieran formado por los decires de los descontentos que habían regresado de la Isabela, primera ciudad que Colón fundó en el Nuevo Mundo, aquellas manifestaciones reales, efectivas, de lo que significaba su actividad, a pesar de todos los obstáculos que se le ponían frente a sí, movieran los reales áni-

(4) Fr. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias*, Vol. I. p. 361.

mos a seguir favoreciendo a quien parecía no haberse engañado en sus miras y prometimientos.

Y nuevas promesas había por parte del intrépido navegante. Ahora ya tenía pruebas inequívocas de que cada vez que torciera el rumbo seguido en sus anteriores expediciones, otras tierras habrían de surgir a su paso; y si Cuba no era tierra firme, como en el principio supuso, otra exploración lo llevaría a descubrir algún continente.

Los reyes aceptan la idea, se hacen preparativos de acuerdo con los deseos del Almirante, quien pide se le proporcionen ocho navíos, de los cuales dos deben llevar buena suma de víveres destinados a La Española, en donde éstos escasean ya creando naturales factores para el descontento.

Y no solamente los reyes acceden a lo que el Almirante pide; no solamente se determina los que irán a sueldo de la Corona y los que irán por su cuenta en busca de fortuna; sino que hubo más: "Concedieron también los reyes a los que se acercasen en esta isla —La Española— y los que viniesen a ella de Castilla para se avecindar, que el Almirante les repartiese tierras y montes y aguas para hacer casa, heredades, huertas, viñas, algodónales, olivares, cañaverales para hacer azúcar y otros edificios necesarios para sí propios, y que de ellos en cualquier manera por venta o donación o trueque se aprovecharan, con que estuvie-



sen y morasen en esta isla con su casa poblada cuatro años..." (5)

Tal fue una de las provisiones expedidas a 22 de junio de 1497, precisamente en el lugar en donde nació Bernal, cuyo padre quizá tuvo intervención directa en los preparativos para este proyectado tercer viaje, según se ha insinuado antes.

Esta provisión claro está que no pudo influir directamente en el futuro cronista quien a lo sumo, si se acepta como fecha de su nacimiento 1492, tendría sólo cinco años de edad; pero influyó indudablemente en el ánimo de gran número de pobladores de aquel lugar, acaso emparentados con el infante, si no en su propio padre, y esta influencia, a través de los años, sí ha de haber producido la atracción que tiene para las mentes lo desconocido, máxime cuando se anuncia que hay grandes riquezas en perspectiva y enormes facilidades para lograrlas.

El día 30 de mayo de 1498 partió Cristóbal Colón del puerto de Sanlúcar de Barrameda, cargado de provisiones reales, en papel, y de provisiones en vituallas para alimentar a los habitantes de La Española y para sostener a los que con él iban a nuevos descubrimientos; provisiones, en fin, de bujerías que dar a los indígenas a cambio del oro ambicionado.

(5) Las Casas, Op. cit., p. 363.

Y trascendental en grado sumo fue este nuevo viaje no solamente porque Colón descubrió la importante isla que denominó de la Trinidad, sino porque tocó la tierra firme, la continental, tan ambicionada; aunque, caso curioso en verdad: al descubrir la isla de Cuba, creyó haber llegado a un continente; y al asentar la planta en él, considéralo una isla a la que da el nombre de Gracia. En realidad había descubierto la porción oriental más saliente de la América del Sur.

Para las pequeñas embarcaciones en que el Almirante navega, el estrechamiento del mar entre la isla de la Trinidad y lo que se llamará más tarde Tierra Firme vuélvese peligroso por extremo, y lo denomina Boca del Dragón, porque parece dispuesto a engullir aquellas naves.

Levanta Colón cuidadosamente el plano de lo que ahora ha descubierto; y aun cuando, como ya se dice, cree que ha tocado una isla, al enviarlo a España deja claramente entender que aquella costa bien puede ser de un continente.

Aquel plano trae consigo dos consecuencias: con él se puede probar que nadie antes que el genovés llegó a la Tierra Firme, puesto que como se verá adelante, aquél sirvió de guía a los que primero lo poblaron, entre ellos Bernal Díaz del Castillo por algún tiempo. La segunda consecuencia fue que ese plano cooperó indirectamente a que el Nuevo Mundo no lleve el nombre de su descubridor.



En efecto: la descripción enviada por Colón a España provoca nuevas y mayores ambiciones, a grado tal, que aun despojando a éste de los derechos exclusivos que se le habían otorgado, se da una autorización nueva para *descubrir* y conquistar... lo que el gran Almirante había descubierto; el que la obtiene celebra arreglos con Américo Vespucio, y en virtud de ellos éste acompaña al concesionario; da públicas noticias de los lugares que visita; se le considera su descubridor y se da su nombre a todo un Nuevo Mundo cuyo descubrimiento es gloria que corresponde sólo a Cristóbal Colón.

Aquella Tierra Firme, por otra parte, con que se ensanchaba el mundo como jamás se había soñado, iba a ser el primer contacto de Bernal Díaz del Castillo con las aventuras que habrían de hacerlo célebre más como su narrador que como su activo ejecutante.

Es curioso observar, sin embargo, que aquellos sitios, raíz y origen de su vida aventurera no parece que le hubieran dejado recuerdo grato alguno, ya que los menciona sólo de modo accidental e intrascendente.

## II.—EL PRIMER CAMPO DE ACCION

LA porción continental descubierta por Colón en su tercer viaje iba a intervenir de manera decisiva en la existencia de Bernal Díaz del Castillo, porque en ella dió sus primeros pasos en la carrera de las armas, sin duda en busca de fortuna y de gloria, y lejos de encontrar una u otra sólo halló penalidades, molestias, heridas, después de largos años en este Nuevo Mundo; pero en aquella Tierra Firme el mozo vió más: una gran suma de odios, de matanzas a sangre fría. Ya observaremos sin embargo, que no resultó contaminado.

La historia de aquellas conquistas que fueron consecuencia necesaria de los descubrimientos es la historia de todas las conquistas y de muchos descubrimientos: el conquistador impone brutalmente sus deseos, y cuando se hace necesario re-



partir el botín, ya no aparecen las dificultades entre los vencedores y los vencidos, porque éstos ya no tienen fuerza que oponer, sino entre los vencedores mismos, que entonces, quitada ya la máscara con que intentaron la conquista — toda conquista se cubre con la máscara de un falso ideal — dejan ver claramente lo vergonzoso de sus apetitos, al luchar contra sí mismos.

Cada invento que el hombre realiza representa el ascenso de un peldaño en la escala de la cultura humana; pero en multitud de casos en vez de aprovecharlo de una manera digna, benéfica, el hombre mismo lo utiliza únicamente para dañar, para destruir a sus semejantes.

Bernal Díaz del Castillo, mozo que comienza a vivir, se encuentra de pronto en medio de un torbellino de pasiones, de asesinatos que lo horrorizan, que lo desconciertan, y acaba por huir de lo que había considerado una brillante meta. Para explicarnos esto, señalemos siquiera brevísimos antecedentes.

Alonso de Hojeda, joven capitán, de una de las diez y siete naves que llevó Colón en su segundo viaje a La Española y que por su temperamento audaz fue escogido por Colón mismo para practicar exploraciones tierra adentro, volvió a España, según parece, al regresar Francisco de Peñalosa, uno de los más destacados personajes que con el Almirante hicieron aquel segundo viaje.

El Obispo de Badajoz, Don Juan Rodríguez de Fonseca, (1) quien no solamente veía con buenos ojos a Hojeda, sino con malos al Descubridor; que en sus manos tenía cuanto se iba relacionando con ese mundo desconocido antes y que ahora se ensanchaba cada vez que aquél variaba el rumbo de la navegación, no tuvo empacho en autorizar a Hojeda para emprender descubrimientos nuevos, con sola una condición: que no se entrometiera en lo que conforme a los privilegios pontificios debía considerarse perteneciente al Rey de Portugal.

Hojeda partió de Cádiz el 20 de mayo de 1499 y, como era de esperarse, si lo que lo había animado a realizar por su cuenta el viaje era haber visto la descripción gráfica de Colón y su noticia acerca de la abundancia de perlas, encaminó sus naves a la Tierra Firme, que los nativos denominaban Parí y que Hojeda, encontrándole cierta semejanza con Venecia, llamó remedo de Venecia o Venezuela.

Casi al par que Hojeda partieron con el mismo rumbo Peralonso Niño, que había ido con Colón cuando éste descubrió la Tierra Firme, y Cristóbal Guerra, el primero como piloto y el segundo como capitán; y poco después de éstos, Vicente Yañez Pinzón quien, como se recordará, había pilo-

(1) Las Casas lo llama simplemente Juan Fonseca; Bernal, Juan Rodríguez de Fonseca, y hoy se le nombra Juan Rodrigo de Fonseca.



teado y comandado la carabela *Pinta* durante el viaje del Almirante genovés; y aunque al desviarse lo que tocó fue el Brasil, descubriendo el caudaloso río Amazonas, que también tuvo el nombre de Marañón, a su regreso llegó a Paria donde primero hizo armas, algún tiempo más tarde, el mozo Bernal Díaz del Castillo.

Todas estas tierras, que hoy llevan los nombres de Venezuela, Colombia y Panamá, bañadas por el Mar Caribe y que entonces más generalmente se les conoció por Tierra Firme, y el golfo de Panamá por Golfo del Darién, iban a ser teatro de luchas terribles y cruentas ya no sólo entre los indígenas y los españoles, sino entre los españoles mismos.

Resultado de estas últimas luchas fue la resolución del Monarca hispano de enviar a Pedro Arias de Avila, conocido mejor por Pedrarias Dávila, según se dijo antes, hermano del Conde de Puñonrostro, a fin de que se hiciera cargo de la gobernación de la Tierra Firme.

Coincidió este nombramiento con la llegada a España de Caicedo y de Colmenares, a quienes Vasco Núñez de Balboa había enviado como mensajeros para anunciar su descubrimiento del Océano Pacífico, y de perlas, innumerables perlas en el Golfo del Darién. Aquella llegada y aquel anuncio se convirtieron en nuevo y activísimo incentivo a la codicia de quienes taguardaban en breve enriquecerse.

Pedrarias habíase distinguido extraordinariamente en la campaña contra los moros en África, pero, sobre todo, era amigo del Obispo Rodríguez de Fonseca, y por ello lo recomendó empeñosamente al rey, en un documento que las Casas reproduce, y que en parte decía:

"Vuestra Alteza ya tiene grande noticia del esfuerzo y valor de Pedrarias, y las hazañas que por su persona, así como Capitán que vuestro ha sido, como particular persona, siempre hizo en las guerras de Africa, donde Vuestra Alteza lo ha enviado, y cómo en todas muchas veces se señaló, y cuanta experiencia de las cosas de la guerra tiene, y para las de la paz de cuán buen entendimiento es dotado, allende haberse criado en vuestra casa real desde su niñez, de donde se sigue que más que otro procurará vuestro servicio y guardará toda fidelidad... En ninguna manera conviene que a este negocio vaya otro sino Pedrarias de Avila..." (2)

Pedrarias era a la sazón un hombre que pasaba de los sesenta años; y su carácter duro habría de convertirlo en "una llama de fuego que muchas provincias abrasó y consumió" hasta merecer que se le llamara *Furor Domini*: el Furor del Señor.

Esto sin embargo habría de ser con bastante posterioridad a su nombramiento; pero aun

(2) Las Casas, Op. cit., Vol. II, p. 268.



cuando acaso muchos conocían ese carácter, no vacilaron en emprender la jornada, ya que Vasco Núñez anunciaba que las perlas podrían encontrarse en moluscos que se pescaban fácilmente.

"Rescibió mucha gente noble Pedrarias en la corte —nos dice un célebre cronista— y cuando llegó a Sevilla halló 2,000 hombres nobles y mancebos, tan bien dispuestos, lucidos y ataviados, que se le ofrecieron ir con él a su propia costa y sin sueldo alguno, que le hizo dolor no poder llevar tantos, y aunque tenía limitado el número de la gente del Rey, que no pasasen de 1,200, no pudo estrecharse tanto que por ruegos, favores e importunidades, 1,500 no llevase." (3) Uno de los mozos que lograron ser admitidos, seguramente a causa de la posición que su padre tenía en la corte, fue el futuro narrador de los hechos más famosos de la conquista de México: Bernal Díaz del Castillo.

He aquí la manera en que ya en la ancianidad Bernal recordaba aquellos primeros hechos:

"...como mis antepasados y mi padre y un mi hermano siempre fueron servidores de la Corona Real y de los Reyes Católicos don Hernando y doña Isabel, de muy gloriosa memoria, quise parecer en algo a ellos y en aquel tiempo, que fue año de mil y quinientos y catorce, como de-

(3) Op. cit., p. 269.

clarado tengo, vino por gobernador de Tierra Firme un caballero que se decía Pedrarias Dávila; acordé de me venir con él a su gobernación y conquista; y por acortar palabras no diré lo acaecido en el viaje, sino que unas veces con buen tiempo y otras con contrario, llegamos a el Nombre de Dios..." (4)

Como aconteció en frecuentes ocasiones, los que iban en busca de fortuna sólo encontraron adversidades, y éstas se les presentaban en bien distintas formas: ya era el clima, ya la carencia de víveres que los obligaba a comer cosas a veces desagradables, ya las incomodidades inherentes a toda conquista, muy diversas a las que muchos de aquellos hombres hallaban en sus labores ordinarias.

Era indispensable agregar a éstas, que la realidad para muchos era del todo contraria a las ilusiones que se habían formado. Colón en una de sus cartas a los Reyes lo había hecho notar perfectamente: los expedicionarios juzgaban que apenas llegados a las nuevas tierras iban a encontrar al solo alcance de su mano oro en abundancia y las especias atadas en lios en las playas para echarlas en las naves, y resultaba que la mayor parte del oro debía extraer de las minas; que para encontrar especias era indispensable buscarlas en los bosques. Ahora la ilusión se po-

(4) Cap. I.



nia igualmente en las perlas que el mismo Colón había encontrado en abundancia, que había visto luego Hojeda y que anunciaba después Vasco Núñez de Balboa, y que se decía podían obtenerse con únicamente tirar al mar las redes.

Y no: de igual modo que sólo por excepción solía presentarse el oro en las arenas de los ríos, y a veces en lugares accesibles se obtenían las especias, por excepción también se habían recogido con facilidad las perlas; y el que pudiera bastar tirar las redes al mar para lograrlas era únicamente una metáfora. Aquellos mares rindieron a los exploradores perlas valiosísimas, pero ni éstas abundaban para saciar las ambiciones de todos, ni era tarea simple el cogerlas.

Gaspar de Morales, primo de Pedrarias, que llegó a la isla que llamaban Tararequi en 1515, encontró "una perla pera, de treinta y un quilates, que hobo Pedrarias en mil y tantos pesos. . . la cual perla vale muchos más dineros." (5); y por su parte el célebre cronista Hernández de Oviedo nos dice:

"De aquella isla también es una perla redondísima que yo truje de aquella mar, tamaño como un bodoque pequeño, y pesa veinte y seis quilates; y en la cibdad de Panamá, en el mar del Sur, dí por esta perla seiscientos y cincuenta

(5) Gonzalo Hernández de Oviedo, *Sumario de la Natural Historia de las Indias*, Biblioteca Rivadeneyra, Vol. 22, p. 513.

pesos de buen oro, y la tuve tres años en mi poder, y después que estoy en España la vendí al Conde Nansao (no dice en cuanto) Marqués del Cenete, gran camarlengo de vuestra Majestad; el cual la dió a la Marquesa del Cenete, Doña Mencía de Mendoza, su mujer; la cual perla creo yo que es una de las mayores o la mayor de todas las que en estas partes se han visto. . ." (6)

Hernández de Oviedo también hace ver que había perlas en abundancia, pero al mismo tiempo indica la ruda tarea que se imponía a los indios quienes, como todavía se hace hoy en muchos lugares en donde la concha perla se produce, necesitaban arrojarse desnudos al fondo del mar para arrancar las ostras que, por cierto, no todas tienen la codiciada perla.

Indudablemente Bernal Díaz fue uno de los desilusionados, pero hubo más: poco después de llegar a Nombre de Dios comenzó a desarrollarse una violenta peste "de la cual murieron muchos soldados", y los que lograron escapar a la muerte, no pudieron impedir que se les hicieran llagas en las piernas, acaso por el excesivo calor que resintieron los expedicionarios al llegar a las nuevas tierras.

Pero estos males no eran los únicos; los más graves los habían de producir los hombres mismos.

(6) *Ibid.*



Vasco Núñez de Balboa había conquistado aquella región con el filo de su espada y la tenía muy bajo su dominio cuando llegó designado gobernador Pedro Arias de Avila. Acaso la belleza de una hija de Pedrarias atrajo las voluntades de Vasco hacia ella; quizá la idea de las riquezas que éste poseía movieron la codicia de Pedrarias; el hecho cierto es que Vasco Núñez de Balboa contrajo matrimonio con la joven dama y así emparentaron el conquistador y el gobernador nuevo.

El parentesco debió haber sido suave lazo de unión de los dos próceres de las nuevas tierras, pero las cosas estuvieron muy lejos de ser así. Cuando se vuelve la cara a los acontecimientos de aquellos días se encuentra siempre cómo la mutua desconfianza era la base de las relaciones entre los capitanes empeñados en rudas conquistas, y esto se explica con sólo pensar en que la suspicacia suele mover los corazones de todos los hombres en todos los tiempos y en todos los lugares, cuando se trata del apoderamiento del poder o de las riquezas. Y los que señoreaban en esos días la Tierra Firme no pudieron verse libres del dominio de tan mala pasión.

Es muy difícil precisar si en verdad Vasco Núñez de Balboa tuvo el propósito de alzarse en armas contra su suegro, o si fue el espíritu rudo y fuerte de Pedrarias el que lo llevó a sospechas injustificadas. Sola una cosa es indudable: Pedra-

rias hizo prender al descubridor del Océano Pacífico, a pesar de ser su yerno, a pretexto o justificadamente de que pretendía rebelarse; lo sujetó a un consejo de guerra que, como todos los consejos de ese linaje son únicamente la máscara con que se ocultan premeditados crímenes. Vasco fue sentenciado a muerte, y su suegro mandó decapitarlo.

Aquel acontecimiento fue para el joven Bernal Díaz del Castillo mucho más grave que las llagas que le molestaban las piernas; y no era lo único que en materia de crímenes podría acontecer, porque como él mismo nos lo refiere, había "otras revueltas entre sus capitanes" cosa natural si se piensa que los amigos de Núñez de Balboa deben haber resentido gravemente la conducta de Pedrarias, ya fueran cómplices del decapitado para rebelarse en unión suya, o fueran únicamente amigos que reprobaban la conducta de quien había ordenado la ejecución, pues ante nadie podía justificarse el condenar a un hombre por un grupo de partidarios de quien lo había hecho morir.

El destino iba a favorecer a Bernal Díaz y a otros cuantos de sus amigos y compañeros de aventura. Hasta la Tierra Firme llegaron las noticias de que Diego Velázquez había ido de La Española a Cuba no sólo para conquistarla, sino para poblarla. ¿No sería esto una salvación



para quienes veían con desagrado los sucesos que en la misma Tierra Firme se iban desarrollando?

En efecto, Diego Velázquez, que había obtenido éxitos lisonjeros al someter a los aborígenes de La Española, fue escogido por Don Diego Colón para someter igualmente a los de Cuba. A la sazón gobernaba cinco villas que, después de los triunfos de Velázquez sobre el cacique o señor de Hanyguayaba, constituyó y pobló el Comendador Mayor Nicolás de Ovando, convirtiéndolo en uno de los hombres más poderosos de La Española.

Velázquez había triunfado ahora sobre Hatuey, el guerrero que de esta isla, su patria, huyó para escapar de las crueldades que realizaban en ella los españoles, refugiándose en Cuba a la que defendió también con denuedo hasta que, prisionero al fin, fue sacrificado. Velázquez iba, en consecuencia, a convertirse en la figura más importante de esta última isla, como su Gobernador también.

Y Bernal y sus compañeros juzgaron que mejor les sería abandonar la Tierra Firme y establecerse en Cuba, donde acaso las condiciones caóticas que ahora presenciaban no existieran, y ellos pudieran encontrar la Fortuna que, hasta allí esquivada, no había llegado a presentárseles.

Era indispensable, sin embargo, obtener la venia de Pedrarias, que si hubieran pretendido escapar sin ella, como a desertores los hubiera mandado ajusticiar; si ajusticiar era decapitar a los



*Llegada de los españoles según la "Historia General de los hechos castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano", Madrid, 1601.*



hombres por virtud de órdenes de los jefes militares que todo lo someten al dominio de la fuerza.

Pedrarias no tuvo inconveniente para otorgar el permiso, toda vez que como Vasco Núñez había sometido completamente la región que ahora gobernaba Pedrarias, éste no necesitaba todos los soldados que había llevado; y antes menos gente hubiera ociosa, menores disturbios podría temer para el futuro.

Ciento diez hombres formaron la partida; contrataron el transporte en un navío y llenos de ilusión y de esperanza dejaron que el Destino los guiara a la isla que hacia tres años ya, iba lentamente ocupando Velázquez, ayudado de varios de los que más tarde habían de intervenir para bien o para mal en la vida de aquel mozo, que hasta el momento de su partida de Tierra Firme bien podía considerarse un fracasado. No había encontrado oro ni perlas; tampoco la manera de asentarse y colonizar; ni siquiera tranquilidad espiritual, pues todo era barrascas y tempestades entre los pobladores de la porción del Continente que había descubierto Cristóbal Colón.

El espíritu inquieto de los hombres de aquella época, sin embargo, iba a empujar al mozo a nuevas aventuras, más intensas quizá que las que hasta allí había experimentado; pero esa misma inquietud y esas mismas aventuras habían de proporcionar a la posteridad uno de los libros muy más agradables que los fantásticos de caballerías



que poblaban la literatura de aquellos propios momentos; e iban a tener un mayor interés en el caso de los relatos que nos legó Bernal, porque ellos no fueron producto de la Fantasía de un hombre, sino hechos reales, positivos, realizados entre muchos hombres, por el mismo Bernal; aunque en determinados momentos más nos parezcan una mera ficción por lo mucho de extraordinario con que nos asombran.

### III.—HACIA LO DESCONOCIDO.

**D**IEGO Velázquez puso su primer asiento en Baracoa y lo trasladó luego a Santiago de Cuba, lugares ambos en el Sur de la isla; cosa explicable, no sólo porque al llegar como conquistador, procedente de La Española, el Sur era la puerta más cercana, sino porque en aquellos días esta última isla constituía lo más importante que España poseía en este hemisferio, y precisaba mantenerse lo más cerca de ella.

En efecto, si Cristóbal Colón fundó La Isabela, primera ciudad europea que hubo en el Nuevo Mundo, su hermano Bartolomé estableció Santo Domingo en el extremo opuesto de La Española; hacia el centro de la misma se fundó la Concepción de la Vega Real, y las naves que iban en busca de nuevas tierras o a dominar las ya conocidas, hacían de Santo Domingo especialmente



punto de arribada. En este puerto los Colones levantaban un verdadero palacio y era, en suma, la sede oficial del poderío de España en lo que se había descubierto y conquistado.

Pero si convenía estar cerca de La Española, no por ello la gente se había estancado sólo en el Sur de Cuba; que una previsión juiciosa de Velázquez lo movió a dar tierras e indios tanto en lo que pudiera considerarse el centro de la isla, como en regiones distantes: hacia el Noreste y Noroeste. El dominio sólo podía lograrse por medio de la colonización; cuando se hiciera necesario, los indios serían sometidos por la fuerza de las armas; cuando no, serían subyugados simplemente por medio del trabajo.

Una exploración de Cuba había demostrado la fertilidad de la tierra, y era necesario trabajarla; los indígenas serían elemento indispensable para realizar este trabajo, y por ello a cada nuevo colono se le proporcionaba un número determinado para el servicio y explotación del campo.

Esto explica que a la llegada de Bernal y de sus compañeros hubiera encomiendas tan lejos de la capital y residencia del gobierno de Cuba, como la que tenía un acaudalado hombre de empresa, Francisco Hernández de Córdoba, en lo que se llama Sancti Spiritus, casi en el centro de la isla; que al Noroeste, Velázquez hubiera fundado Trinidad desde 1514, dándole como puerto y salida al mar el que se llamó luego Puerto Casilda; que

se comenzara a poblar lo que por aquellos días recibió el nombre de Puerto Carenas y que más tarde se transformaría en la Habana de hoy; que relativamente cerca de Carenas surgiera el establecimiento de Jaruco y se comenzara a utilizar el hermoso puerto de Matanzas, llamado así en recordación de la que de españoles hicieron los indígenas.

Ya queda dicho que de Baracoa, que fue fundada en 1512, Velázquez se trasladó —en 1514— a Santiago; fue, pues, en Santiago donde Bernal puso los pies por vez primera al llegar de Tierra Firme para comunicarse con el Gobernador, con quien ligábalo cierto parentesco; y no solamente por ser tal Gobernador y tal pariente, sino porque los recién llegados deseaban asentarse en la isla y convertirse en labradores, por mano de los indios que pedirían en encomienda.

Hablaron, en efecto, con Velázquez, quien los recibió con benevolencia; le pidieron tierras, y les ofreció tierras; le pidieron indios, y les prometió indios. ¡Al fin! exclamaría aquel puñado de aventureros fracasados, pero que resueltos ahora a buscar los frutos de la tierra creyeron sin duda que pronto se enriquecerían y tendrían además de la riqueza, la posición que siempre suele ser la compañera de ésta.

Mas no toda promesa entraña cumplimiento de lo ofrecido. Pasaban los días y las semanas y los



meses, y Velázquez no daba señales de entregar las tierras y los indios.

¿Cómo viviría Bernal durante ese tiempo? No lo sabemos, ya que él, la mejor información para saber de su vida, lo calla por completo. Si aún conservaba parte de los recursos con que salió en unión de Pedrarias, claro está que no tuvo problema alguno que resolver, y entonces mataría el tiempo recorriendo la isla para mejor conocer dónde le convendría asentarse, o entregado con sus amigos a los placeres propios de la juventud.

Acaso también hubiera agotado ya esos recursos y entonces con toda probabilidad prestó sus servicios, quizá al mismo Velázquez, recibiendo por ello la recompensa correspondiente; quizá más de una vez, en medio de la vida militar y la del navegante y la del truhán que se desarrollaba en la isla, los naipes le darían algunos escudos para vivir.

Pero llegó un momento en que fue necesario tomar una resolución; juntáronse los amigos que con Bernal habían llegado a Cuba, a fin de examinar su situación actual y las probabilidades para el futuro.

De pronto uno de ellos aventuró el problema: si tantos han ganado fama y dinero yendo a descubrir tierras, ¿por qué nosotros no hemos de tener resultado igual? Y bien sí, era una perspectiva halagüeña, pero para convertirla en rea-

lidad era necesario obtener algunas naves, aviarlas con carnes, galleta, con todo lo necesario para la alimentación durante la travesía y para hacer frente a los primeros días o a los primeros meses después del desembarque; con armas había que contar igualmente para defenderse de los indígenas si no los recibían de paz, o para hacerles la guerra si era indispensable, y realizar la anhelada conquista; era necesario adquirir, por último, bujerías de todo linaje para ganarse las voluntades de los mismos indígenas, que tanto gustaban rescatarlas, dando en cambio el oro que tanto ambicionaban los europeos.

Quedaban entonces dos caminos: acudir a Velázquez, pedirle recursos para la empresa, aunque con el riesgo de que el Gobernador, astuto y codicioso, tratara de quedarse con todos los beneficios y a ellos les quedaran solamente las penalidades y tropiezos. El otro camino era solicitar ayuda de uno o más particulares que quisieran arriesgar algunos dineros en el negocio; en Cuba existían hombres ricos que bien podían proporcionar algunos fondos, a cambio de las cuantiosas utilidades que lograrían en las tierras que descubrieran y conquistaran.

Muy de cerca habían visto los peligros en la Tierra Firme, pero también que Vasco Núñez de Balboa se había enriquecido, y que resultado igual había alcanzado Pedro Arias de Avila. Se



necesitaba solamente decisión y arrojo, y arrojo y decisión tenían en abundancia.

Optaron, pues, por el último camino. En Santiago habían conocido a uno de los más ricos e importantes encomenderos, cuyo nombre se ha dado antes: Francisco Hernández de Córdoba, quien no solamente contaba con su cuantiosa fortuna, sino con las consideraciones y respeto, lo mismo de los agricultores y ganaderos circunvecinos que del propio Gobernador de la isla.

Y hablaron con el hacendado; le hicieron ver todo un hermoso panorama en que los honores y nuevas riquezas serían la compensación de gastar algunos dineros. ¿No tenía allí el ejemplo de Velázquez, quien no había sido descubridor, sino simplemente conquistador, y ahora gobernaba toda la isla de Cuba? ¿Quién podría quitarle la supremacía que alcanzara como descubridor y conquistador al mismo tiempo?

La proposición no fue mal recibida; pero ni él, a pesar de su riqueza, podría proporcionar todo lo que era necesario para la realización de tal empresa.

Se pensó entonces en dos amigos de Hernández de Córdoba: Cristóbal de Morante y Lope Ochoa de Caicedo; acaso sintiéranse dispuestos también para entrar en el negocio. Reuniéronse todos, discutieron con gran amplitud lo que sería necesario aportar, y al cabo convinieron

en que entre los tres alistarían dos navíos provistos de cuanto fuera necesario.

Hechos todos los cálculos, analizadas todas las probabilidades, encontraron, sin embargo, que dos embarcaciones no serían bastantes; y entonces alguien sugirió: "pidámosle a Velázquez que nos proporcione una tercera". La idea fue acogida con entusiasmo; y resueltos ya los proponentes y los tres invitados a formalizar la empresa, se acercaron al Gobernador, a quien expusieron sus planes y propósitos.

El hombre, que ya hemos notado era fácil para prometer y que inmediatamente vió un beneficio en perspectiva del todo inesperado, ofreció en seguida ayudar con la embarcación que le pedían, con sola una condición antes de que se fijaran las relativas al reparto de beneficios que resultaran del descubrimiento de nuevas tierras: los proponentes del negocio deberían previamente ir a saltear algunos indios en las islas guanajas, ya que los de Cuba no iban siendo suficientes para las diversas explotaciones emprendidas en la isla.

Bernal afirma que ellos resistieron, diciendo a Velázquez que lo que pedía "no lo manda Dios ni el Rey: que hiciésemos a los libres esclavos"; y agrega que cuando el Gobernador conoció este juicio se conformó con él, y "dijo que era mejor y no el suyo en ir a descubrir tierras nuevas".



No era Velázquez de tan tierno corazón que un razonamiento de sola justicia lo ablandara prontamente; y nosotros podemos pensar con toda malicia, que midiendo los beneficios que habría de reportarle aquel grupo de esclavos indígenas, con los que sacaría del descubrimiento de nuevas tierras, que acrecentarían la importancia de su gobierno y aun su valimiento en la Corte, encontró que era preferible lo último y por ello se conformó con el parecer de los demandantes, tal vez el de Hernández de Córdoba, de quien Las Casas, que lo conoció y fue su amigo, se expresa en muy buenos términos, aunque no precisamente en lo que respecta a su trato para con los indios.

Hay que advertir que contra lo que asienta Bernal Díaz del Castillo está el decir del propio Las Casas. Según éste, Velázquez tenía una idea peculiar acerca del descubrimiento de nuevas tierras: si había en ellas oro en abundancia, se habría de ir a ellas para evangelizar a los indios; pero si no existía, entonces había que saltear los indios para aprovecharlos en Cuba.

Y Hernández de Córdoba, Morante y Ochoa de Caicedo "trataron con Diego Velázquez que les diese licencia para ir a saltear indios dondequiera que los hallasen, o en las islas de los lucayos, aunque ya estaban, como arriba hobo parecido, destruidas, pero todavía creían poder to-

par, rebuscándolas, algunos otros o de otras partes de las descubiertas." (1)

Como se ve, según el célebre defensor de los indios, no fue Velázquez en este caso quien solicitó el saltear indios y los futuros descubridores quienes se negaron, de acuerdo con el decir de Bernal, sino que aquellos tres con quienes los recién venidos de la Tierra Firme se habían ligado, fueron los que pretendieron aquel salteamiento.

¿Quién de los dos asienta la verdad? No es fácil precisarlo. Sin embargo, es posible que a Bernal convino presentarse y presentar a sus compañeros como hombres misericordiosos para con los indios; y que el futuro dominico, amigo de Hernández de Córdoba, tuvo de éste la noticia de cómo se prepararon los acontecimientos; lo que sí cabe agregar es que Las Casas resulta más explícito en sus informaciones acerca de los preparativos de aquel viaje que había de traer como resultado el descubrimiento de México.

En efecto: el Obispo de Chiapas nos dice que una vez que Velázquez otorgó la licencia, cada uno de los embarcadores puso mil quinientos o dos mil castellanos; adquirieron dos navíos y un bergantín y los proveyeron de pan casabe, tocinos de puerco y carne salada, agua y leña, y aquél nombró capitán de la expedición a Her-

(1) Las Casas, Op. cit., Vol. II, p. 537.



nández de Córdoba, "porque era muy suelto y cuerdo y harto hábil y dispuesto para prender y matar indios"; y que ya con tal nombramiento, reunió cien hombres, inclusive los marineros, unos a sueldo y otros con participación en las utilidades. Uno de esos cien hombres era nuestro Bernal.

Lo principal faltaba: buenos pilotos que conocieran aquellos mares, si el primer propósito fue el de aventurarse hacia las islas de los lucayos o a las de los guanajes; pilotos capaces de sortear los peligros marítimos en cualquier momento dado, si se acepta la idea de que desde un principio se tuvo como finalidad lanzarse hacia lo desconocido en busca de nuevas tierras.

Y a fe que pronto los encontraron: Antón de Alaminos, natural de Palos, había formado parte de la primera expedición del gran Almirante Cristóbal Colón; había conocido sus propósitos de nuevos descubrimientos, escuchando en más de una vez sus conversaciones con las otras gentes de mar y con él mismo; y precisamente le había oído formular grandes y halagadoras esperanzas, de que caminando hacia el Poniente desde Cuba, habrían de encontrarse tierras muy ricas y pobladas.

Lo contrataron, pues, como primer piloto; y con él a Camacho de Triana y a Juan Alvarez, a quien apodaban *el Manquillo de Huelva*; adquirieron bajo su guía "cables y maromas y

guirdalesos y anclas y pipas para llevar agua y todas otras maneras de cosas convenientes para seguir nuestro viaje —asienta Bernal— y esto todo a nuestra costa y minción." (2)

Todos los últimos preparativos se hicieron en la misma Santiago, pero no se lanzaron desde allí a lo desconocido, sino que dando un gran rodeo, fueron hacia el Oriente de la isla, con rumbo al Puerto que Colón denominó *del Príncipe*, en donde tenía hacienda alguno de los armadores; y en donde nos sale al paso otra vez la contradicción entre Bernal y Las Casas.

Este nos refiere que fue precisamente en Puerto del Príncipe donde "dijo el piloto Alaminos al capitán Hernández, que le parecía que por aquella mar del Poniente, abajo de la dicha isla de Cuba, le daba el corazón que había de haber tierra muy rica, porque cuando andaba con el almirante viejo, siendo él muchacho, vía que el Almirante se inclinaba mucho a navegar hacia aquella parte con esperanza que había de hallar tierra muy poblada y muy más rica que hasta allí, o que así le afirmaba; y porque le faltaron los navíos no prosiguió aquel camino y tornó desde el cabo que puso por nombre Gracias a Dios, atrás a la provincia de Veragua." (3)

Y continúa la discrepancia de opiniones, porque el dominico asienta en seguida: "Dicho esto,

(2) Cap. 1.

(3) Las Casas, Op. cit., Vol. II. p. 357.



el Francisco Hernández, que era de buena esperanza y buen ánimo, asentándosele aquestas palabras, determinó de enviar por licencia a Diego Velázquez para que *si acaso de camino descubriesen alguna tierra nueva*, fuese con su autoridad, como Teniente de Gobernador que allí gobernaba por el Rey; el cual se la envió larga, como Francisco Hernández que la pidió, la deseaba." (4)

La circunstancia de que en más de una ocasión se encuentra que Bernal cuida de enaltecer sus hechos, cosa perfectamente natural y humana, hace pensar que le resultara más agradable poner en la conciencia de Velázquez el propósito de saquear a los indios y no en la de los futuros descubridores, pero se inclina el ánimo a creer que en realidad los primeros preparativos de Hernández de Córdoba no fueron lanzarse a lo desconocido desde luego, porque no se explica el rodeo hasta el Puerto del Príncipe, aunque en él tuviera hacienda alguno de los armadores. En cambio si se juzga que hubo la intención de ir hacia los lucayos, la cosa es clara: se trataba de un camino que llevaba mucho más directamente a las islas y lo había recorrido Alaminos con Colón. Es verdad que también puede suponerse que Hernández de Córdoba quisiera acercarse por el lado oriental de Cuba a sus propiedades en Sancti Spí-

(4) *Ibid.*

ritus, a fin de proporcionarse mayores elementos de vida.

El defensor de los indios comenta en seguida: "La licencia venida, luego sin más tardar, como si con la misma licencia le enviara la llave de la puerta donde estuviera encerrada toda la tierra que había de hallar con toda certidumbre, y hubiera de ir luego a ella a morar, embarca muchas ovejas y puercos y algunas yeguas, todo para comenzar a criar". (5).

Bernal, que no menciona la estancia en el Puerto del Príncipe, si asienta que llegaron al puerto "que se dice e nombra en lengua de indios Axaruco, en la banda del Norte, y estaba ocho leguas de una villa que entonces tenían poblada que se decía San Cristóbal, que desde ha dos años la pasaron a donde agora está poblada la Habana." (6)

Debe advertirse a este respecto, que en los días en que tales acontecimientos se realizaban, dábale el nombre de Habana a un puerto en posición opuesta a Puerto Carenas en el Oeste de la isla; ya que la Habana actual fue fundada poco después, en 1519, y convertida en capital de la isla hasta 1551. Todos los sucesos que venimos mencionando se desarrollaron en las postrimerías de 1516 y en los primeros días de 1517.

(5) *Loc. cit.*

(6) *Cap. I.*



Los expedicionarios resolvieron llevar consigo un clérigo, Alonso González, que habitaba en la villa de San Cristóbal, a fin de que ayudara en las cosas espirituales; y eligieron por veedor a un soldado, Bernardino Iñiguez, "para que —dice el cronista— si Dios nos encaminase tierras ricas y gente que tuviesen oro o plata o perlas, o otras cualquier riquezas, hubiese entre nosotros persona que guardase el real quinto." (7)

Terminados todos estos preparativos, los expedicionarios no dejaron de practicar lo que para aquellos tiempos era cosa indispensable antes de acometer una gran empresa: oír misa devotamente; y conste que Bernal no supone que iban a saquear indios, sino a buscar tierras nuevas.

Era el día 8 de febrero de 1517 cuando aquellas tres embarcaciones salieron de Xaruco en busca de lo desconocido.

(7) Loc. cit.

#### IV.—[TIERRA!]

DOCE días navegaron desde Xaruco hasta doblar el cabo de San Antón. Ahora si nadie pensaba, si antes pensó, en ir a saquear lucayos, sino verificar descubrimientos y con ellos oro, perlas, riquezas de todo linaje.

Alaminos, puesta la mente en lo que había oído decir a Colón, puso con dirección al Poniente la proa de la nave capitana en que seguramente iba Bernal, ya que él había sido de los promotores de aquel viaje: y por el valer de su familia y por su parentesco con Velázquez ha de haber tenido las consideraciones de Hernández de Córdoba.

Ya estaban ahora en un mar desconocido: nadie, ni los pilotos, sabía si existían bajos o corrientes peligrosas; ignoraban la dirección de los vientos, y sólo tenían un faro que los guiara: la



fe del viejo Almirante en que habrían de hallarse tierras en la dirección que ellos llevaban; la ilusión de los tesoros que pudieran estar aguardando que los aprovecharan.

¡Cuántos ensueños y cuántas esperanzas poblarían las mentes de aquellos hombres! De pronto el firmamento se puebla de nubes; a un relámpago y a un trueno siguen otros muchos truenos y relámpagos; la tempestad se desencadena y las débiles embarcaciones principian a resentir la borrasca. Se arrian una velas y se izan otras a fin de mejor defenderse del viento; pasan angustiosas las horas; los marineros trabajan fatigosamente, asistidos por todos los que forman parte de aquella aventurada expedición. Termina un día y la tempestad no cede en su furor; viene la noche y viene un nuevo día; tripulación y pasajeros se sienten casi exhaustos, pero una vez más el hombre resuelve no dejarse vencer por la naturaleza, y la lucha continúa todo otro día más, hasta que por fin el huracán detiene su carrera loca; el cielo vuelve a verse azul; las olas que parecían querer tragarse aquellos barcos dejan de ser amenazantes, y una bandada de toninas se acerca a las dos bandas de las naves y las siguen velozmente, como si quisieran constituirse en guardia suya.

Veintiún días transcurrieron desde la salida de Xaruco con toda incertidumbre; de pronto, de una de las embarcaciones se escuchó el anhelado

grito: ¡Tierra! y ¡Tierra! a poco vocearon los que navegaban en las otras dos.

"Vimos tierra,—dice Bernal—de que nos alegramos y dimos muchas gracias a Dios por ello, la cual tierra jamás se había descubierto ni se había tenido noticia de ella hasta entonces, y desde los navíos vimos un gran pueblo que al parecer estaba de la costa dos leguas, y viendo que era gran poblazón y no habíamos visto en la isla de Cuba, ni en La Española pueblo tan grande, le pusimos por nombre el Gran Cairo y acordamos que con los dos navíos de menos porte se acercasen lo más que pudiesen a la costa para ver si habría fondo para que pudiésemos anclar junto a tierra..." (1)

El día 4 de marzo vieron llegar diez canoas, llamadas piraguas por los indios, "a remo y vela", hechas a manera de artesas con maderos muy gruesos y en que cabían hasta cuarenta hombres. Sin temor alguno entraron en la nao capitana, en donde Bernal y sus compañeros obsequiaron a los recién llegados sartalejos con cuentas verdes. Por señas procuraron entenderlos; y el que seguramente era el cacique de aquellos indios indicó que volvería al día siguiente con mayor número de canoas para que pudiesen bajar a tierra.

(1) Cap. II.



Y en efecto volvió con doce canoas grandes; y con cara risueña y ademanes que podrían significar muestras de amistad, comenzaron los indígenas a decir a los españoles: *Cones cotoche*, *cones cotoche*, que no significaba, según el propio Bernal, sino la invitación para que fueran a su pueblo: "venid aca, a mis casas."

Hernández de Córdoba, prudente, consultó la opinión de todos sus compañeros de aventura; y tras de una amplia discusión del caso, se resolvió aceptar la invitación, aunque yendo bien armados. Por otra parte, si se conformaban con ver tierra a la distancia ¿cómo podrían señorearla?

En uno de los bateles hispanos y en doce piraguas, los descubridores trasladáronse a tierra; pero como el cacique los viera irresolutos, volvió de nuevo a insinuar: *Cones cotoche*, *cones cotoche*, y los españoles comenzaron a penetrar en aquella desconocida región, aunque provistos de quince ballestas y diez escopetas, independientemente de sus espadas.

Y bien hicieron en precaverse; porque apenas el cacique llegó a donde les había preparado una emboscada, comenzó a dar voces y los escuadrones de guerra que allí tenía ocultos se lanzaron con gran furia y presteza contra los españoles. "De la primera rociada de flechas hirieron quince soldados" y luego tras de las flechas vinieron a juntarse con los españoles "pie con pie"

y con sus lanzas comenzaron a herirlos también; mas la desigualdad del armamento hizo que pronto la victoria quedara por los españoles y huyeron los indígenas, salvo dos a quienes prendieron y a los que pusieron, como era natural, nombres cristianos: Julián y Melchor, cuando el clérigo Alonso González derramó sobre sus cabezas las aguas bautismales, con toda probabilidad.

Dueños del campo los expedicionarios, diéronse a recorrer el terreno conquistado y hallaron "una placeta y tres casas de cal y canto, que eran cuevas y adoratorios donde tenían muchos ídolos de barro unos como caras de demonios, y otros como de mujeres y otros de malas figuras... y dentro de las casas tenían unas arquillas chicas de madera y en ellas otros ídolos y unas patenillas de medio oro y lo más cobre, y unos pinjantes y tres diademas, y otras pecezuelas de pescadillos y ánades de la tierra y todo de oro bajo..." (2)

Este hallazgo llenó de contento a los españoles, porque nada hasta entonces habíase descubierto que mostrara lo que aquel sitio, que desde luego denominaron Cotoche, en recuerdo de las palabras zalameras con que el cacique los llamó con ánimo de aniquilar a los intrusos. González fue el encargado de transportar al navío aquellas arquillas, que poco más tarde habrían de

(2) Cap. II.



servir de incentivo para nuevos descubrimientos y nuevas conquistas.

Volvieron todos a sus embarcaciones, curaron a los heridos en la mejor manera que pudieron y continuaron explorando hacia el Norte, siguiendo la costa, en la inteligencia de que habían encontrado una isla; error en que incurrió Alaminos, sin duda por recordar que cuanto hasta allí se había descubierto, menos la Tierra Firme, eran islas.

Quince días se navegó con gran tiento, hasta que divisaron lo que les pareció un gran pueblo al que llegaron el "Domingo de Lázaro", por lo que le dieron este último nombre; los indios lo denominaban campeche.

Les era indispensable desembarcar, porque necesitaban agua; vieron a la distancia una gran ensenada y bahía, que les hizo esperar en la existencia de algún río donde proveerse; y lo hicieron bien armados, llevando las pipas necesarias para el agua. Y apenas llegaron a tierra, cuando los indigenas comenzaron a gritar: *Castillan, Castillan*, sin que los expedicionarios se dieran cuenta del significado de aquellas voces, que trataban de inquirir si habían llegado de regiones al Oriente de donde se hallaban; o que eran un llamado para atacarlos si los españoles algo intentaban contra los nativos.

Aquellos, muy sobre aviso con la experiencia de Catoche, aceptaron sin embargo penetrar

más en aquella tierra y los indios los llevaron a unos grandes adoratorios en donde les mostraron idolos en forma de serpientes y varias figuras pintadas sobre las paredes, entre otras unas a manera de cruces; pero también verdaderos escuadrones preparados para atacarlos si no salían de aquel lugar antes de que se consumieran unas luminarias que encendieron, después que unos papas o sacerdotes los sahumaron en los mismos adoratorios. En vista de tales amenazas y no estando preparados para rechazar un ataque semejante, Hernández de Córdoba con buen juicio resolvió que llevaran el agua a los navios y se embarcaran desde luego.

Seis días y seis noches siguieron navegando, durante los cuales una nueva y recia tempestad los azotó despiadadamente, aunque sin causar más destrozos que la rotura de dos cables en uno de los navios; pero les era necesaria otra provisión de agua, y así llegaron a Potonchan o Champotón, en donde desembarcaron, encontrando un importante caserío y algunos maizales.

En tanto que llenaban sus barriles y botijas con agua, llegaron numerosos indios, que pronto los cercaron por todas partes en cantidad tal, que el cronista nos dice que podían ser doscientos indios contra cada español; y con furor los atacaron, empleando lo mismo flechas, que lanzas, que macanas o "espadas de navajas, que parece que son de hechura de dos manos." Por



su parte, los descubridores se defendían con demuelo y acuchillaban y tiraban con escopetas y ballestas.

De pronto Bernal siente que una flecha lo traspasa hasta llegar "a lo güeco", pero no cede en la pelea; como que bien sabe que el menor desmayo significa la muerte, y los indios están resueltos a dar fin con todos los invasores. De sus gargantas roncadas por el pelear y roncadas por la ira, salen vehementes gritos: *¡Al calachuni, al calachuni!* Quieren que todos los que puedan hieran al jefe, ya que entre los indios, perdido el jefe, la victoria es suya; y la excitativa no es hecha en vano, ya que Hernández de Córdoba recibe diez graves heridas, que le hacen sangrar copiosamente.

En tanto que la batalla arrecia cada vez más, hay quienes traen a los indios armas de refresco que les permiten aquel arrojar de flechas que por momentos aun oscurece el sol, como si fuera extraña nube. Los españoles por su lado están casi todos heridos; algunos han sido alanceados en las gargantas, y como de continuar aquella inútil pelea no quedará español con vida, resuelven romper aquel cerco a toda costa y escapar hacia los bajíes.

Lo hacen así, en efecto, pero llegan tantos al mismo tiempo hasta los bordes, que sirven de mejor blanco a quienes los flechan libremente; algunos los siguen todavía en el mar y con sus

lanzas bien provistas de afiladas puntas los alcanzan rudamente.

Con gravísimos trabajos embarcan al fin, menos dos a quienes los indios se llevaron vivos; del resto, cincuenta estaban gravemente heridos, y cinco murieron unos días después, y sólo uno de los soldados logró escapar sin heridas.

Lo más apremiante en aquella situación era que el Capitán Hernández de Córdoba se hallaba en pésimas condiciones a causa de los flechazos recibidos, y que no había gente bastante que gobernase y manejase las tres embarcaciones. Reuniéronse, pues, todos en consejo y resolvieron no continuar más aquella expedición, que casi todos maldecían, sino volver a Cuba cuanto antes, abandonando la nave de menos porte, aunque ello constituyera seria pérdida.

Como bien se sabe, desde entonces "Bahía de la mala pelea" denominaron aquella de Potonchán o Champotón en donde soportaron tan terrible descalabro; y si en verdad fue muy mala para ellos, no iba a ser la última y para verse a salvo les faltaba pasar a través de otra dura experiencia, a causa de una determinación de Alaminos que ahora y a la distancia de los acontecimientos pudiera considerarse equivocada.

De inmediato experimentaban una gran aflicción: a causa de lo imprevisto de la batalla en que se habían visto envueltos, habían dejado en



Champotón las vasijas llenas de agua, y ésta escaseaba en alarmantísima forma. "... tanta sed pasamos — nos informa Bernal — que las lenguas y bocas teníamos hechas grietas de la sequera, pues otra cosa ninguna para refrigerios no lo había"; y ello le hace exclamar: "¡Oh qué cosa tan trabajosa es ir a descubrir tierras nuevas, y de la manera que nosotros nos aventuramos, no se puede ponderar, sino los que han pasado por aquestos ecesivos trabajos!" (3)

En tal angustia caminaron tres días y al llegar a una ensenada, creyeron que había un río; saltaron a tierra quince marineros de los que no estaban heridos por no haber bajado en Potonchán y tres soldados de los que mejor se habían recobrado de los flechazos. Todo inútil: era un estero; y aun cuando hicieron pozos con los azadones que habían llevado consigo, no consiguieron sino agua mala y amarga como la del estero mismo; y los que se aventuraron a beberla sólo consiguieron enfermarse del estómago y de la boca.

Dos días y dos noches hubieron de permanecer frente a tal estero que llamaron *de los lagartos* por los muchos de estos animales que allí vieron; y la permanencia fue forzosa, porque vientos de extremada violencia comenzaron a soplar, y en las condiciones de agotamiento en que

(3) Cap. V.

estaban no sentíanse con vigor bastante para luchar con ellos.

Antón de Alaminos, de acuerdo con los otros dos pilotos, resolvió no tomar la derrota directamente hacia Cuba, sino primero buscar refugio en la Florida, a donde antes había ido en unión de Juan Ponce de León, unos cinco años antes, cuando éste la descubrió.

Y acaso hoy parezca torpe la resolución de los pilotos, porque la distancia entre las costas de Campeche donde se hallaban los expedicionarios y las de Cuba sea menor que la que hay que recorrer para ir hasta la Florida; pero según Alaminos sólo estaban alejados de ésta obra de setenta leguas, de acuerdo con sus cartas de marear, y acaso calculó que había más para llegar a la Habana. Hay que decir en su abono, que sólo dilataron cuatro días para llegar a tierra, y ya se recordará lo que dilataron para tocar la otra desde que dejaron el Cabo de San Antón.

Agua era lo que más necesitaban y en busca de agua fueron en seguida; pero Alaminos pronto reconoció que estaban en el lugar mismo donde años atrás los indígenas habíanlos atacado, y muerto a muchos de los expedicionarios, y por ello encargó que se obrara con mucha cautela.

Bernal y algunos de los que bajaron en busca del ansiado líquido pusieron dos centinelas que pudieran dar aviso de si se presentaba algún pe-



ligro; hallaron, por fortuna, "buen agua, y con el alegría —dice el cronista— y por hartarnos della y lavar paños para curar los heridos, estuvimos espacio de una hora, y ya que nos queríamos venir a embarcar con nuestra agua, muy gozosos, vimos venir a un soldado de los dos que habíamos puesto en vela, dando muchas voces diciendo: *¡Al arma, al arma! que vienen muchos indios de guerra por tierra y otros en canoas por el estero*". (4)

Más dilató el soldado en dar las veces, que en llegar los combatientes y comenzar el ataque con flechas y lanzas "y unas a manera de espadas". Seis de los españoles fueron heridos, entre ellos el mismo Bernal, aunque en esta vez su herida fue de poca monta, y lograron que hubieran los de tierra; mas necesitaron ir en ayuda de los que peleaban en el estero con los marineros y que hirieron a Antón de Alaminos y a cuatro de quienes peleaban a su lado.

Bernal comenta con amargura, que los atacantes cogieron vivo al único soldado que escapó ileso en Potonchán, y a quien no lograron encontrar por más que empeñosamente lo buscaron cuando, al fin, quedaron los españoles vencedores de todos los indios que los combatieron.

En esta ocasión, sin embargo, lograron llevar agua buena a las embarcaciones en donde algu-

(4) Cap. VI.

nos de los heridos previamente, como Hernández de Córdoba, verdaderamente morían de sed: y ésta era tanta, que "un soldado que se arrojó desde el navio en el batel, con la gran sed que tenía, tomó una botija a pechos y bebió tanta agua, que se hinchó y murió dende a dos días". (5)

Mas no habían concluido las desventuras, la nao capitana tocó en unos bajos y hubo necesidad de que aquellos hombres heridos, deshechos casi, material y espiritualmente, se entregaran, con el escaso ardimiento que su flaqueza podía permitirles, a bombear el agua constantemente a fin de no hundirse, cuando ya iban en busca de la Habana. Y todavía su angustia subió de punto, cuando al solicitar ayuda de algunos marineros levantiscos para que los ayudaran a bombear, se limitaron a responderles, según lo recuerda Bernal: "fácelo vos, pues no ganamos sueldo, sino hambres y sed y trabajos y heridas como vosotros..." (6)

No hay mal que no tenga término, y un buen día llegaron a Puerto Carenas, desde donde escribieron "a Diego Velázquez, gobernador, muy en posta, haciéndole saber —dice el cronista— que habíamos descubierto tierras de grandes poblaciones y casas de cal y canto, y las gentes de llas traían vestidos de ropa de algodón y cubier-

(5) Ibid.

(6) Loc. cit.



tas sus vergüenzas y tenían oro y labranzas de maizales y otras cosas que no me acuerdo". (7)

El capitán de aquella expedición, por su parte, sólo tendría la muerte como recompensa de sus empeños. Desde Puerto Carenas se trasladó a su encomienda en Sancti Spíritus; y aun cuando Bernal afirma y generalmente su decir se acepta, que Hernández de Córdoba murió diez días después, acaso tardó un poco la muerte para ir en su busca; toda vez que aun tuvo tiempo para saber que Diego Velázquez pretendía para él la gloria y los beneficios del descubrimiento; por lo que aquél escribió a su amigo el Licenciado Bartolomé de las Casas, que a la sazón se hallaba en la Corte de España peleando ya en defensa de los indios, a fin de que se ocupara en buscar justicia para los verdaderos descubridores, ya que no solamente habían arriesgado sus vidas, sino sus haciendas.

Cierto que Velázquez había dado una de las embarcaciones, pero cierto igualmente que Hernández de Córdoba, Morante y Ochoa de Caicedo habían comprado las otras dos; y con la cooperación de los iniciadores de la empresa, Bernal Díaz del Castillo entre ellos, los habían avituallado y aderezado.

Así comenzó Bernal su larga vida de descubrimientos y conquistas.

(7) Loc. cit.

#### V.—SOBRE LAS MISMAS HUELLAS.

LOS objetos de oro que el clérigo Alonso González llevó a los navios en las arquillas que encontraron en los adoratorios y casas primeramente descubiertos; las informaciones que asombrados daban los descubridores, seguramente aumentando el valor de lo descubierto para más acrecentar su hazaña; las noticias, a veces mentirosas y aun burlonas que por señas dieron Julián y Melchor, los dos jóvenes hechos prisioneros en la península, a las preguntas acerca de las riquezas que había en la tierra que los españoles llamaron Yucatán, mal interpretando palabras indígenas, hicieron surgir en el ánimo de Diego Velázquez vehementes deseos de apoderarse de aquellas tierras.

Mas entretanto ¿qué ocurría con Bernal? Permaneció varios días en Puerto Carenas con el



fin de acabar de sanar de sus heridas; que aunque, como se recordará, el cronista asegura que un flechazo le penetró "hasta lo güeco", quizá no llegó a tanto, puesto que a pesar de los pésimos elementos con que se podía contar para las curaciones, pronto sanó por completo.

Entonces, y ya que los descubrimientos sólo proporcionaban heridas y sinsabores, decidió meterse comerciante y se concretó con otros tres soldados compañeros suyos y un vecino de la Habana, llamado Pedro de Avila, para llevar camisetitas de algodón a la villa de Trinidad, a fin de venderlas.

Trinidad se encuentra en la región Noroeste de la isla de Cuba, sobre el Mar Caribe; el viaje, pues, era largo y dilatado y peligroso; peligroso especialmente, si se considera el medio de transporte, que para un tramo al menos, eligieron. Consistía éste en una canoa perteneciente a Pedro de Avila, pero hecha a la manera en que las empleaban los indígenas: gruesos maderos en forma de artesa, que utilizaban lo mismo con remos que con vela.

Once días navegaron siguiendo la línea de la costa, pero cuando ya estaban cerca de Trinidad, un fuerte viento, que por la noche se desató, dió con los viajeros en la tierra, a pesar de los esfuerzos de Avila, de los improvisados mercaderes y de unos indios muy buenos remeros que habían alquilado.



*Estado actual de la primera iglesia levantada por los españoles en México, en la Antigua Veracruz.*



La canoa quedó destruida y sus ocupantes, que se habían aligerado de ropa con la idea de nadar mejor si era indispensable, se encontraron sin embarcación, sin mercancías, "descalabrados y desnudos en carnes... [y] para ir a la villa de Trinidad no había camino por la costa, sino por unos seborucos y malpaíses, que así se dice, que son unas piedras que pasan las plantas de los pies; y las olas que siempre reventaban y daban en nosotros —nos informa el náufrago— y aun sin tener qué comer..." (1)

Tras de grandes fatigas encontraron una playa arenosa, que les permitió caminar mejor durante dos días, hasta que llegaron a un pueblo de indios, llamado Yaguarama, que era el que había tenido encomendado el Licenciado Bartolomé de las Casas, aunque ahora ya convertido en abominador de las encomiendas, resuelto a ir contra ellas. Bien se sabe que comenzó por dar ejemplo, deshaciéndose de la suya.

En Yaguarama, por fortuna, los acogieron amablemente y les dieron alimentos, lo que les permitió rehacerse un tanto; siguieron luego a otro pueblo, Chipiana, que era de Alonso de Avila y de un Sandoval, diverso del que más tarde se alistaría bajo las banderas de Cortés, y por fin entraron en la villa de Trinidad.

(1) Cap. VII.



Bernal tenía allí un amigo y conterráneo de Medina del Campo, Antonio Medina, quien lo acogió con todo afecto, le proporcionó "unos vestidos según en la isla se usaban y desde allí —agrega el cronista— con mi pobreza y trabajo me fuí a Santiago de Cuba donde estaba el Gobernador".

Velázquez, a la sazón, ocupábase ya en organizar una nueva expedición que siguiendo las huellas de la de Hernández de Córdoba, le asegurara el éxito que no tuvo la primera; y al encontrarse con Bernal, no solamente lo recibió con buen ánimo, sino que desde luego le propuso que se alistara en la expedición proyectada.

No perdió el mozo la oportunidad para encarecer al Gobernador lo mucho que había padecido en aquellas rudas jornadas con los indios de Cotoche y de Potonchán o Champotón, así como con los de la Florida; y Velázquez, hábil para ganarse voluntades por medio de promesas, desde luego aseguró al mancebo que escribiría al Monarca español encareciéndole los servicios que había prestado, por los cuales el Rey seguramente le concedería honores y bienestar.

¿Qué le quedaba por hacer a Bernal Díaz del Castillo, una vez puesto en la pendiente de la aventura, sino dejarse llevar por ella hasta donde acaso encontrara la Fortuna que hasta allí le había vuelto las espaldas? Por otro lado,

el Gobernador le ofreció que no iría como simple soldado, sino como alférez —tal, por lo menos, asienta el cronista— e iría al lado de hombres principales.

En efecto, Velázquez había organizado la segunda expedición con cuatro embarcaciones; dos que había llevado Hernández de Córdoba y dos que el Gobernador compró de su peculio, las cuales habían de ser comandadas respectivamente, por Juan de Grijalva, pariente del Gobernador, quien sería el jefe de la expedición; Alonso de Avila, Francisco de Montejo y Pedro de Alvarado; todos hombres de valimiento en la isla y que fueron convencidos de que debían aventurarse en esta nueva empresa.

Todos ya de concierto, aprovisionaron las naves; el Gobernador puso en ellas algunas bujerías para rescatar oro, plata o cualquiera otra riqueza que pudieran encontrar. Grijalva fue instruido para que "si viese que convenía poblar o se atrevía a ello, poblase; y si no, que se volviese a Cuba."

El principal armador o sea el mismo Velázquez, puso ahora un veedor o inspector que diríamos ahora, que fue un Peñalosa, natural de Segovia; embarcó en calidad de capellán no el clérigo Alonso González, que acompañó a Francisco Hernández de Córdoba, sino otro, Juan Díaz, natural de Sevilla. Como pilotos fueron contratados



los de la primera expedición y "un Sopuesta", natural de Moguer.

Aquella nueva flota, guiada por Alaminos en calidad de piloto mayor o primer piloto, siguió el trayecto del viaje de Hernández de Córdoba; y partiendo de Santiago de Cuba, rodeó toda la costa oriental hasta llegar al puerto de Matanzas en donde se detuvo.

En el hermoso puerto los viajeros completaron el aprovisionamiento de las naves, oyeron misa, que les dijo el capellán de la pequeña flota y el día 8 de abril de 1518 se dieron a la vela, recorriendo en diez días la distancia que hay desde dicho puerto a Guaniguanico o Punta de San Antón, desde donde, como en el viaje anterior, se lanzaron a los mares ya no del todo desconocidos como en la vez primera, pero siempre llenos de secretos que sólo en fuerza de perseverancia acabarían por descubrir.

Los navíos se desviaron un tanto hacia el Sur y por ello, en lugar de que llegaran al cabo llamado hoy Catoche, fueron a tocar la isla de Cozumel, que entonces descubrieron. Desembarcaron los capitanes y el alférez Díaz del Castillo, así como buen número de soldados, temerosos de un ataque como el sufrido en el desembarco primero; mas nada hubo que sufrir, porque todos los indios que habitaban en las casas que allí vieron los expedicionarios, habían huido apenas se dieron cuenta de la llegada de los extranjeros.

Con gran sorpresa de éstos, sin embargo, de pronto se les presentó una mujer, que les declaró ser originaria de Jamaica; había salido con un grupo de sus conterráneos a pescar, pero la corriente marítima arrastró la canoa, que dió de través en aquella isla, en donde todos sus compañeros fueron sacrificados a los ídolos.

Tanto Bernal como algunos de los soldados estuvieron en condiciones de entender los decires de la india, porque la lengua que hablaba era igual a la que hablaban los indígenas de Cuba, y nuestro alférez había logrado aprenderla por lo menos en condiciones bastantes para comprenderla.

Grijalva entonces aprovechó esta coyuntura para que Bernal pidiera a la mujer que se acercara a quienes habían huido y les asegurara que ellos venían de paz y solamente para rescatar, es decir, para comerciar con ellos.

La india prestóse de buena voluntad, fue en busca de los nativos de Cozumel, isla que los españoles bautizaron con el nombre de Santa Cruz por haber llegado el 3 de mayo (2), día en que la Iglesia celebra una conmemoración de la cruz en que murió Jesucristo, pero todo fue en vano. La mujer volvió diciendo que de modo definitivo rehusaban; y ni Grijalva ni sus acompañantes

(2) Hay discrepancia entre la fecha que da Bernal y la que señala el Capellán Mayor de la expedición. La de éste parece ser la cierta; 3 de mayo.



quisieron que Julián y Melchor, a quienes habían llevado consigo para que les sirvieran de intérpretes, fueran en busca de los habitantes del lugar, temerosos de que no regresaran tampoco y se quedaran sin el auxilio que de ellos esperaban: que aunque con dificultad, los interpretaran.

Hay algo que Bernal no dice, pero que sabemos por el capellán de la expedición: en uno de los cués o adoratorios, seguramente el principal por haber sido el más alto de los que vieron, el clérigo dijo misa, la primera en aquella isla; y Grijalva, con toda la seriedad que el caso requería, tomó posesión de la isla en nombre de la Corona española. (3)

Sin resolverse a internarse demasiado, recorrieron aquel lugar y encontraron "buenos colmenares de miel y buenas patatas y muchos puercos de la tierra." Tres pueblos visitaron, de los cuales era el mayor aquel en que se hizo el desembarco, pero de todas maneras, Grijalva "vió que era perder el tiempo estar allí esperando", y mandó que todos se embarcaran para emprender otra exploración. La india jamaquina siguió el viaje con ellos.

Alaminos hizo que las naves siguieran la primera derrota y, como era de esperarse, al llegar a Champotón los indios los aguardaban ya para

(3) Véase en: Joaquín García Icazbalceta, *Documentos para la Historia de México*, Vol. I, y en *Divulgación Histórica*, Vol. II.

dar batalla a los intrusos. Estos, por la experiencia pasada y por haber visto que los indios se protegían con escudos de algodón para evitar las flechas, iban bien provistos de estos elementos de protección.

Trabóse la pelea y como en el caso de la expedición de Hernández de Córdoba, los indios pelearon con denuedo a pesar de la inferioridad de sus armas; mataron a siete soldados españoles, hirieron a unos sesenta y al propio Grijalva le dieron tres flechazos y le rompieron dos dientes, probablemente al tirarle con una honda. La victoria quedó al fin para los expedicionarios; y aun cuando permanecieron tres días en aquel lugar, no fue posible que se pusiera el cacique de la población en contacto con los españoles, aunque ahora sí se le envió por mensajeros a Melchor y a Julián, así como a tres prisioneros que juzgaron eran gente de calidad.

Hubo durante la refriega algo que nos cuenta Bernal Díaz del Castillo y que a la distancia puede parecer aun chusco, pero que ha de haber sido extraordinariamente peligroso en aquellos momentos:

"...cuando estábamos peleando —dice— en aquellas escaramuzas... había allí unos prados y en ellos muchas langostas de las chicas, que cuando peleábamos saltaban y venían volando y nos daban en la cara, y como eran muchos los indios flecheros y tiraban tanta flecha como gra-



nizos, nos parecía que eran algunas dellas langostas que volaban, y no nos rodábamos y la flecha que venía nos hería; otras veces creíamos que eran flechas y eran langostas que venían volando. Fue harto estorbo para nuestro pelear." (4)

Como iban bordeando la costa, llegaron a la entrada Sur de lo que hoy llamamos Laguna del Carmen y que está formada por la costa y por el extremo Sur de la Isla del Carmen. Hoy esa entrada tiene el nombre de Paso Real; ellos le dieron el de *Boca de Términos*; y Bernal nos hace saber cómo desembarcados todos los capitanes y muchos de los soldados, él, que si en efecto iba como alférez, tenía un grado más alto que la demás gente de guerra, dióse a explorar la tierra, y no solamente halló un buen puerto, sino también "unas casas de adoratorios de ídolos, de cal y canto, y muchos ídolos de barro y de palo y piedra, que eran dellos figuras de sus dioses, y dellos como mujeres y otros como sierpes y muchos cuernos de venados." (5)

No encontraron, sin embargo, pueblo alguno y Bernal supone que aquellas casas estaban al servicio de mercaderes y cazadores que de paso entraban a buscar descanso, pues pudo ver que en la región había muchos venados y conejos.

El hallazgo más importante que realizaron en seguida, al continuar la navegación, fue el de la

(4) Cap. IX.

(5) Cap. X.

desembocadura del caudaloso río al que pusieron el nombre del jefe de la expedición; y como no podían explorarlo con las embarcaciones grandes, resolvieron dejar éstas en la costa y en botes el alférez emprendió la exploración acompañado de algunos soldados.

Tal exploración se hizo siguiendo río arriba; y cuando estaban a una media legua —aproximadamente dos kilómetros—, Bernal y sus compañeros escucharon claramente el ruido que hacían los indios al cortar madera y preparar mamparos y palizadas, y realizar otros preparativos de guerra. Y no esperaron largo tiempo, pues unas cincuenta canoas con guerreros se presentaron; por suerte, el previsor alférez, antes de trabar combate envió a Julián y a Melchor para decirles que venían de paz y sólo a comerciar con ellos.

Los nativos destacaron entonces cuatro canoas con unos treinta hombres; los exploradores les mostraron algunos de los sartales de cuentas verdes que consigo llevaban; y ya con mejor semblante, aceptaron ser conducidos ante el capitán Grijalva. Este, mediante los dos intérpretes, confirmó sus pacíficas intenciones, y tras de un cambio de seguridades; tras de la amenaza de los gobernados por el cacique Tabasco, de que destruirían a los españoles si los atacaban, se aceptó el iniciar el apetecido rescate.

Los tabasqueños —llamémosles así ya— trajeron no solamente víveres consistentes en pesca-



dos, gallinas, tortillas de maíz y zapotes; sino patates —esteras— para que en ellos se asentaran los españoles, y hornillos y sahumerios para sahumarlos en definitiva demostración de paz. Los dos jefes cambiáronse presentes; y aunque Bernal afirma que los objetos de oro rescatados fueron de poca monta, la descripción que de ellos hace Gómara deja una impresión enteramente diversa; pero de cualquiera manera que sea, los exploradores tuvieron una convicción: había oro, oro en abundancia, sobre todo en lugares que podrían encontrar más adelante y que los tabasqueños denominaban Colúa y México. Los españoles no acertaban dónde estarían, pero estaban seguros de que en ellos encontrarían el mineral que buscaban.

Existe un detalle en cierto modo emocionante: mientras se hace el trueque, Bernal se adelanta hasta donde ve un adoratorio, saca de la faltriquera unas pepitas de naranja que había guardado en Cuba, y con todo interés las siembra en aquel lugar distante, que acaso no verá jamás; y caso curioso: tras de largas y peligrosas correrías, vuelve al lugar y encuentra que los naranjos que sembró se lograron, según cree, porque alguno de los sacerdotes que vio aquella siembra, cuidó de ella con la curiosidad de ver qué se producía.

Terminadas las transacciones primeras con habitantes de las tierras recién descubiertas, los viajeros reanudaron la navegación y desde las

naves vieron los lugares que denominaron *la Rambla* y *Tonalá*, y descubrieron los ríos de Tonalá, Coatzacoalcos y Papaloapam, que Alvarado halló el primero por haberse adelantado con su embarcación, lo que por cierto le valió una reprimenda de Grijalva, por exponerse sin necesidad a un contratiempo; y el río que denominaron *de Banderas* por los indios que estaban en sus riberas llevando a manera de pendones, colocados sobre grandes lanzas. Antes habían notado también indios que tenían escudos no de algodón, sino de caparzones de grandes tortugas, y que desde la costa burlaban de los españoles; bien que unos y otros estaban, de pronto, alejados de los peligros de una lucha.

Cuando llegaron al río de Banderas, Grijalva envió al capitán Montejo y a Bernal Díaz del Castillo acompañados de un grupo de soldados a investigar si quienes tenían tales pendones querían paz o estaban de guerra; y encontraron que eran enviados de Motecuhzoma, que iban a inquirir, a su vez, los propósitos de los expedicionarios, ya que su aspecto coincidía con el de los anunciados sojuzgadores de su imperio.

Informado Grijalva, fue a tierra también; hizo donativos de cuentas verdes y azules a los enviados; les pidió que trajeran la mayor cantidad de oro que pudieran para rescatarlo; el jefe de los emisarios aztecas hizo venir de los pueblos



cercaos a quienes se hallaban en condiciones de aportar la codiciada mercancía; se hicieron amplias transacciones, y Bernal que nos asegura que entre lo rescatado había "más de diez y seis mil pesos en joyezuelas de oro bajo y de mucha diversidad de hechuras", cree que esto es lo que Gómara confunde con lo adquirido del cacique Tabasco y de sus gobernados.

Seis días permanecieron en aquel lugar, realizando tal mercado; y cuando no había más oro que obtener, Grijalva y los suyos hicieron a la vela nuevamente y descubrieron varias islas, entre ellas la que denominaron *de los Sacrificios* por los cinco indios que encontraron en dos casas de cal y canto "bien labradas", abiertos por los pechos y cortados los brazos y los muslos; y las paredes llenas de sangre". (6)

Siguieron al lugar que denominaron *San Juan de Ulúa*; en los médanos levantaron unas chozas mientras se sondeaba el puerto. Encontraron también un adoratorio "donde estaba un ídolo muy grande y feo el cual llamaban Tescatepuca y acompañándole cuatro indios con mantas prietas y muy largas con capillas que quieren parecer a las que traen los dominicos o los canónigos y que eran sacerdotes de aquel ídolo". (7)

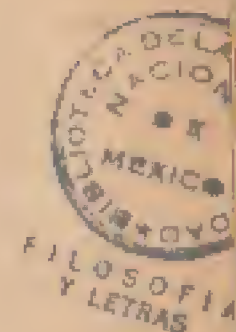
(6) Cap. XIII.

(7) Cap. XIV.

Grijalva mandó al capitán Alvarado que se adelantara para dar cuenta de la expedición, la cual siguió todavía hasta Pánuco, de donde regresaron todos a Cuba, después de navegar con suerte varia durante cuarenta y cinco días.



## VI.—LA MAYOR AVENTURA.



**D**ESPUES del viaje realizado con Grijalva, Bernal Díaz del Castillo pudo exclamar con el célebre conquistador y gran capitán Julio César al resolverse a pasar el Rubicón: *Alea jacta est*; la suerte está echada.

Es cierto que Bernal no se había enriquecido; antes todo lo hasta allí logrado era nada en comparación con los sacrificios, con las tribulaciones, con las heridas que habían sido el mejor de los bienes logrados por el común de los expedicionarios; pero había probado ya el dulzor de aquellas amarguras; había experimentado el ansia de penetrar en lo desconocido aun a costa de peligros, y no hay explorador que sienta espanto al emprender una exploración nueva.

Diego Velázquez, que había enviado a Cristóbal de Olid en busca de los descubridores cuan-



do los creyó perdidos, sintió que todos sus anhelos, todas sus ambiciones habían encontrado el verdadero camino, cuando Alvarado llegó cruzándose, sin saberlo, con Olid. Ya no era una ilusión, ya no era una esperanza, sino estupenda realidad. Lo que había descubierto Hernández de Córdoba, lo que había descubierto Grijalva sobrepasaba en riqueza a cuanto hasta allí se había conocido, y era él, Velázquez, quien se haría dueño y señor de todo.

Comisionó, pues, desde luego a su capellán Benito Martín para que emprendiera inmediato viaje a Castilla. Era necesario que antes que otro le llevase la delantera, se comunicara, a través de Martín, con el ahora Obispo de Burgos y Arzobispo titular de Rosano, Don Juan Rodríguez de Fonseca, con el Licenciado Luis Zapata y con el secretario Lope de Conchillos, que eran los árbitros en las cosas del Nuevo Mundo.

Como las dádivas suelen abrir todas las puertas, Velázquez había tenido cuidado de darles pueblos de indios en Cuba, que les trabajaran las minas y les sacaran oro; y por si esto no fuera bastante, puso en las manos del comisionado y procurador Benito Martín varias de las joyas rescatadas durante aquella segunda expedición encabezada por Grijalva.

Martín debía pedir licencia "para rescatar y conquistar y poblar en todo lo que había descubierto y en lo más que se descubriese, y decía en

sus relaciones y cartas que había gastado muchos miles de pesos de oro en el descubrimiento." (1) Y a fe que el enviado logró más de lo que Velázquez pedía, pues alcanzó que se le diera el título de Adelantado de lo que descubriera; aunque hubo otro *adelantado* que se adelantó a todos los planes de Velázquez, y los frustró completamente en su propio beneficio. Este adelantado, así, con minúsculas el adjetivo, pero con mayúsculas sus hechos, ya se sabe que fue otro mancebo cuyas hazañas se comentan y discuten después de cuatrocientos años, y por muchos siglos se discutirán todavía.

No había regresado aún el clérigo Martín con los trofeos alcanzados por sus gestiones y por las dádivas de Velázquez, cuando éste había organizado ya una nueva flota, compuesta de diez embarcaciones que tras de mucho vacilar había puesto al mando de Hernando Cortés, a quien conocía desde que ambos estaban en La Española y éste era escribano en Azua, una de las poblaciones fundadas por Velázquez; ambos habían reñido por afanes femeniles de Cortés, se habían reconciliado y vuelto a disgustar, pero el mancebo tenía tal influencia con cuantos lo cercaban, ya en sus puestos oficiales, ya en simples relaciones sociales, que acabó por sobreponerse aun a los

(1) Cap. XVI [XVII]



familiares de Velázquez propuestos a éste para encabezar la nueva expedición.

Bernal Díaz del Castillo, que ya sabemos era pariente de éste, al regresar del viaje hecho con Grijalva fue a vivir a la casa del Gobernador, hecho que nos refiere el mismo cronista, cuando después de mencionar algunos de los principales que se agregaron a la expedición que ahora se organizaba, dice: "... e yo me quiero poner aquí a la postre, que también salí de la misma casa del Diego Velázquez, porque era mi deudo." (2)

Tratándose de los preparativos que se hacían, es imposible dejar de recordar algunas menudencias de cómo Cortés se alistaba, comenzando a "pulir y ataviar su persona mucho más que de antes y se puso su penacho de plumas, con su medalla y una cadena de oro y una ropa de terciopelo, sembradas por ella algunas lazadas de oro y, en fin, como un bravo y esforzado capitán". (3)

Debe recordarse que hizo esto Cortés no obstante que para lanzarse a la aventura necesitó pedir dineros prestados, pues al decir de Bernal "en aquella sazón estaba muy adeudado y pobre, puesto que tenía buenos indios en encomienda y sacaba oro de las minas, mas todo lo gastaba en su persona y en atavíos de su mujer, que era

(2) Cap. XIX [XX]

(3) Loc. cit.

recién casado, y en algunos forasteros huéspedes que se le allegaban, porque era de buena conversación y apacible y había sido dos veces alcalde en la villa de San Joan de Baracoa, donde era vecino, porque en aquellas tierras se tiene por mucha honra a quien hacen alcalde." (4) ra alcalde de Santiago de Cuba.

Cortés en su primera *Carta de Relación* se declara alcalde de Santiago de Cuba.

Y se recordará también, que "mandó hacer dos estandartes y banderas labrados de oro con las armas reales e una cruz de cada parte con un letrero que decía: *Hermanos y compañeros, sigamos la señal de la santa cruz con fe verdadera, que con ella venceremos*, y luego mandó dar pregones y tocar trompetas y atambores en nombre de su Majestad y en su real nombre". (5)

Bernal fue de los que pretendían que esta expedición la encabezara Grijalva; así lo expuso a Velázquez, y no le faltaba razón: Grijalva se había manifestado valeroso, aunque prudente; ansioso de rescatar oro, mas acudiendo a formas rectas y legítimas; y si contra la opinión de muchos no se resolvió a poblar, cuando para ello lo instaban, les hizo ver que en rigor no tenía instrucciones de Velázquez sino para rescatar oro; y dió muestras de prudencia, pues con los elementos que llevaba consigo no hubiera podi-

(4) Ibid.

(5) Ibid.



do resistir los ataques de los indios, y los pretendidos colonizadores habrían perecido.

Ahora bien: cuando Bernal Díaz conoció la resolución de su pariente el Gobernador en favor de Cortés, con la misma lealtad y decisión con que sirvió a Grijalva siguió al extremeño en sus más arriesgadas empresas y estuvo siempre a su lado, sin vacilaciones y sin temores.

Ya se ha dicho que éste fácilmente se ganaba las voluntades y muchas fueron las que lo favorecieron en la isla, si se advierte que a su llamado personal "unos vendían sus haciendas para buscar armas y caballos, otros a hacer pan cazabi y tocinos para matalotaje y colchaban armas de algodón y se apercebían de lo que habían menester, lo mejor que podían." (6) Necesario es pensar también que grandes han de haber sido las ilusiones de enriquecimiento, provocadas por lo que habían encontrado Hernández de Córdoba primero y Grijalva en seguida; ya que si son amigos de Cortés los que se alistan en su armada, lo hacen por igual los allegados a Velázquez.

Con más de 350 hombres sale Cortés de Santiago; sólo que él no sigue la ruta de sus antecesores, acaso por el temor de que aquél, de cuya constancia en el mandato recibido sospecha, como Velázquez sospecha de su apoderado, de-

(6) Cap. XIX [XX]

finitivamente anule los poderes. Y no bordea Cuba en su región oriental, sino que sigue la banda del Poniente para dirigirse a Trinidad, en donde, como es bien sabido, planta de nuevo sus pendones; burla definitivamente a Velázquez, cuando éste ya no sólo revoca el mandato, sino pretende aprehender a su comisionado, quien atraviesa por entre las múltiples isletas o cayos, que Colón denominó *Jardín de la Reina*; llega al cabo de San Antón, límite Norte de Cuba, y se lanza con dirección a lo visitado antes por Hernández de Córdoba y Grijalva. Era el 10 de febrero de 1519, y esta fecha sería en lo futuro inolvidable para Bernal, ya que marcaba el principio de su mayor aventura en los descubrimientos y conquistas a que se iba entregando.

Bernal embarcó en el navío que mandaba Pedro de Alvarado; y sea culpa del piloto Camacho, sea culpa o impaciencia de Alvarado, en lugar de ir en conserva con el resto de las embarcaciones, que en total ya eran once, se adelantó y llegó a Cozumel dos días antes que Cortés y el resto de la flota.

Inmediatamente desembarcó al igual que el Capitán y la demás gente para encontrar que todos los habitantes habían huido, aunque sin tener tiempo bastante para llevar consigo u ocultar algunas de sus propiedades: gallinas, ídolos,



paramentos de mantas y unas arquillas que encontraron en un adoratorio, "donde estaban unas como diademas e ídolos y cuentas e pinjantillos de oro bajo".

Según afirma Bernal, el capitán Alvarado ordenó que se tomara todo aquello, así como dos indios y una india; y con todo aquel botín regresaron al sitio en donde habían desembarcado. Pero llegó Cortés y acaso únicamente como un medio para hacer sentir su autoridad, o para buscar una forma política que asegurara la buena voluntad de los indios, mandó "echar preso en grillos al piloto Camacho porque no aguardó en la mar como le fue mandado", y reprendió agriamente a Alvarado, ordenando que se devolviese cuanto se había tomado, y que por las gallinas que se habían comido pagaran a los indios con cascabeles y cuentas de vidrio. A los indios tomados por la fuerza no solamente los dejó en libertad de volver a sus lugares de origen, sino que los regaló con camisas de Castilla y les recomendó que llamaran al cacique de quien dependían.

El excelente Bernal no reprocha a Cortés el que los hubiera obligado a devolver lo que habían cogido, sino que comenta: "Aquí en esta isla comenzó Cortés a mandar muy de hecho y Nuestro Señor le daba gracia qué doquiera que ponía la mano se le hacía bien, especial en pa-

cificar los pueblos y naturales de aquellas partes..." (7)

Claro está que nosotros no encontraremos a Cortés pacificando pueblos de indios, sino sometiendo los por la fuerza, pero es indispensable reconocer que en más de una ocasión siguió un camino como éste que ahora nos narra Bernal, y que lo recorrió con éxito asombroso. Lo cual querria decir que aquel habilísimo político practicó a lo largo de sus hazañas de conquista la máxima que aconseja tener siempre en una mano el pan que ofrecer, y en la otra el látigo para someter al que lo rehusa.

Hecho el alarde, como era costumbre en casos semejantes para conocer los hombres y las armas de que se disponía, Cortés llamó a Bernal y a Martín Ramos que, como éste, había estado en la expedición de Hernández de Córdoba, para pedirles su opinión acerca del significado que pudiera tener aquel repetirles *Castillan, Castillan*. A lo que Bernal contestó, que acaso los indios habían oído tal palabra a españoles que estuvieran en aquella tierra.

El capitán estuvo de entero acuerdo con la interpretación, y por conducto de Melchor —Julían había fallecido ya— hizo que se interrogara a los caciques, y así se vino en conocimiento de la existencia de los dos que vivían en Yucatán:

(7) Cap. XXIII [XXV]



Gerónimo de Aguilar, que tan útil habría de ser más tarde como intérprete, y Gonzalo Guerrero, que convertido ya en cacique, y casado y con tres hijos y la cara labrada y horadadas las orejas, prefirió seguir su sino y continuar en medio de quienes ahora eran los suyos. Así seguramente otro europeo llegó por azar hasta los primitivos pobladores; no pudo volver a su lugar nativo y se quedó entre ellos, aunque por su cultura superior se convirtió en su cacique, en su guía, en su señor, en su dios, en el legendario Quetzalcoatl.

Si las cosas ocurrieron como refiere Bernal, y no hay razón para dudar de ello, estamos en el caso de considerar que aquel llamado de Cortés a Díaz del Castillo y a Ramos, y aquella respuesta de Bernal tuvieron una trascendencia infinitamente mayor que muchos otros acontecimientos de la conquista: como que de la respuesta del mancebo, que había sido soldado de Pedrarias y de Hernández de Córdoba y alférez de Grijalva, resultó el rescate de Gerónimo de Aguilar, que conocedor de la lengua maya hablada por todos los indios con quienes Cortés primero se puso en contacto, pudo más tarde completar con Doña Marina el dúo de intérpretes que salvaron más de un grave escollo a través de la conquista.

Y desde aquel momento la historia de Bernal Díaz del Castillo es la historia de la conquista de México, porque en todos los acontecimientos

más importantes toma parte activísima, con devoción suma para Cortés, a quien sólo llamara Cortés sin los "sobrenombres de valeroso, ni esforzado, ni Marqués del Valle, sino solamente Hernando Cortés, porque tan tenido y acatado fue en tanta estima el nombre de solamente Cortés, así en todas las Indias como en España, como fue nombrado el nombre de Alejandro en Macedonia y entre los romanos Julio César u Pompeyo y Scipión, y entre los cartagineses Aníbal y en nuestra Castilla a Gonzalo Hernández el Gran Capitán, y el mismo valeroso Cortés se holgaba que no le pusiesen aquellos sublimes ditados" (8) Sigámoslo, pues, a través de la conquista, que es seguirlo doblemente en su obra de conquistador y en su obra de cronista.

Es interesante ver a través de las edades las preocupaciones de unos hombres por imponer a los otros su manera de obrar y de pensar, y cómo siempre y siempre los más fuertes han estrechado a los más débiles para someterlos a sus pensamientos, a sus creencias, aunque en multitud de ocasiones ello ha obedecido sólo a mezquinos y egoístas intereses, y no a los elevados propósitos que se exteriorizan. Díganlo si no las dos guerras mundiales habidas en la primera mitad del siglo XX. Cortés no se vió libre de esta tendencia. En Cozumel presencia en unión de sus hombres una ver-

(8) Cap. XIX [XX]



dadera peregrinación de indígenas que llegan desde muy lejanos lugares para rendir culto a sus dioses; y escuchan, sin comprenderlo, al sacerdote de aquellos ídolos que predica fervorosamente a la multitud que se congrega. Acaso precisamente pida que eleven sus plegarias para que los intrusos perezcan o por lo menos se alejen y los dejen libres.

El Capitán ordena a Melchor que le explique la exhortación del sacerdote, y Melchor explica que habla en loor de sus dioses, de sus creencias. El primero llama entonces al cacique y al ministro del culto y a los principales; échales en cara su culto idolátrico, les exige que abjuren de él; y como ellos resisten, manda derrocar los ídolos, hace construir un altar donde coloca la imagen de la Virgen María, manda labrar y aderezar una cruz y la hace poner en un sitio "como humilladero, quedaba hecho cerca del altar y dijo misa el padre que se decía Juan Díaz. . .", en tanto que sobrecogidos de admiración y seguramente de odio presenciaban el espectáculo quienes no tenían elementos de fuerza bastantes para oponerlos a quienes a tanto se atrevían. Funesto error aquel de emplear la fuerza para imponer una creencia que al correr de los años trearía como resultado, según el decir de los más venerados sacerdotes católicos, que muchos indios se mantuvieran en su vieja idolatría, aunque disimulada. Sin embargo, aquellos

conservaron la cruz y la imagen de la Santísima Virgen.

Como era de esperarse, Cortés resuelve seguir el itinerario de Grijalva y distribuye la gente y los navíos de esta manera: "Cortés llevaba la capitana; Pedro de Alvarado y sus hermanos un buen navío que se decía *Sant Sebastián* [y en él continúa viajando el propio Bernal] Alonso Hernández Puertocarrero, otro; Francisco de Montejo otro buen navío; Cristóbal de Olid, otro; Francisco de Morla, otro; otro Escobar el paje; y el más chico, como bergantín, Ginés Nortes" (9) Ya se ha dicho que cada embarcación tenía su piloto y que Antón de Alaminos era el piloto mayor. El día 4 de marzo de 1519 el capitán dió la orden para continuar el viaje.

Fue durante esta navegación y no al descubrir Hernández de Córdoba tierra en Yucatán, cuando denominaron *Punta de las Mujeres* la isla en donde hallaron en cuatro cués o adoratorios de ídolos "muchas figuras y todas las más de mujeres y eran altas de cuerpo"; (10) y al estar en aquel lugar, Gerónimo de Aguilar pudo decir a quienes lo habían rescatado, "que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que lo trujo su amo e que cayó malo de traer la carga, e que también

(9) Cap. XXVIII.

(10) Cap. XXIX [XXX]



estaba no muy lejos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero." (11)

Cortés quiso que Escobar, que llevaba uno de los barcos más veleros, explorara Boca de Términos a fin de comprobar si efectivamente presentaba un buen puerto y si había caza en abundancia, indudablemente con el propósito de procurarse, en caso necesario, alimento para los expedicionarios. Pretendió luego llegar a Champotón en donde todos querían desembarcar para ejercer venganza sobre los que habían derrotado a los españoles anteriormente, mas Alaminos se opuso, alegando que aquél era mal puerto. "porque habían de estar los navíos surtos más de dos leguas lejos de tierra, que mengua mucho la mar." El jefe de la expedición porfiaba "porque tenía pensamiento de dallas una buena mano por el desbarate de Francisco Hernández de Córdoba e Grijalva"; pero Alaminos y los otros pilotos porfiaron todavía, que si entraban no podrían salir en ocho días si tenían tiempo contrario y ahora llevaban buen viento. ¿Fue esto realmente lo que los movió? ¿Fue el miedo? Acaso ambas circunstancias, y al fin siguieron hacia los dominios de Tabasco.

Pero ya se recordará que en lugar del recibimiento cordial que esperaban, como lo había tenido Grijalva, hubieron de sostener una ruda batalla, provocada por la burla que de los tabas-

(11) Cap. XXVIII [XXIX]

queños habían hecho los de Potonchán; y en ella Bernal peleó con la bizarria que necesitaban desplegar quienes no tenían otra disyuntiva que matar o morir; pero es interesante saber por el propio Bernal, cómo en cada ocasión que atacaban a los indios lo hacían invocando la ayuda del apóstol Santiago, considerado seguramente más capitán de ejércitos que de almas.

Allí triunfó una vez más la superioridad del armamento; el cacique Tabasco y los suyos fueron vencidos; pero el mayor triunfo que obtuvieron los españoles en aquel lugar que denominaron *Santa María de la Victoria*, fue que Cortés recibió el presente de veinte jóvenes indias, entre quienes se encontraba la que, bautizada como las demás, recibió el nombre de Marina, de Doña Marina para el futuro, ya que era de origen noble entre los propios suyos; "gran cacica —como nos dice Bernal e hija de grandes caciques y señora de vasallos, y bien se lo parecía en su persona." (12) Ella sería uno de los más importantes auxiliares para Cortés durante la conquista.

(12) Cap. XXXVI y Cap. XXXVII.



V.—LA VILLA RICA DE LA VERACRUZ.

EN "Jueves Santo de la Cena, de mil e quinientos y diez y nueve años" llegó toda la armada al puerto que en el viaje anterior habían denominado quienes iban con Grijalva *San Juan de Ulúa*; y "otro día, que fue Viernes Santo de la Cruz", desembarcaron y por ello el puerto fue ahora denominado *de la Vera Cruz*.

"En unos montones de arena que allí hay altos, que no había tierra llana" desembarcaron los caballos y la artillería; formaron un altar en que se dijo misa, e hicieron chozas y enramadas para Cortés y los demás capitanes; Bernal y los otros soldados, que llegaban a trescientos, acarrearon madera para construir sus provisionales viviendas.

Las pláticas que la víspera habían tenido con Cortés los enviados de Motecuhzoma continuaron,



y continuaron los presentes en vituallas y joyas; pero también las peticiones del Emperador azteca para que los recién venidos no pretendieran llegar hasta Tenoxtitlan, en donde se asentaba su trono.

Que Bernal era de los de mayor confianza, o que, por lo menos, él procuraba siempre estar cerca de Cortés para observarlo o por el respeto y el afecto que le inspiraba, nos lo hace ver, entre otras circunstancias, el hecho de que con el Capitán se hallaba cuando los enviados de Motecuhzoma se acercaron al extremeño, después de apartar a quienes llevaban los presentes, para reverenciarlo y sahumarlo, como acostumbraban cuando se acercaban a un individuo considerado de superior condición social; y no hay que olvidar que, en los principios, los recién llegados alcanzaban para el Monarca y los suyos categoría de dioses.

Y los regalos traídos bastaban para despertar la ambición de cualquiera, pues en el primer día entregaron a Cortés "muchas piezas de oro y de buenas labores e ricas... diez cargas de ropa blanca de algodón y de pluma, cosas muy de ver y otras cosas."

Para corresponder, el capitán envió al Emperador "una silla de cadera con entalladuras de taracea y unas piedras margaritas que tienen dentro de sí muchas labores, y envueltas en unos algodones que tenían almizcle para que oliesen bien, e un sartal de diamantes torcidos—simple vidrio—



Los españoles camino de México, según un grabado del libro "El Descubrimiento del Nuevo Mundo o Historia de América", editado en Amsterdam, 1673.



con una medalla de San Jorge, como que estaba a caballo con su lanza que mata un dragón"; (1) pero entregó también un casco "medio dorado" que tenía un soldado y que llamó la atención a los enviados aztecas, diciendo: "que porque quería saber si el oro de esta tierra es como el que sacan en la nuestra de los ríos, que le envíen ese casco lleno de oro" para enviarlo al Emperador de España y de las Indias.

Cuando los enviados regresan, viniendo con ellos un cacique mexicano que "en el rostro y facciones se parecía a Cortés", mandado adrede por Motecuhzoma al conocer cómo era aquél, mediante el apunte pictórico que los *tlacuilos* o historiógrafos habían hecho, los presentes exceden toda ponderación. Los méxicas tendieron petates y mantas de algodón en el suelo, y el que los encabezaba "lo primero que dió fue una rueda de hechura de sol de oro muy fino, que sería tamaño como una rueda de carreta, con muchas maneras de pinturas, gran obra de mirar, que valía a lo que después dijeron que la habían pesado, sobre diez mil pesos, y otra mayor rueda de plata, figurada la luna con muchos resplandores y otras figuras en ella y ésta era de gran peso, que valía mucho, y trujo el casco lleno de oro en granos chicos, como le sacan de las minas, que valía tres mil pesos. . . veinte ánales de oro, muy prima la-

(1) Cap. XXXVIII.



bor y muy al natural, e unos como perros de los que entre ellos tienen y muchas piezas de oro de tigres y leones y monos, y diez collares hechos de una hechura muy prima, e otros pinjantes, y dos varas como de justicia, de largor de cinco palmos, y todo esto... de oro muy fino y de obra variadiza y... penachos de oro y de ricas plumas verdes, e otras de plata [y] venados de oro sacados de vaciadizo." (2)

Al enumerar esto Bernal, añadiendo que hubo otras joyas más de que no hacía memoria al escribir, comenta al referirse al casco lleno de oro por valor de tres mil pesos, que "aquel oro del casco tuvimos en más, por saber cierto que había buenas minas, que si trujeran veinte mil pesos."

Pero ni siquiera tales joyas constituyeron todo este segundo presente, porque cuando acabó de entregarlas aquel gran cacique a quien llamaban *Quintalbor*, y los soldados españoles por su parecido con Cortés, *Cortés* le decían, mandó sacar, en compañía de otro enviado a quien Bernal llama *El Tendile*, y dió al conquistador "sobre treinta cargas de ropa de algodón tan prima y de muchos géneros de labores, y de pluma de muchos colores, que por ser tanta —afirma el cronista— no quiero en ello meter la pluma, porque no lo sabré escribir." (3)

(2) Cap. XXXVIII [XXXIX].

(3) Loc. cit.

Como en más de una ocasión lo ha comentado el autor de estas apuntaciones, con aquellos presentes Motecuhzoma firmó la rendición de su imperio y su propia sentencia de muerte. Sólo una falta completa de previsión política o una sobra de superstición pudo aconsejarle que tales riquezas mandara a quien por solo verlas tenía que sentir, como todos los hombres que lo acompañaban, el incentivo irresistible de la codicia. Quien tales obsequios hacía con tanta facilidad debía poseer riquezas no soñadas; era indispensable llegar hasta ellas y no solamente rescatarlas por viles cuentas de vidrio o casbabeles de bronce, sino señorear el país que tales riquezas producía, dominarlo de ahí en adelante por completo.

¿Qué significaba para Cortés el tener indios encomendados en Cuba? ¿Qué ser alcalde ya no de Baracoa o de Trinidad o de Sancti Spiritus o de Santiago? ¿Qué ser gobernador de toda Cuba? Nada, absolutamente nada en comparación con lo que ante sí tenía; estos pueblos eran los que lo merecían como gobernador y es indudable que cada uno de los capitanes, cada uno de los soldados que se encontraban frente a tan fantásticas riquezas tuvo en la mente un pensamiento igual: había que apoderarse de tan misterioso país a donde no se quería que llegaran, subyugarlo y adueñarse de aquellas riquezas de fábula o de ensueño.

Bernal va a tener otra intervención personal que habrá de ser trascendente para los futuros



movimientos. Cuantos habían estado proporcionando alimentos a los españoles por instrucciones de Motecuhzoma desaparecen del real de Cortés, y ello le hace comprender que la lucha se aproxima, ya que una y otra vez le ha mandado decir el Emperador que no pretenda llegar hasta la capital del imperio, y el jefe expedicionario lo ha rehusado. Por ello Cortés establece algunos centinelas en puntos avanzados, escogiendo para ello los hombres en quienes tiene mayor confianza.

Díaz del Castillo es uno de los escogidos, y mientras ejerce la vigilancia en unión de uno de sus compañeros, ven acercarse por la playa cinco hombres, que con afable rostro les hacen una reverencia y por señas solicitan que los conduzcan al real. El futuro cronista pide a su compañero que permanezca en el punto, y emprende la marcha con los indios, que son totonacas enviados por su señor, cacique de Cempoalá y enemigo, aunque súbdito, del Emperador azteca. Ya se sabe que aquella entrevista de Cortés con los cinco mensajeros le dió la clave de la conquista del imperio de Motecuhzoma; éste dominaba por la fuerza, pero no por el respeto que produce el afecto; si él, Cortés, explotaba el sentimiento de animadversión en contra del Monarca azteca, muy grandes probabilidades tenía para vencerlo.

Pero Bernal iba a desempeñar otro papel no menos trascendental: el de elector en una elección

que eliminaría definitivamente a Velázquez de cuanto se relacionara con la conquista que Cortés se hallaba resuelto a ejecutar.

Bien se recordará que entre los que se habían alistado para emprender aquel viaje estaban muchos amigos y partidarios de Velázquez; que habían continuado al lado de aquél tanto porque las ilusiones en lo que podrían ganar eran muchas, cuanto porque ellos mismos podrían vigilar a quien había burlado hasta allí a su poderdante; y no se habrá olvidado, que ya en la Vera Cruz los disidentes pretendieron a toda costa, por una parte, que los soldados no rescataran oro directamente con los indios; por otra, que en lugar de seguir hasta la capital del imperio azteca, se regresaran desde luego a Cuba.

Pero Cortés habíase puesto en contacto con Alonso Hernández Puertocarrero, con Pedro de Alvarado y sus cuatro hermanos: Jorge, Gonzalo, Gome y Juan; con Cristóbal de Olid y Alonso de Avila, con Juan Escalante y Francisco de Lugo, y con "otros caballeros y capitanes" para que lo eligiesen Capitán General y así no estar más bajo la dependencia de Velázquez. Recordemos cómo Bernal refiere el hecho:

"... una noche, a más de media noche, vinieron a mi choza el Alonso Hernández Puertocarrero y el Juan de Escalante y el Francisco de Lugo, que éramos algo debdos yo y el Lugo y



de una tierra, y me dijeron: "Ah, señor Bernal Díaz del Castillo, salí acá con vuestras armas a rondar; acompañaremos a Cortés que anda rondando." Y desde que estuve apartado de la choza, me dijeron: "Mirá, señor, tened secreto de un poco que os queremos decir que pesa mucho y no lo entiendan los compañeros que están en vuestro rancho, que son de la parte de Diego Velázquez." Y lo que me platicaron fué: "¿pa-  
"réceos, señor, bien que Hernando Cortés así nos haya traído engañados a todos y dió pregones en Cuba que venía a poblar y ahora hemos sabido que no trae poder para ello, sino para rescatar, y quieren que nos volvamos a Santiago de Cuba con todo el oro que se ha habido, y quedaremos todos perdidos, y tomarse ha el oro Diego Velázquez como la otra vez? Mirá, señor, que habéis venido ya tres veces con esta postrera, gastando vuestros haberes y habéis quedado em-  
"peñado, aventurando tantas veces la vida con tantas heridas. Hacémoslo, señor, saber porque no pase esto más adelante y estamos muchos ca-  
"balleros que sabemos que son amigos de vuestra merced, para que esta tierra se pueble en nombre de su Majestad, y Hernando Cortés en su real nombre; y en teniendo que tengamos po-  
"sibilidad, hacedlo saber en Castilla a nuestro Rey y señor; y tenga, señor, cuidado de dar el voto para que todos lo elijamos por Capitán de uná-

"nime voluntad, porque es servicio de Dios e de nuestro Rey e señor." (4)

He aquí la primera propaganda electoral que conocemos, practicada en lo que sería Nueva España y más tarde México; pero también pudiera llamarse la primera invitación para un "golpe de estado", que fue lo que en rigor hicieron Cortés y sus amigos y partidarios en contra del Gobernador Diego Velázquez.

Ahora bien: si hemos de creer a Bernal, fue él quien tuvo la iniciativa para que Cortés fuera electo no solamente Capitán, como proponían Puertocarrero, Escalante y Lugo, sino Justicia Mayor, pues así claramente lo declara:

"Yo respondí —afirma— que la ida de Cuba no era buen acuerdo y que sería bien que la tierra se poblase, e que eligiésemos a Cortés por General y Justicia Mayor, hasta que su Majestad otra cosa no mandase." (5)

Todo cuanto ocurrió después tiene tal semejanza al sabor agri dulce de todos estos movimientos en que hay uno que anhela el poder y dice que no quiere tenerlo; que por fin se *sacrifica* en bien de los demás, que no son sino sus amigos y paniaguados, que bien merece recordar todo el proceso democrático de nuestras primeras elecciones.

Los amigos de Velázquez, hasta quienes llegaron las noticias de estos trabajos electorales para

(4) Cap. XLII.  
(5) *Ibid.*



sacudirse al Gobernador de Cuba, protestaron contra ellos, y "dijeron a Cortés que para qué andaba con mañas para quedarse en esta tierra sin ir a dar cuenta a quien le envió, para ser Capitán, porque Diego Velázquez no se lo tenía a bien; y que luego nos fuésemos a embarcar y que no curase de más rodeos y andar en secretos con los soldados, pues no tenía bastimentos ni gente, ni posibilidad para que pudiese poblar." (6)

El jefe de aquellos hombres era sobrado astuto para mostrar su propio juego; aceptó, en consecuencia, desde luego como justificadas las pretensiones de los amigos de Velázquez, e inmediatamente mandó pregonar que al día siguiente debían embarcarse todos en la forma misma en que habían llegado hasta el momento del desembarco.

Pero los que habían estado en el concierto desde luego se permitieron la audacia, curiosísima audacia a fe, de resistir en esta vez el pregon de Cortés y antes fueron en masa a requerirlo "de parte de Dios nuestro señor y de su Majestad, que luego poblase y no hiciese otra cosa, porque era muy gran bien y servicio de Dios y de su Majestad, y se le dijo otras muchas cosas bien dichas sobre el caso... e que muchos queríamos poblar e que se fuese quien quisiese a Cuba." (7) ¡Oh la desvergüenza de aquellos políticos, idén-

(6) Cap. XLII.

(7) *Ibid.*

tica a la de los políticos de todos los tiempos: requerían a Cortés de parte de Dios y del Rey, que eran bien ajenos a las miras ambiciosas de Cortés y de sus amigos y aliados; como en más de una vez se dice que es obra de Dios una victoria, que resulta sólo una cadena de crímenes!

Ahora bien: ¿qué podía hacer Cortés en aquel trance tan apurado y tan extraordinariamente difícil, sino aceptar... lo que él quería y buscaba? El mismo Bernal Díaz, con la ingenuidad con que procede en la mayor parte de su *Historia*, claramente confiesa: "Cortés lo aceptó, y aunque se hacía mucho de rogar y como dice el refrán: *tú me lo ruegas y yo me lo quiero*", mas eso sí, para aceptar tan grave carga, se vio obligado a imponer sus condiciones: unas, que eran las ya de antemano concertadas; otras acaso inesperadas para los mismos que habían estado en los arreglos, a juzgar por un brevísimo comentario de Bernal, pero que ya no les quedó otro recurso, que aceptarlas.

La primera condición fue "que le hiciésemos Justicia Mayor y Capitán general"; la segunda, que se le diese en lo personal el quinto de lo que se hubiese después de sacar el quinto real; y esto segundo es lo que Díaz del Castillo comenta, cuando a través de largos años expone el alcance de lo hecho: "... y lo peor de todo, que le otorgamos que le diésemos el quinto del oro de lo que se hobiese, después de sacar el real quinto."



Vencido Cortés, obligado a desligarse de su poderdante por aquel empeño de los que deseaban quedarse a poblar, hizo que las cosas se completaran en debida forma; y por ello no sólo no se contentó con simples promesas, sino que pidió que se le otorgaran "poderes muy bastantísimos delante de un escribano del Rey que se decía Diego de Godoy"; y para que las cosas adquirieran hasta el último aspecto de legales, "luego —continúa Bernal— ordenamos de hacer y fundar e poblar una villa... [y] fundada la villa, hicimos alcaldes y regidores; y fueron los primeros alcaldes Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo." (8)

Pero Bernal ingenuamente nos deja ver la trama de aquella tela que tejieron los fundadores de la democracia en México: "... a este Montejo porque no estaba muy bien con Cortés —era amigo de Velázquez— por metelle en los primeros y principal, *le mandó nombrar por alcalde.*" (9).

Naturalmente se dieron todos los demás pasos necesarios para que aquella nueva ciudad de la Villa Rica de la Vera Cruz estuviera completa; y se nombró a Pedro de Alvarado "Capitán para las entradas"; a Cristóbal de Olid, Maestre de Campo; a Juan de Escalante, Alguacil Mayor; a Gon-

(8) Loc. cit.

(9) Loc. cit.

zalo Mejía, Tesorero; a Alonso de Avila, Contador; y Alférez a un fulano Corral, "porque el Villarroel, que había sido Alférez, no sé qué enojo había hecho a Cortés sobre una india de Cuba y se le quitó el cargo." Alguaciles del real resultaron Ochoa, vizcaíno, y Alonso Romero. Complemento de todo esto fueron: una picota en la plaza, y, fuera de la villa, una horca.

Los parciales de Velázquez, al verse burlados de este modo "estaban tan enojados y rabiosos, que comenzaron a armar bandos e chirinolas y aun palabras muy mal dichas contra Cortés e contra los que le elegimos"; pero éste, siempre dispuesto a llenar las fórmulas que parecieran legales, en seguida se puso de acuerdo con Juan Escalante para que el grupo de sus amigos le exigieran que presentara las instrucciones de Velázquez; y de nuevo sometido a las exigencias de sus nuevos poderdantes, "las sacó del seno y las dió a un escribano del Rey que las leyese" y leídas y ver que se le pedía que volviese luego de rescatar lo más posible, "pedimos a Cortés —asienta Bernal— que las mandase encorporar juntamente con el poder que le dimos, así mismo el pregón que se dió en la isla de Cuba."

Y añade todavía Bernal Díaz del Castillo: "... y esto fué a causa que su Majestad supiese en España, cómo todo lo que hacíamos era en su



real servicio, y no nos levantasen alguna cosa contraria a la verdad..." (10)

El "pueblo soberano" en aquella ocasión había obrado, y Cortés no había podido hacer otra cosa sino obedecer; como cada vez que los políticos de nuestros días humildemente se someten, aunque muy a su pesar, según aseguran, a los dictados de ese "soberano pueblo"; pero también aconteció entonces lo que suele acontecer a los inconformes de hoy y como Juan Velázquez de León, pariente de Diego Velázquez, y Diego de Ordás y Escobar, el paje, y Pedro Escudero murmuraban más de la cuenta, y sus murmuraciones y decires podían alterar la paz pública, fueron detenidos "y estuvieron presos con cadenas y velas —centinelas de vista— que les mandaban poner ciertos días." (11)

Nombres, lugares, personas cambian en la Historia; lo que no cambia son los hechos, que sólo presentan las variantes indispensables para acomodarse a la época en que se verifican.

(10) Cap. XLIII.

(11) *Ibid.*

## VI.— HACIA LA CONQUISTA DE MEXICO.

**B**ERNAL Díaz del Castillo va con Cortés a Cuahuixtla y a Cempoala; presencia y probablemente toma parte en el aprisionamiento de los cinco recaudadores de Motecuhzoma, aprisionamiento que aconseja Cortés sólo para con sin igual astucia dejar libres a dos de ellos haciéndoles creer que los liberta por servir al Emperador azteca; y participa luego en la erección que hacen ahora de la Villa Rica de la Vera Cruz cerca de Cuahuixtla, que les parece mejor asiento; obra en que trabajan desde Cortés hasta el último soldado.

Interviene asimismo en el nuevo derrocamiento de ídolos que hizo Cortés en Zingapanzinga y fue uno de los que firmaron el memorial enviado, junto con la primera *Carta de Relación* del Capitán General, a los Reyes de España y que debían



llevar como procuradores Alonso Hernández Puertocarrero y Francisco de Montejo.

En este documento iba una noticia completa de cuanto se había hecho a partir del primer viaje de descubrimiento realizado por Hernández de Córdoba, hasta aquellos momentos en que habían logrado apartar unos treinta pueblos de la obediencia de Motecuhzoma; pero también pedían en él que no se diera la gobernación a Diego Velázquez, y agregaban, que si el Obispo de Burgos por sus ligas de intereses le otorgara tal cargo, "primero que se obedezca se lo haremos saber a su real persona adquiera que estuviese asienta Bernal y lo que fuere servido mandar que lo obedeceremos como mando de nuestro Rey y señor, como somos obligados." (1)

Es decir: en aquella carta de los capitanes y soldados se anunciaba ya lo que con tanta frecuencia habría de realizarse durante los tres siglos que de vida tuvo la Colonia: que llegaban las cédulas reales, quien las recibía las ponía sobre su cabeza, las besaba con reverencia, declaraba que las obedecía e inmediatamente hacía el reparo respecto de muchas de ellas: en cuanto a su cumplimiento, ya acudiría al Monarca haciéndole ver por qué no se podían cumplir. Era también el anuncio de la resolución de ejercer el derecho de *súplica*, que equivalió al moderno procedimien-

(1) Cap. LIV.

to judicial de apelar de una sentencia, si se trata de una decisión judicial.

Le daban cuenta al Emperador, igualmente, de haber electo a Cortés como Justicia Mayor y Capitán General; hacían de éste grandes elogios y pedían que el Monarca ratificara aquellos nombramientos; pero junto con los informes y con la petición iba el mejor razonamiento que podían hacer en su favor, toda vez que Cortés con gran habilidad resolvió que los embajadores le llevaran todo el oro que hasta allí habían reunido, cuidando de que los soldados firmasen la donación de lo que a ellos correspondía, para verse así libre de futuras reclamaciones.

Dada la amistad que existía entre Montejo y Velázquez, recomendaron a los procuradores que por ningún motivo se acercaran a la estancia que aquel tenía en Cuba y que llamaban *El Marién*; pero no solamente Montejo convenció a Alaminos, que iba como piloto, para hacer lo contrario, sino que envió una carta a Velázquez, dándole cuenta de lo que ocurría.

No es ahora Bernal testigo de los hechos; pero la imaginación y el conocimiento de su pariente lo ayudan para hacernos comprender lo que aquella noticia fue para Velázquez. Nos dice, en efecto, que "cuando entendió del gran presente de oro que enviábamos a su Majestad, y supo quiénes eran los embajadores e procuradores, tomábale tras sudores de muerte y decía palabras muy las-



limosas e maldiciones contra Cortés y su secretario Duero y el Contador Amador de Lares, que le aconsejaron en hacer general al Cortés," (2) pues con estos dos se concertó el extremeño para lograr su nombramiento.

Mandó en seguida aprestar dos navíos, los más veleros que pudo haber; los puso bajo órdenes de Gabriel de Rojas y de otro capitán apellidado Guzmán a fin de que apresaran en el canal de Bahamas la nave en que iban los procuradores; escribió en queja a la Real Audiencia de Santo Domingo y a los padres gerónimos que en La Española cuidaban de las cosas de Indias; y como no alcanzara éxito favorable, envió, a su vez, procuradores cerca del Obispo Fonseca.

Y sucedió algo inesperado: los procuradores de Cortés y los de Velázquez arribaron a Sevilla sin novedad, pero como Carlos V se encontraba en Flandes, los primeros cayeron "en la boca del lobo", según el viejo decir, porque al Obispo favorecedor del Gobernador de Cuba tuvieron que entregar sus credenciales y todos los presentes valiosísimos que para el Emperador llevaban.

El resultado no se hizo esperar: quien tenía en sus manos los asuntos de Indias soltóse en invectivas contra Cortés, contra sus amigos, contra

(2) Cap. LV.

sus procuradores; y quién sabe hasta dónde habrían llegado las cosas, si no hubiera sido por la precaución de llevar aquellas cartas e informes por duplicado, que hábilmente lograron que leyera Carlos V, quien comprendió lo que significaba lo hecho por Cortés, y desaprobó la conducta de su valido el Obispo de Burgos.

"...fué tanto el contentamiento que mostró —el Emperador— y los duques y marqueses y condes y otros caballeros que estaban en su real corte —dice Bernal— que en otra cosa no hablaban por algunos días sino de Cortés y de todos nosotros los que le ayudamos en las conquistas, y las riquezas que destas partes le enviamos; y así por las cartas glosadas que sobrello le escribió el Obispo de Burgos, desde que vió su Majestad que todo era contrario a la verdad, desde allí adelante le tuvo mala voluntad al Obispo, en especialmente que no envió todas las piezas de oro e se quedó con gran parte dellas..." (3)

La carta firmada por Bernal y por los capitanes y soldados había sido, puede afirmarse, el primer ensayo de cronista que haría el descubridor, el soldado que si se ve que tomaba parte activa en cuanto sus compañeros hacían, no parece que recibiera recompensas especiales, ni cargos más o menos honoríficos, ni jugosas comisiones que lo enriquecieran. Su fidelidad,

(3) Cap. LVI.



sin embargo, hacia Cortés, su esfuerzo y su valor jamás sufrieron mengua, aunque a veces, como veremos más tarde, experimentara cierta emoción, muy natural, antes de entrar en los combates.

Así vemos, que al tener noticia el extremeño por Juan Escalante, puesto al frente de la Villa Rica de la Vera Cruz, de que un navío había anclado tres leguas de allí, Cortés escogió a Bernal Díaz para que con otros treinta y nueve hombres lo escoltara hasta donde aquel sospechoso navío estaba surto. Y ya se recordará, que sin tomar reposo alguno, Cortés y aquellos amigos fieles emprendieron el camino rumbo a donde estaba la embarcación enviada por Francisco de Garay, Gobernador de Jamaica, quien por su parte había arrancado al Obispo Fonseca autorización para descubrir en aquellas costas, con el carácter de Adelantado y Gobernador.

En efecto: el capitán Alonso Alvarez Pineda o Pinedo había llevado hasta Pánuco aquel navío con el objeto de tomar posesión de las tierras en nombre de Garay; pero Cortés y su escolta toparon en el camino al escribano Guillén de Loa y a tres españoles que eran los que habían de fungir como testigos del acto.

Cortés entonces urdió una de aquellas formas que en más de una ocasión le dieron buen resultado: aprehendidos aquellos hombres, trató de apoderarse de la nave; para lo cual les qui-

tó los vestidos, los puso a hombres de su escolta, en tanto que él con Bernal y con el resto se escondió, mientras los disfrazados hacían señas a los del barco para que fueran a tierra. Pero sólo unos cuantos desembarcaron, se acercaron a los cuatro, que evitaban mostrar los rostros; comprendieron que se les tendía una celada y huyeron, logrando entonces Cortés quedarse con sólo seis hombres: los primeramente aprehendidos y dos de los que bajaron después.

Esta relación que hace Bernal destruye un error bastante generalizado: que el propio Garay llegó hasta Pánuco en aquella ocasión, por asentarlo así Gómara, pero nuestro cronista afirma categóricamente: "Esto es lo que se hizo y no como lo escribe el coronista Gómara, porque dice que vino Garay en aquel tiempo, y no fue así; que primero que viniese envió tres capitanes con navíos." (4)

Había llegado el momento de iniciar la grande empresa: subir hasta la capital del imperio de Motecuhzoma, ayudados, de pronto, de los cempoaltecas que fueron sus primeros aliados. Ahora bien: para darse cuenta de la condición en que lo hizo el hombre esforzado que se llamó Bernal Díaz del Castillo, es necesario ver que esa condición estuvo muy lejos de las comodi-

(4) Cap. LX.



dades que en medio de la necesaria incomodidad de la empresa disfrutaban otros.

Para ello basta recordar, que cuando informa que los cempoaltecas proporcionaron doscientos *tamemes* o cargadores, asienta: "para nosotros los pobres soldados no había menester ninguno, porque en aquel tiempo no teníamos qué llevar; porque nuestras armas, así lanzas como escopetas y ballestas y rodela y todo otro género dellas, con ellas dormíamos e caminábamos, y calzados nuestros alpargates, que era nuestro calzado." (5)

Así sabieron de Cempoala durante el mes de agosto de 1519, siguiendo un itinerario que se ha tratado de fijar en días cercanos y cuya primera jornada fue de Cempoala a Jalapa; luego a Socochima o Sochima (6) que de ambas maneras cita el nombre Bernal; de allí a Tejutla o Zocotlan, que los españoles denominaron *Castil Blanco*, porque algunos soldados portugueses que venían en la partida, creyeron encontrarle alguna semejanza con Castel Blanco en Portugal. (7)

De allí en adelante un enemigo inesperado vino al encuentro del extraño ejército: el frío.

(5) Cap. LXI.

(6) Si en Chimalen le llama Cortés, y Prescott lo identifica con Naolinco.

(7) Castil Blanco parece haber sido lo que Cortés llama Ceycochaca, y Vedia identifica como Ixhuacán de los Reyes.

Comenzaron a escalar la cordillera oriental aquellos hombres que procedían de Cuba y de las costas de la Vera Cruz, cálidas siempre, y no estaban preparados para las recias temperaturas que les helaban las manos o les herían los rostros si el viento les salía al paso.

Pero si los españoles sufrieron gravemente en aquella parte del camino, más sufrieron los indios que habían traído de Cuba, conocida ya entonces por Fernandina. Cortés, efectivamente, en su segunda *Carta de Relación* nos dice:

"Desde aquí [desde Ceycochacan o Ixhuacan de los Reyes] anduve tres jornadas de despoblado y tierra inhabitable a causa de su esterilidad y falta de agua y muy gran frialdad que hay en ella; donde Dios sabe cuánto trabajo la gente padeció de sed y de hambre, en especial en un turbión de piedra [granizo] y agua que nos tomó en el dicho despoblado, de que pensé que pereciera mucha gente de frío. E así murieron cientos de indios de la isla Fernandina, que iban mal arropados." (8)

En Ixhuacan de los Reyes, sin embargo, que fue uno de los lugares más importantes que los expedicionarios encontraron antes de llegar a Tlaxcala, o, por mejor decir, el más importante, obtuvieron datos valiosísimos acerca de lo que era la capital del imperio azteca. El cacique del lugar

(8) En *Historiadores Primitivos de Indias*, Bibl. de Rivadeneyra, Vol. 22.



se refirió, en efecto, a "sus grandes poderes de guerreros que tenía en todas las provincias sus sujetas, sin otros muchos ejércitos que tenía en las fronteras y provincias comarcanas, y luego dijo de la gran fortaleza de México y cómo estaban fundadas las casas sobre agua, y que de una casa a otra no se podía pasar sino por puentes que tenían hechos y en canoas, y las casas todas de azoteas y en cada azotea si querían poner mamparos, eran fortalezas, y que para entrar dentro en su cibdad, que había tres calzadas y en cada calzada cuatro o cinco aberturas por donde pasaba el agua de una parte a la otra; en cada una de aquella abertura había una puente y con alzar cualquiera dellas, que son de madera, no pueden entrar en México." (9)

Si estos eran los obstáculos, la atracción irresistible, como para el hierro el imán, consistía y consistió para aquellos fatigados y semientumidos viajeros el "mucho oro y plata y piedras chalchivis (10) y riquezas que tenía Montezuma", de quien el cacique hablaba con tanto calor como respeto; y por el solo orgullo de vencer aquellos obstáculos, o más probablemente por vencerlos y llegar a las riquezas del Emperador azteca, Bernal comenta: "...todos nosotros estábamos admirados de lo oír, y con todo cuanto contaban su gran for-

(9) Cap. LXI.

10 Chalchivis llamaban el jade, que muchos confundían con las esmeraldas.

taleza y puentes, como somos de tal calidad los soldados españoles, quisiéramos ya estar probando ventura..." (11)

Hay un rasgo de prudencia de Fr. Bartolomé de Olmedo, quien venía agregado a la expedición, que no debe olvidarse. Cuando Cortés después de escuchar toda aquella relación y los temores del cacique de lo que podría sobrevenirle por haberlos acogido; después de hablarle del poderío de Carlos V y del propósito español de acabar con la idolatría indígena, quiso que al partir se les dejara plantada una cruz, objetó Fr. Bartolomé:

"Paréceme, señor, que en estos pueblos no es tiempo para dejalles cruz en su poder, porque son desvergonzados y sin temor; y como son vasallos de Montezuma no la quemen o hagan alguna cosa mala; y esto que se le ha dicho [que abjuraran de sus idolatrías y creyeran en un solo Dios verdadero] basta, hasta que tengan más conocimiento de nuestra fe." En esta vez tuvo mayor efecto sobre el Capitán General la observación del Padre Olmedo, que las anteriores protestas de los indios, "y así se quedó sin poner la cruz." (12)

"Teules deben de ser" fue el comentario de aquellos habitantes de Ceycoznócan o Ixhuacan, al saber de labios de los cempoaltecas que seguían a los españoles, todas las cosas que éstos eran ca-

11 Loc. cit.

(12) Loc. cit.



páces de realizar con sus lombardas, con sus caballos y hasta con el lebrél, propiedad de Francisco de Lugo, lebrél que, según los interrogados, lo llevaban "para cuando alguno los enoja, los mate."

El cacique, acaso por todas estas informaciones que hacían aparecer a sus visitantes como *teules*, o, lo que es lo mismo, como dioses, cuando le preguntaron cuál era el mejor camino para llegar a México, no vaciló en recomendar la ruta de Cholula, con la esperanza de que los cholultecas acabaran con los teules y con sus extraordinarios poderes.

Mas sus amigos cempoaltecas recomendaron el camino por Tlaxcala, entre otras circunstancias porque los tlaxcaltecas eran amigos de los de Cempoala, y Cortés lo prefirió. El resultado de esta selección demasiado se conoce: primero la resistencia del joven guerrero Xicotencatl; luego la sumisión de Tlaxcala hasta convertirse en el más firme elemento que ayudó a los españoles en la conquista del que parecía invencible imperio de Motecuhzoma.

Aquel triunfo de Cortés sobre los poderosos tlaxcaltecas iba a poner nuevo espanto en el acobardado Emperador indígena, y por ello "despacho cinco principales hombres de mucha cuenta a Tascala y nuestro real —nos dice Bernal Díaz— para darnos el bienvenidos y a decir que se había holgado mucho de la gran victoria que hobimos contra tantos escuadrones de contrarios,

y envió en presente obra de mil pesos en oro en joyas muy ricas y de muchas maneras labradas y veinte cargas de ropa fina de algodón y envió a decir que quería ser vasallo de nuestro gran Emperador, y que se holgaba porque estábamos ya cerca de su ciudad, por la buena voluntad que tenía a Cortés y a todos los teules sus hermanos que con él estábamos, que así nos llamaban, y que viese cuánto quería de tributo cada año para nuestro gran Emperador, que lo dará en oro y plata y ropa y piedras de chalchivis con tal que no fuesemos a México..." (13)

Resueltamente el Monarca azteca demostraba carecer de visión política y aun de visión humana; porque no veía que todo nuevo ofrecimiento de riquezas, toda manifestación de pusilaninimidad habría de acrecentar los anhelos de llegar hasta la capital del imperio; y vistas las cosas desde el punto de su creencia en las predicciones de Quetzalcoatl, de que alguna vez llegarían hasta las tierras de los méxicas hombres blancos y barbados que habrían de vencerlos y dominarlos y gobernarlos, le habría sido mejor someterse desde el principio; lo cual habría evitado el derramamiento de sangre, que trajeron consigo sus vacilaciones.

Desde luego, para la historia de la conquista, para la historia de México, la fecha del 23 de sep-



tiembre de 1519 en que, ya de paz los españoles y los tlaxcaltecas, los primeros penetraron en la capital de la *república* de Tlaxcala, es y debe ser memorable, porque bien puede considerarse que en ella se afirmó la base más fuerte en que Cortés se apoyó para realizar la conquista.

Al día siguiente de aquella entrada triunfal, el clérigo Juan Díaz dijo misa en un altar improvisado; y la dijo él, "porque el padre de la Merced [Fr. Bartolomé de Olmedo] estaba con calenturas y muy flaco"; condición muy explicable, ya que tales andanzas tenían que afectar aun a los más fuertes. Sin embargo, pronto reanudaron la marcha, tras de escuchar los razonamientos de los indios para no aceptar la nueva religión que les proponían los españoles, de la cual aquella misa era una de las manifestaciones que con mayor empeño deseaban los impresionaran.

Un gran espectáculo les aguardaba en su camino: el Popocatepetl, en plena actividad, arrojaba piedras en ignición, lava y cenizas; de su cráter se veían salir rojizas llamas, y en medio de sacudimientos y de ruidos espantosos, desde el seno del volcán se elevaban espesas nubes de vapores, que parecían tocar el firmamento. Sin embargo, uno de aquellos teules, Diego de Ordás, valeroso y resuelto escaló aquella montaña que en momentos semejaba estar envuelta en fuego.

## IX.—MOTECUHZOMA

CORTES puso una gran mancha de sangre en su camino hacia México; mancha que quienes quieren juzgar al conquistador como hombre perfecto tratan de lavar y borrar, pero que es imposible que desaparezca.

La excusa que él da, la que da Bernal, la que da Gómara para hablar de la matanza realizada en Cholula es que Cortés sólo se anticipó a la traición de los tlaxcaltecas, y acaso esto sea así. De todas maneras aquel acto cruel subsiste y subsistirá en las páginas de la historia de la conquista; por más que hoy podría juzgarse casi un hecho glorioso, si se le compara con las matanzas infinitamente más horribles por el número de víctimas sacrificadas, que por mezquinos intereses han hecho en nuestros días los hombres que audazmente pretenden ser portaestandartes de la



civilización y de la cultura humana. Nosotros condenamos por igual aquella matanza, que estas últimas que alcanzan proporciones apocalípticas.

*Dejemos esto*, diremos adoptando la costumbre de Bernal, para seguir a los que hacia México dirigen sus pasos. Abandonan Cholula y van con rumbo a Huejotzingo; sabe Cortés que un poco adelante se le presentarán dos caminos: uno que lo llevará a Chalco y otro a Tlalmanalco; y al llegar a la cumbre de la sierra, encuentra, en efecto, ambos caminos: el que conducía a Chalco muy bien aderezado; el otro lleno de árboles cortados y tirados como impasables obstáculos, mas como el primero señalaban como el mejor los enviados de Motecuhzoma, el jefe de la expedición escogió el que parecía lleno de estorbos, pues tenía noticia de que por el de Chalco se les preparaba una celada.

Y llegaron a Tlalmanalco y encontraron que allí se habían juntado los indios de Chalco y los de Chimalhuacan y los de Amecamecan y los de Acacingo; y todos ellos se ofrecieron al que con tanto atrevimiento iba a ponerse frente a frente al poderoso Emperador cuyas exacciones y tributos tanto repugnaban, sin atreverse, no obstante tal repulsión, a oponerse a la fuerza hasta allí invencible de aquél.

Motecuhzoma, por su lado, continúa torpemente enviando embajadores y presentes para evitar que los teules sigan avanzando; pero na-

da contendrá a éstos en su propósito de avanzar, aun cuando antes haya habido pusilánimes que trataron de convencer a su Capitán de que era temeridad meterse un puñado de hombres en aquellas fortalezas que les habían dicho eran inexpugnables. Bernal no fue de los que se opusieron a proseguir adelante, pero con sinceridad confiesa sus propios temores, cuando declara que como sabían que su "Hichilobos", es decir, Huitzilopochtli, dios de la guerra, había aconsejado a Motecuhzoma por conducto de sus sacerdotes, "que nos dejase entrar, que allí nos podrá matar... y como somos hombres y temíamos la muerte, no dejábamos de pensar en ello, y como aquella tierra es muy poblada, íbamos siempre caminando muy chicas jornadas y encomendándonos a Dios y a su bendita madre..." (1)

Se detuvieron para dormir casi al llegar a Ixtapal Atengo, y hasta ese lugar fue Camamatzin, sobrino del Emperador, con gran pompa y aparato, para darles la bienvenida; siguieron luego el camino de Ixtapalapa, y de tal modo se iban maravillando los españoles con lo que veían, que Bernal asegura que "parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro en el agua y de cal y canto"; y cuando se detienen ya en Ixtapalapa, el cronista

(1) Cap. LXXXVII.



siente crecer su admiración y declara que creyó que no hubiera en el mundo otras tierras descubiertas como éstas.

Pero si todo esto los asombra, experimentan estupefacción cuando miran el cortejo de Motecuhzoma de que forman parte los señores de Texcoco, de Ixtapalapa y de Tacuba, y luego a Motecuhzoma mismo en ricas andas de las que se apeó. "... Y traíanle de brazo aquellos grandes caciques —informa Bernal— debajo de un palio, muy riquísimo a maravilla y la color de plumas verdes con grandes labores de oro, con mucha argentería y perlas y piedras chalchivis que colgaban de unas como bordaduras que hobo mucho que mirar en ello, y el gran Montezuma venía muy ricamente ataviado, según su usanza, y traía calzados unos como cotaras, que así se dice lo que calzan, las suelas de oro y muy preciada pedrería por encima en ellas..." (2)

Tal era el monarca que en medio de tanta riqueza y de tanto esplendor iba a quedar dominado y aun envilecido por un puñado de hombres, acaso poseídos de otras supersticiones opuestas a las del gobernante indígena, pero no dominados por el miedo que invade a éste desde que tiene las primeras noticias de la llegada a las playas del imperio, de los hombres blancos y barbados, sino impulsados por la resolución de vencer, que es

(2) Cap. LXXXVIII.

ya en sí misma poderosa arma que les dará el triunfo.

Este, sin embargo, está muy lejano todavía; pero mientras llega, Bernal sigue siendo escogido por Cortés entre sus compañeros para los casos graves y solemnes. Así, por ejemplo, es uno de los cinco soldados que acompañan a Cortés, junto con los cuatro capitanes: Pedro de Alvarado, Juan Velázquez de León —con quien ya mucho antes se había reconciliado—, Diego de Ordás y Gonzalo de Sandoval, en la primera y trascendental entrevista que el conquistador tiene con Motecuhzoma en su palacio y en la cual, como en todos los demás casos, Doña Marina y Gerónimo de Aguilar son obligados asistentes, ya que son las "lenguas", los intérpretes entre los dos mundos que ahora se juntan en la capital del vasto y temido imperio azteca.

Y lo que no lograban los más altos señores de la corte, sentarse en presencia de su señor, logrólo Bernal quien, como los otros, recibe la distinción de que se le dé un asiento en aquel grupo que forman el Monarca y sus próximos dominadores. Bernal también recibe entonces directamente de éste dos collares de oro y dos cargas de mantas; y calcula que el oro repartido en aquella ocasión entre tan especiales visitantes valía sobre mil pesos, y agrega que "esto daba con una alegría y semblante de grande e valeroso



señor", a quien por otra parte describe de este modo:

"Era el gran Montezuma de edad hasta de cuarenta años y de buena estatura e bien proporcionado e cenceño e pocas carnes, y la color ni muy moreno sino propia color e matiz de indio, y traía los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrían las orejas, e pocas barbas prietas y bien puestas e ralas y el rostro algo largo e alegre e los ojos de buena manera e mostraba en su persona en el mirar, por un cabo amor, e cuando era menester, gravedad; era muy polido y limpio, bañábase cada día una vez por la tarde..." (3)

Interesante retrato formado por el cronista que tantas ocasiones tuvo de ver de cerca al infortunado Monarca, quien no solamente perdería su reino, sino el amor y el respeto que le tenían sus súbditos y aun sus allegados por la sangre o por los oficios que cerca de la real persona desempeñaban.

Y no menos interesante es la puntual descripción que Bernal Díaz hace de los hábitos y costumbres del Emperador, que pudieran considerarse fantasía, si en ello no coincidieran el mismo Cortés y cuántos pudieron darse cuenta cabal de lo que fueron el hombre y su imperio; circunstancias que más ponen de resalto la impor-

(3) Cap. XC.



*Ruinas de las construcciones dejadas por los conquistadores en la Antigua Keracruz.*



tancia de la conquista realizada por aquel puñado de aventureros que acaso habrían sido deshechos en los primeros momentos, si en lugar de temores, Motecuhzoma hubiera mostrado valor y resolución definitiva para librarse de ellos en vez de agasajarlos.

En unión de Cortés y del Emperador va Bernal a la visita que hacen a Tlaltelolco, y con ellos sube hasta lo alto del cu en donde estaban los ídolos Texcatlipoca y Huitzilopochtli, y desde donde contempla la gran plaza que llena de asombro una vez más a los españoles, no solamente por su aspecto, sino porque cuando luego la recorren hallan el orden extraordinario que existe en el mercado en donde se compra y se vende cuanto es imaginable e inimaginable, sin que faltara el "oro en granos como lo sacan de las minas, metido el oro en unos canutillos delgados de los ansaones de la tierra e así blancos, porque se pareciese el oro por de fuera", con la peculiaridad de que "por el largor y gordor de los canutillos tenían ellos su cuenta qué tantas mantas o qué xiquipiles (4) de cacao valía o qué esclavos o otra cosa cualquiera a que lo trocaban" (5)

Desde lo alto de aquel cu o adoratorio pudieron admirar también lo que era la gran ciudad capital del imperio; y es indudable que si para

(4) Cada Xiquipilli eran 8.000 almendras de cacao en un saco.

(5) Cap. XCII.



Cortés aquella vista tenía el interés mismo que produjo en todos sus capitanes y en los soldados escogidos para acompañarlo, otro más ha de haber presentado: darse cuenta exacta hasta donde lo permitiese su vista, de cuáles eran las condiciones que, en caso de combatir, mejor pudieran servir a sus propósitos de dominar el imperio.

Cortés no desperdició aquella visita al templo de los dioses en Tlaltelolco para reanudar sus constantes prédicas sobre la idolatría y para sugerir la colocación de una cruz y una imagen de la Virgen María; pero acaso fue ésta la única ocasión en que Motecuhzoma mostróse altivo; y de tal modo mostró su disgusto con la proposición del Capitán General, que éste prefirió no insistir en aquel momento, temeroso quizá de que por modo inesperado se frustraran sus propósitos de dominación.

Cortés, por ello de pronto conformóse con que en el aposento mismo que el Emperador les había dado y en donde en un altar portátil se decía misa, los autorizara para levantar un oratorio, lo que en efecto concedió, "e en dos días teníamos nuestra iglesia hecha —escribió Bernal— y la santa cruz puesta delante de los aposentos, e allí se decía misa cada día hasta que se acabó el vino, que como Cortés y otros capitanes y el fraile estuvieron malos cuando las guerras de

Tascala, dieron prisa al vino que teníamos para misas." (6)

Pero agrega: "desque se acabó, cada día estábamos en la iglesia rezando de rodillas delante del altar e imágenes; lo uno por lo que éramos obligados a cristianos e buena costumbre, y lo otro porque Montezuma y todos sus capitanes lo viesan y se inclinasen a ello y porque viesan el adorar e vernos de rodillas delante de la cruz, especial cuando tañíamos el ave María." Aquel intento, sin embargo, ocasionó que el carpintero Alonso Yáñez, encargado de la fabricación del altar, se diera cuenta de la puerta que daba a los aposentos en donde Motecuhzoma escondía los tesoros de su padre Axayácatl, que pasarían poco después a manos de los españoles.

Bernal nos dice, hablando de aquellos inestimables tesoros: "... entramos muy secretamente, y desde yo lo vi, digo que me admiré; e como en aquel tiempo era mancebo y no había visto en mi vida riquezas como aquellas, [oro en variadisimas joyas, en planchas, en tejuelos: chalchivis o jades] tuve por cierto que en el mundo no se debieran haber otras tantas." (7)

El futuro cronista se jacta de haber sido uno de los que por ser de la confianza de Cortés, en unión de cuatro capitanes y otros once soldados le

(6) Cap. XCIII.

(7) Loc. cit.



sugirieron el apoderamiento de Motecuhzoma, toda vez que siendo el corazón de los hombres mutable, aunque ahora les hiciera tantos obsequios y les regalara tanto oro, en un momento dado podía cambiar de opinión y matarlos, ya que ellos eran tan pocos para resistir el sinnúmero de gente de guerra que cercaba al Emperador.

Y Bernal agrega, que le hicieron ver cómo "con todo el oro que nos daba Montezuma ni el que habíamos visto en el tesoro de su padre Áxayacaca, ni con cuanta comida comíamos que todo se nos hacía rejalgar en el cuerpo e que de noche ni de día no dormíamos ni reposábamos con aqueste pensamiento; que si otra cosa algunos de nuestros soldados menos que esto que le decían sintiesen, que serían como bestias que no tenían sentido, que se están al dulzor del oro, no viendo la muerte al ojo." (8)

Cortés les hizo comprender que él estaba buscando la manera de obrar con éxito y no dejaba de pensar en lo que de riesgos tenía el intentar aprisionar al Emperador, precisamente cuando tenía tanta gente en rededor suyo, que podrían acabar con ellos; y fue entonces cuando Juan Velázquez de León, Diego de Ordás, Gonzalo de Sandoval y Pedro de Alvarado sugirieron la idea de hacerlo salir de su palacio, invitándolo a verlos en su domicilio; y ya dentro de éste, apode-

(8) Cap. XCIII.

rarse de su persona y hacerlo prisionero; idea que al fin se llevó a término.

Sólo que en tanto que este paso audaz se daba, Juan de Escalante fue atacado y muerto en Veracruz por los indios; y no solamente él, sino su caballo, lo cual demostraba que los teules nada tenían que los hiciera inmunes; bien podían ser muertos como los demás hombres. Su divinidad, pues, había concluído y Cacamatzin fue el primero que convocó a los demás señores a fin de darles batalla a los intrusos, arrojarlos de México y librar al Emperador, que todavía tuvo la debilidad de mandar decir a su sobrino que encabezaba aquel movimiento, que él, Motecuhzoma, de voluntad estaba con los españoles "por cumplir el mandato de sus dioses, que le han dicho que seste preso". Apenas puede concebirse mayor superstición en un hombre que con voluntad férrea había dominado un gran imperio, y que ahora, por complacer a sus dominadores, aun manda aprehender a Cacamatzin.

La pusilanimidad de Motecuhzoma crece cada día: acepta convertirse en vasallo del Emperador Carlos V, aunque al hacerlo derrama lágrimas; Cortés le pide que le haga conocer los lugares de donde se le trae el oro; el pusilánime da la información completa y aun proporciona lo que hoy llamaríamos los planos que indican los lugares donde hay el codiciado metal: lo mismo en la provincia de Tuxtepec, en donde dominan los



chinantecas y zapotecas, que no le están subordinados, que en la lejana Zacatula; y le hace saber cómo lavan las arenas de los ríos, entre otros el de Coatzacoalcos, para extraer el oro que entre sus arenas se esconde. Todo esto sólo para que Cortés haga que Motecuhzoma, convertido ya en tributario del Monarca español, aumente sus tributos y acepte que sus propios tributarios lo hagan también.

A todo se somete el real prisionero, quien al decir de Bernal, de grado les entrega, entre otras riquezas, todo el tesoro de Axayacatl, todavía con esta arenga que el cronista afirma haber sido hecha más o menos con las palabras que él asienta:

"Hago os saber, señor Malinche, [nombre que daban a Cortés] y señores capitanes y soldados, que a vuestro gran rey yo le soy en cargo y le tengo buena voluntad así por ser tan gran señor, como por haber enviado de tan lejas tierras a saber de mí; y lo que más me pone el pensamiento es que él ha de ser el que nos ha de señorear según nuestros antepasados nos han dicho y aun nuestros dioses nos dan a entender por las respuestas que dellos tenemos. Tomá ese oro que se ha recogido; por ser de priesa no se trae más. Lo que yo tengo aparejado para el Emperador es todo el tesoro que he habido de mi padre questá en vuestro poder y aposentos, que bien se que luego que aquí venistes abristes la casa y lo mirastes todo y la tornastes a cerrar como de antes es-

taba; y cuando se lo enviáredes, decidle en vuestros anales y cartas; esto os envía vuestro buen vasallo Montezuma. . ." (9)

Si Bernal asentó la verdad; si es cierto que tal dijo Motecuhzoma, no puede pedirse mayor falta de espíritu o mayor sumisión a lo que juzgaba ser las palabras de sus dioses. Y el cronista hace tal relación ya en detalle de lo que era aquel tesoro, que es imposible no reproducirla:

"Envió Montezuma sus mayordomos para entregar todo el tesoro de oro y riqueza questaba en aquella sala encalada, y para vello y quitalle sus bordaduras donde estaba engastado, tardamos tres días y aun para lo quitar y deshacer vinieron los plateros de Montezuma de un pueblo que se dice Escapuzalco; y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hobo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata e otras muchas riquezas y no cuento en ello los tejuelos y planchas de oro. . ." (10)

Pero esto no fue bastante, pues fundido en barras por los plateros artífices de Atzacapotzalco, todavía les llevan más oro y piedras chalchivis "tan ricas algunas dellas, que valían entre los mismos caciques mucha cantidad de oro"; les llevan "tres cervatanas con sus bodoqueras, los en-

(9) Cap. CIV.

(10) Ibid.



gastos que tenían de pedrerías e perlas y las pinturas de pluma y de pajaritos llenos de aljófar y otras aves; todo era de gran valor... dejemos de decir de penachos y plumas y otras muchas cosas ricas que para nunca acabar de traello aquí a la memoria." (11)

Toda aquella riqueza habría de perderse poco después, cuando los méxicas que no compartían la cobardía de Motecuhzoma, obligaron a los españoles a abandonar huyendo la ciudad, al mismo tiempo que el Monarca perecía, muerto a pedradas, de manera infamante, ya que no había sabido conservar el trono.

Pero antes que esto sucediera, tal riqueza habría de convertirse, como era natural, en la primera grave fuente de discordia entre los conquistadores, ya que sacado el real quinto para el Rey de España, Cortés reclamó el que le habían prometido al elegirlo Capitán General y Justicia Mayor; reclamó luego lo que en Cuba había gastado en la armada y pidió que se sacara "la costa que había hecho Diego Velázquez en los navíos" que dió de través en Veracruz para quitar a sus soldados la esperanza de abandonarlo; y lo que correspondería a los procuradores enviados a Castilla y a los que habían quedado en la misma Vera Cruz; sumas todas estas últimas justifica-

(11) Loc. cit.

das, como justificado era pedir el quinto que se habían comprometido a darle.

Pero para que el descontento de la gente aumentara, Cortés pidió la parte que correspondía "para el caballo que se le murió y para la yegua de Juan Sedeño, que mataron los de Tascala de una cuchillada"; y para el fraile de la Merced, para el clérigo Juan Díaz, para los capitanes y los soldados que llevaban caballos y para los ballesteros y escopeteros "dobladas partes", "e otras socaliñas, de manera que quedaba muy poco de parte, y por ser tan poco muchos soldados hobo que no lo querían recibir, y con todo se quedaba Cortés, pues en aquel tiempo no podíamos hacer otra cosa —asienta el cronista— sino callar, porque demandar justicia sobrello era por demás." (12)

Tal fue el resultado de la riqueza que buscaban; tal el resultado de la cobardía y de las dádivas de Motecuhzoma.

(12) Cap. CV.



## X.—LA CONQUISTA.

**T**ODAVIA el oro y demás riquezas obtenidas de Motecuhzoma habían de producir nuevos y variados efectos: de una parte, ya se ha visto que provocaron disgustos y aun conflictos entre los mismos españoles; de otra, iban a servir para cohechar y ganarse amigos entre los enemigos de Cortés.

De lo primero fue un caso el choque entre Juan Velázquez de León y el Tesodero Gonzalo Mejía: aquél mandó hacer vajillas a los artifices de Atzacapotzalco, empleando oro que afirmaba haber recibido directamente del Capitán General; Mejía reclamaba que de aquel oro no se había tomado aún el quinto para su Majestad; y sólo se evitó que "entrambos a dos acabaran con sus vidas", aunque ambos salieron heridos pues echaron mano a las espadas, cuando Cortés los



hizo detener y los puso presos y encadenados; aunque Bernal afirma que respecto de Velázquez de León aquella prisión fue en realidad fingida, puesto que le mandó pedir que soportase aquello durante dos días sólo para que se viera que se hacía justicia.

Pero el cohecho alcanzó especiales proporciones con motivo de la llegada de Pánfilo de Narvaez enviado por Diego Velázquez para detener y apresar a Cortés; lo que es bien sabido no pudo lograr, no solamente porque cuando lucharon los soldados de Cortés y los suyos éstos fueron vencidos, sino porque muchos de ellos habían sido ganados con dádivas hechas unas directamente por el extremeño cuando fueron a notificarle que Narvaez venía como Capitán General; otras por medio de Fray Bartolomé de Olmedo, a quien con tal objeto mandó el propio Cortés hasta la Vera Cruz.

La llegada de Narvaez, sin embargo, fue un rayo de esperanza para Motecuhzoma, quien informado por sus espías de que había llegado una muy larga flota compuesta de diez y nueve naves; y que los recién venidos tachaban de ladrones a Cortés y los suyos y decían que venían a prenderles porque habían obrado en contra de su Emperador Carlos V, comenzó con ellos el juego que había intentado con Cortés: ganarlos con dádivas no solamente de vítuallas, sino de mantas y de oro; que parece que el oro lo te-

nia en tal abundancia, que nada hacía que se agotara.

Resulta curioso, que el Monarca azteca, aun prisionero, estuviera perfectamente avisado de lo que ocurría en las costas de la Vera Cruz, antes que Cortés supiera cosa alguna, aun cuando Gonzalo de Salazar, que había sustituido a Juan de Escalante, mandó mensajeros que lo informaran; y no sólo esto hizo Salazar, sino que a los primeros que con soberbia trataron de hacerle notificaciones, ordenó que cogiéndolos, como a mariposas, con redes, en éstas, seguramente hamacas, los transportaran indios de relevo para entregarlos a Cortés.

Pero éste no solamente los dejó libres, sino que les puso en las manos oro para sí y para los que quisieran agregársele, y ya se dice que logró en gran parte su objeto. No era posible, sin embargo, que el Capitán y Justicia Mayor se aguardase quieto, a pesar de que Motecuhzoma le hizo ver los riesgos que corría al ponerse en contacto con aquellos que también afirmaban ser enviados por el Monarca español para prenderlo; y escogió entonces un grupo de soldados, de los que juzgó más esforzados y valientes, y allí fue con él Bernal Díaz del Castillo, como era natural, y su firma calzó la notificación a Narvaez para que si no traía provisiones *originales* de su Majestad, se volviera a Cuba y no continuara alborotando estas tierras.



Naturalmente también, no fue ésta su sola participación en el caso; que cuando se habían desarrollado todas las maniobras para ganarse por medio del oro a los más importantes entre los enemigos, Cortés se lanza al ataque; señala a un Pizarro pariente suyo para que con Bernal y sesenta soldados tome toda la artillería de Narvaez, compuesta de diez y ocho piezas; y marchando a la descubierta, en medio de una lluvia de saetas y de balas, de las cuales piezas al ser disparada una mató a tres de los asaltantes, apoderáronse de toda la artillería, sin que los que servían los cañones tuvieran tiempo siquiera para dispararlos todos.

De pronto Bernal Díaz y sus compañeros se detuvieron allí para impedir que otros soldados de Narvaez usaran tal artillería; pero cuando se convencieron de que esto era imposible, fuéronse todos rápidamente a dar ayuda a Gonzalo de Sandoval que, a su vez, iba mandando otros sesenta soldados, y quien al subir una gradería para llegar al cu donde se había hecho fuerte Narvaez fue detenido con una andanada de tiros de ballesta y de arcabuz.

Con este refuerzo, Sandoval y Bernal Díaz y sus compañeros atacaron con nuevos bríos, hasta que de pronto Narvaez comenzó a dar voces: "¡Santa María, váleme que muerto me han e quebrado un ojo!". Lo prendieron Pero Sánchez Farfán y el propio Bernal Díaz, quien lo entregó

a Sandoval y a los otros capitanes que se habían reunido al escuchar los gritos del vencido y que a su vez atronaban el espacio gritando: ¡"Viva el Rey y en su real nombre Cortés! ¡Victoria, victoria, que muerto es Narvaez!" (1)

Resulta curioso advertir, que para poder penetrar en el adoratorio donde éste se había hecho fuerte, "Martín López, el de los bergantines, como era alto de cuerpo, puso fuego a las pajas del alto cu, e vienen todos los de Narvaez rodando las gradas abajo"; y es curioso advertirlo, porque en 1810 los mineros de Guanajuato prendieron fuego a la puerta de la Alhondiga de Granaditas, en donde se había refugiado el intendente Riaño, para abrirse paso y acabar con cuantos allí habían buscado refugio al llegar las huestes insurgentes del Cura Don Miguel Hidalgo y Costilla. Este acto, como bien se sabe, ha dado origen a la hoy figura legendaria de Pípila.

Todavía Bernal fue uno de los escogidos para guardar a Narvaez, mientras lo curaba un cirujano que traía con su armada; aunque para mejor guarda del prisionero le pusieron dos pares de grillos.

El cronista nos hace saber cómo poco antes de entrar en aquella acción de guerra, el Capitán Sandoval, buen amigo de aquél, pidióle que si después que tomaran la artillería quedaba con vida,

(1) Cap. CXXII.



siempre se hallase a su lado y lo siguiese; y no solamente Bernal lo prometió, sino que lo acompañó en algunas de sus más sonadas empresas.

Mas la victoria con todas sus alegrías iba a convertirse en humo, pues no habían acabado de darse cuenta de lo que significaba haber vencido a Narvaez, cuando llegó la noticia de que la capital del imperio se había alzado contra Pedro de Alvarado, quien quedó encargado de vigilar al Emperador, y mal había cumplido el encargo de mantenerse en paz, ya que por su parte realizó en el templo mayor una matanza igual o más sangrienta que la que Cortés efectuó en Cholula.

A marchas forzadas volvió éste, trayendo como refuerzo los soldados de Narvaez que se le habían pasado, mas todo fue inútil. La paciencia de quienes habían presenciado la indigna sumisión de Motecuhzoma había llegado a su término: un nuevo señor, Cuítlahuac, se alzaba para defender la independencia de los méxicas, y éstos estaban resueltos a acabar con los españoles.

Duramente se pelea por ambos lados; Cortés envía parlamentos, ofreciendo que él y sus hombres abandonarán la ciudad, pero lejos de aplacarse por ello, el combate arrecia cada vez más; y ya no queda otro remedio que procurar escapar, aun abandonando gran parte de las riquezas adquiridas, pues lo que recogen tienen que hacerlo sin orden ni concierto. Bernal, por su lado, nos asegura: "yo digo que no tuve codicia, sino

procurar salvar la vida, mas no dejé de apañar de unas cajuelas que allí estaban [en el lugar donde se guardaban los tesoros] unos cuatro chalcuís, que son piedras entre los indios muy preciadas, que de presto me eché en los pechos entre las armas, que me fueron después buenas para mis heridas y comer el valor dellas." (2)

Se aprovechó la noche para escapar, una noche oscura en que lloviznaba sin descanso; pero por más silenciosa que quisieron hacer la salida, diéronse cuenta los méxicas; resuenan entonces lúgubrementes los caracoles que de trompetas les sirven, llamando a la pelea; los jefes gritan a sus hombres que no dejen vivo a uno solo de aquellos malos teules, que comienzan a escapar por un puente provisional que Cortés mandó hacer apresuradamente a fin de colocarlo sobre una de las cortaduras.

Para desgracia de los españoles, dos caballos resbalan en dicho lugar y caen pesadamente en el canal; y como los indios cargan con toda furia sobre los que huyen, los primeros no pueden aprovechar todos el puente, y "aquel paso y abertura de agua de presto se hinchó de caballos muertos y de indios e indias y naborias y fardaje y petacas"; procuran los que no han caído ganar la calzada, pero nuevas tropas indígenas los aguardan, y sólo dando tajos con las espadas y matan-



do nativos y éstos españoles, logran salvar la vida, entre ellos Cortés y sus capitanes.

Fue en ese sitio donde Gómara bordó la leyenda del salto de Alvarado, afirmando que ya sin caballo, apoyó su lanza en el lodo para salvar el foso; leyenda que Bernal niega de un modo completo y con excelentes razones para hacer ver la imposibilidad material de que el Tonatiú, como le llamaban los indios, hubiera podido saltar de esa manera. En esa noche, se dice, Cortés no pudo menos que dejar escapar lágrimas de sus ojos al ver el terrible desastre de su gente, que sólo creyó estar a salvo cuando llegaron al cu o adoratorio indígena en que más tarde los españoles levantaron el santuario de Nuestra Señora de los Remedios.

Cortés no halló de pronto más solución, que encaminarse a Tlaxcala, para buscar albergue entre quienes lo habían acogido como amigo después de que los había vencido; y en esa larga, bien larga caminata en que los méxicas no les dieron reposo, fue cuando se verificó la batalla de Otumba que, según Cortés y Gómara que lo sigue en su obra y la ensalza; que según Bernal, actor en ella, fue una gran batalla; pero que según Ruy González, que participó en el encuentro, no tuvo aquel alcance, ni mucho menos. (3)

(3) Esta declaración de González la encontró original Don Francisco del Paso y Troncoso, insigne investigador e historiador mexicano.

Los tlaxcaltecas acogieronlos de buen grado, y tras de permanecer unos días curando sus heridas, dirigiéronse a Tepeaca, que denominaron *Segura de la Frontera*, para allí rehacerse y tomar las resoluciones que fueran del caso.

Desde allí Cortés mandó a dos expedicionarios: Cristóbal de Olid por una parte y Gonzalo de Sandoval por otra; mas Bernal de pronto no pudo tomar participación en aquellas "entradas", porque lo cogió una violenta fiebre que lo tuvo postrado y arrojando sangre por la boca; aunque lo sangraron, nos informa, y logró recobrarse después de algún tiempo.

Ya sano, se ocupó en otra actividad que había de ser trascendental. Fue, en efecto, con Martín López y con otros a quienes designó Cortés a buscar la madera necesaria para construir los bergantines indispensables para intentar de nuevo el apoderamiento de la capital del imperio azteca; y lo que es más: hombres que ayudaran en esta nueva y arriesgada empresa.

Llenadas satisfactoriamente ambas comisiones, y preparada la madera para sólo ensamblarla a la orilla del lago, se emprendió por Cortés y por sus aliados la marcha rumbo a Texcoco donde se armarían los bergantines, pues prevaleció la opinión de los que como Bernal, juzgaron que era mejor Texcoco que Ayotzingo, cerca de Chalco.

En Ixtapalapa tuvieron el primer encuentro con las huestes de Cuauhtémoc, que había sido



puesto a la cabeza del imperio; y aquella jornada habría de ser desagradable para Bernal, toda vez que por medio de una hábil emboscada, los indios aparentaron huir para dejar que los españoles penetraran en la tierra firme y en ella destruirlos.

Y las cosas estuvieron a punto de realizarse como los méxicas lo habían planeado. El grupo en que iba Bernal no solamente penetró en el pueblo sino que se guareció en las casas al parecer abandonadas; y ya de noche, cuando menos pudieran valerse a causa de la oscuridad, los indígenas soltaron las compuertas del lago y hubieran perecido todos, si sus aliados tlaxcaltecas no les dan la voz de alarma para que huyeran, como lo hicieron, rumbo a Texcoco "medio afrentados por la burla e ardid de echarnos el agua"—dice—con la agravante de que los dejaron sin pólvora para seguirse defendiendo.

También Cortés habría de sufrir nuevo descalabro, cuando haciendo una exploración para darse cuenta de cómo podría atacar la ciudad, aun estuvo a punto de morir en una escaramuza con los indios que le mataron el mozo que siempre lo acompañaba; luego vendría el largo y terrible sitio puesto a los méxicas, en que tomó parte Bernal bajo las órdenes de Pedro de Alvarado, a quien se encomendó el asedio sobre Tacuba.

Al emprender el camino desde Texcoco bordeando el lago, Cristóbal de Olid con sus hombres,

y Alvarado con los suyos, a punto estuvieron de acabarse mutuamente. Debían seguir la misma ruta; Olid se adelantó y ocupó para sí y los soldados los mejores aposentos, y al llegar Alvarado, encontró que no tenía donde alojarse; riñeron, pues, de palabra primero y cuando ya echaban mano a las espadas, los amigos de ambos lograron que las cosas no fueran más allá; de momento quedaron desabridos los dos pequeños cuerpos de ejército, pero un Fray Pedro de Melgarejo, llegado con Narvacz y el Capitán Luis Marín fueron enviados por Cortés para apaciguarlos; y ya en paz llegaron a Cuautitlán.

Así continuaron luego; tocaron Tenayuca y Atzacapotzalco, abandonados por sus moradores, y en seguida Bernal y otros de sus compañeros fueron destacados para destruir el acueducto que surtía de agua la ciudad, lo cual lograron, no sin que hubieran tenido algunas bajas que les causaron los indios que lo defendían.

La discordia entre Olid y Alvarado movió a Cortés para mandar al primero a Coyoacán, pero esto debilitó la fuerza del segundo, que tuvo que resistir una serie de severos ataques de los indios; aunque él, por su lado, hizo varias salidas con sus hombres. Reforzado luego en el lago por cuatro bergantines, la situación cambió, y Bernal nos asegura que "... mandó Pedro de Alvarado que los dos dellos anduviesen por una parte de la calzada y los otros dos por la otra parte."



Entonces, agrega, "comenzamos a pelear muy de hecho, porque las canoas que nos solían dar guerra desde el agua, los bergantines las desbarataban y así teníamos lugar de les ganar algunas puentes y albarradas; y cuando con ellos estábamos peleando era tanta la piedra con hondas y vara y flecha que nos tiraban, que por bien que íbamos armados todos los más soldados, nos descalabraban y quedá[ba]mos heridos y hasta que la noche nos departía, no dejábamos la pelea y combate." (4)

La situación debe haber sido bien dura no solamente para los sitiados, sino para los sitiadores, si seguimos el relato de Bernal, quien ahora nos dice: "... cuando en la noche nos departían, curábamos nuestras heridas con quemárnoslas con aceite; e un soldado que se decía Juan Catalán, que nos las santiguaba y ensalmaba; y verdaderamente digo que hallábamos que nuestro Señor Jesuxpo era servido darnos esfuerzo, demás de las muchas mercedes que cada día nos hacía y de presto sanaban; y heridos y entrapajados habíamos de pelear desde la mañana hasta la noche; que si los heridos se quedaran en el real sin salir a los combates, no hubiera en cada capitania veinte hombres sanos para salir..." (5)

Es doloroso a fe pensar en aquellos combates en que por una parte los méxicas defendían su

(4) Cap. CXLIX [CLI]

(5) Loc. cit.

imperio y su libertad, y por otra un puñado de hombres audaces en medio de condiciones desventajosas luchaban con desnudo, aunque sin el noble fin que aquellos.

Días y semanas prolongóse este batallar hasta completarse setenta y cinco negros días, cuando Guatemuz, como le llama el cronista, el valeroso Cuauhtémoc, fue hecho prisionero en su piragua por Garci Holguín, del grupo de bergantines mandado por Gonzalo de Sandoval. El resto es bien conocido para que sea necesario recordarlo, y sólo baste reproducir el retrato del último Emperador azteca y el cuadro desolador que presentó la antiguamente fastuosa capital.

Según el cronista, "Guatemuz era de muy gentil disposición, así de cuerpo como de facciones y la cara algo larga y alegre y los ojos más parecían cuando miraban que era con gravedad [más] que halagüeños y no había falta en ellos, y era de edad de veinte y un años y la color tiraba su matiz algo más blanco, que la color de indios morenos; y decían que era sobrino de Montezuma, hijo de una su hermana y era casado con una hija del mismo Montezuma su tío, muy hermosa mujer y moza..." (6)

A propósito de la ciudad vencida escribió: "Había tanta hedentina en aquella cibdad [que] Gua-

(6) Cap. CLIV [CLVI]



temuz rogó a Cortés que diese licencia para que todo el poder de México, que estaba en la cibdad se saliesen fuera por los pueblos comarcanos y luego les mandó que así lo hiciesen; digo que en tres días con sus noches en todas tres calzadas llenas de hombres y mujeres e criaturas no dejaron de salir y tan flacos y amarillos y sucios y hediondos, que era lástima de los ver; y como la hobieron desembarazado, envió Cortés a ver la cibdad y vimos las calles llenas de muertos y aún algunos pobres mexicanos entre ellos que no podían salir... y hallóse toda la cibdad como arada y sacadas las raíces de las yerbas que habían comido y cocidas hasta las cortezas de algunos árboles; de manera que agua dulce no les hallamos ninguna, sino salada..." (7)

Es bien sabido también, que era tanta la pestilencia y destrucción, que los mismos conquistadores se vieron obligados a trasladarse a la vecina Coyoacán, en donde se establecieron hasta que con la ayuda de los mismos indios vencidos se hizo la limpieza indispensable; y más tarde la traza de la nueva ciudad, traza que realizó Alonso García Bravo.

Tal aparece —aquí en parte mínima— la dolorosa relación que Bernal Díaz del Castillo nos dejó de aquellos días de la conquista en que inter-

(7) Loc. cit.

vino; pero todavía tenemos otros datos de lo que fue la vida de aquel hombre, cuya mayor recompensa resultó solo un sencillo corregimiento en Guatemala; y esto después de numerosos esfuerzos para lograrlo.



## XI.—UNA ESTERIL EXPEDICION

**L**A caída del imperio azteca había sido definitiva; pero quienes lo habían formado aun a muy largas distancias iban a seguir combatiendo ya no para verse libres de los temidos aztecas, sino de los extranjeros a quienes los últimos habían llegado a juzgar dioses, teules, y que sólo eran simples mortales. Ello habría de prolongar las luchas y poner nuevamente en peligro la vida de Bernal.

Pero antes de asomarnos a ellas, examinemos algunos hechos que nos muestran el ser moral de este descubridor y conquistador. Se trata, por ejemplo, de marcar a un grupo de mujeres indias como esclavas, y aquel hombre, que apenas había salido de las mocedades para entrarse en la edad madura, no vacila en tomar parte en la abominable maniobra; y como sus compañeros, protes-



ta porque los capitanes, entre ellos Cortés, apartan para sí las mejores y dejan a los soldados las más feas y las más viejas; y esto no precisamente impulsado por instintos lascivos, sino porque por las jóvenes y bellas se pagan mejores precios que por las que no tienen aquellos caracteres.

En cambio, difícilmente puede hallarse un más severo censor para la orgía con que en Coyoacán celebraron la victoria capitanes y soldados. Hay en aquella reunión "planta de Noé", es decir, vino, y damas y baile; y Bernal, que acaba por testar en el original de su *Historia* ciertos párrafos, posiblemente porque en ellos se nombra a las damas que concurrieron, asienta: "... hubo mucho desconcierto, y valiera más que no se hiciera aquel banquete por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron; y hobo sortija, y así mismo valiera más que no la hobiera, sino que todo se empleara en cosas santas y buenas..." (8)

Es hombre sencillo, puesto que al referir cómo presencié el sacrificio de sesenta y dos soldados de Cortés, que los indios llevaron vivos, confiesa con toda ingenuidad que cuando escribe lejos ya de los combates en los cuales sentíase obligado a mostrar todo su valor y todo su esfuerzo, ya que "en aquella sazón presumía de buen soldado y estaba tenido en aquella reputación, cosa era que había de hacer lo que los más osados sol-

(8) Cap. CLIV [CLVI]

dados eran obligados", cómo en dos ocasiones estuvo a punto, de ser sacrificado también, "siempre desde entonces —dice— temí la muerte más que nunca y esto he dicho, porque antes de entrar en las batallas se me ponía una como grima y tristeza en el corazón..."; aunque agrega que luego de entrar en combate se le quitaba "aquel pavor". (9)

Revela también haber sido fiel y buen amigo. Sabe, como otros de sus compañeros, que Motecuhzoma ayudó a Cortés para localizar los lugares de donde se extraía el oro; además, conoce por los libros de tributos que conservaba el Monarca indígena, cuales de aquellos lugares rendían mayor suma del codiciado metal, y resuelve acompañar a Gonzalo de Sandoval, quien emprende el fundar una población cerca del río Coatzacoalcos, que es uno de los sitios que mayor abundancia promete del amarillo tesoro.

No hace, sin embargo, lo que algunos otros soldados, que anteponen a todo su personal conveniencia; sino que se llega a Cortés para pedirle que le permita partir. El Capitán no niega el permiso, pero sí señala el error en que el fiel soldado incurre, cuando le dice: "En mi conciencia, señor Bernal Díaz del Castillo, que vivís engañado; que yo quisiera que quedárades aquí conmigo, mas es vuestra voluntad de ir con vuestro ami-

(9) Loc. cit.



go Sandoval, id en buena hora. Yo siempre tendré cuidado de lo que se os ofreciere, mas bien sé que os arrepentiréis." (10)

Es leal con Cortés, cuando especialmente pide su licencia; pero es leal con Sandoval a quien ofrece acompañar, cuando ambos se hallan en peligro, durante el ataque a Narvaez.

Sandoval emprende la conquista de los zapotecas, guerrea con ellos acompañado de Bernal y más tarde lo manda con otros seis en busca de minas; y si no dan con ellas, en cambio en las arenas de los ríos encuentran oro con que "hinchieron cuatro canutillos dello, y era cada uno del tamaño de un dedo de la mano, el de enmedio, y eran un poco más anchos que cañones de patos de Castilla." (11)

Aquel hallazgo resolvió a Sandoval a fundar en aquellas tierras, y comenzó a distribuirlas, designando a Bernal indios y tierras de mucha renta en Matlatan —Maltrata—, Orizaba y Ozotequipa; pero el fiel amigo no acepta, para no abandonar a su Capitán, aunque al cabo de los años, cuando la vejez y la pobreza son sus mejores compañeras, exclama: "pluguiera a Dios que los tomara... y no los quise, por parecerme que si no iría en compañía del Sandoval, teniéndole por amigo, que no hacía lo que convenía a la calidad

(10) Cap. CLVII.

(11) Cap. CLVIII [CLX]

de mi persona; y el Sandoval verdaderamente conoció mi voluntad y por hallarme con él en las guerras, si las hobiese adelante..." (12) Fue precisamente en aquellos días cuando Sandoval fundó la villa que nombró *Medellín* por encargo de Cortés, que así quiso recordar el lugar de su nacimiento.

Aquel intrépido y hábil Capitán fundó igualmente cerca del río Coatzacoalcos la villa que llamaron *del Espíritu Santo*; allí poblaron el mismo Sandoval, varios capitanes, "e yo —nos informa Bernal— e otros muchos caballeros e personas de calidad, que si los hobiese aquí de nombrar a todos es no acabar tan presto... [era] toda la flor de los caballeros que habían partido con Sandoval".

Mientras todos ellos se encontraban en aquella nueva villa, arribó de Cuba, en unión de su hermano Juan y de otras damas y caballeros, doña Catalina Juárez o Suárez Marcaida, esposa de Hernando Cortés. Como era natural, todos los habitantes en *Espíritu Santo* de alguna calidad se apresuraron a agasajarla y atenderla; y Sandoval, a dar aviso de la llegada. Como es perfectamente sabido, Catalina murió poco tiempo después, provocando su muerte acusaciones muy graves de parte de los émulos de Cortés, y aun de los familiares de aquella. Bernal, con toda discreción,

(12) Ibid.



se limita a decir que fue recibida con muchos agasajos y juegos de cañas y "dende a obra de tres meses que hobo llegado oímos decir que la hallaron muerta de asma una noche, e que habían tenido un banquete el día antes en la noche y muy gran fiesta..." (13)

Pero en seguida añade: "y porque yo no sé más desto que he dicho, no tocaremos en esta tecla; y otras personas lo dijeron más claro y abiertamente en pleito que sobre ello hobo, el tiempo andando, en la Real Audiencia de México. Dejemos de hablar desto, pues ya pasó". (14)

Ahora bien; no se crea que cuando Bernal obtuvo aquel repartimiento en Espíritu Santo se consagró a disfrutar de sus propiedades y hacienda; que Cortés mandó al Capitán Luis Marín a conquistar y pacificar la provincia de Chiapa, y a Bernal que fuera con éste. Aquella conquista y pacificación fueron de tal manera rudas, que Bernal volvió a ser herido en dos ocasiones y estuvo a punto de morir.

Una circunstancia inesperada iba a empujarlo a otra serie de aventuras: el alzamiento de Cristóbal de Olid en las Hibueras y el propósito de Cortés de ir personalmente a someterlo.

Ya se dijo, que al igual que mandó a Sandoval a conquistar la región que hoy conocemos como

(13) Loc. cit.

(14) Ibid.



Plano de Tenochtitlán publicado en la relación del "Conquistador Anónimo".



parte de los Estados de Veracruz, de Tabasco y de Oaxaca, envió a Olid primeramente con rumbo a Michoacán; mas vuelto de aquella expedición, Cortés creyó que convenía ganar tierras muy más al Sur de donde habían ido: por una parte, Pedro de Alvarado, quien conquistó Guatemala, y por la otra el mencionado Sandoval.

Y designó para la empresa a Olid, hombre valeroso y resuelto, pero que no habría de serle fiel sobre todo porque hizo aquel viaje con escala en Cuba, y era imposible que Diego Velázquez, el Gobernador burlado por Cortés, no procurara ganárselo, como efectivamente se lo ganó.

Cortés primero mandó a Francisco de las Casas para someterlo, pero luego quiso ir por tierra y esta aventura trágica arrastró de nuevo a Bernal, ya que al llegar el primero a Coatzacoalcos, le pidió expresamente que lo acompañara, como se lo pidió a Gonzalo de Sandoval y a los otros capitanes que en la región de Espíritu Santo se habían asentado.

Es indudable que jamás creyó Cortés que la expedición habría de ser tan malaventurada como fue, porque sólo de esta manera se comprende que hubiera salido de México seguido de un séquito que más semejaba dispuesto a dar un paseo, que a meterse en ciénagas al parecer sin término; en bosques que en momentos impedían a los viajeros ver el sol; en terrenos en donde no había



que comer y que amenazaban a los expedicionarios con matarlos por medio del hambre.

Dos relaciones tenemos de aquellas penalidades y trabajos: la que nos dejó el propio Don Hernando en su quinta *Carta de Relación*, y la que nos hace con gran puntualidad nuestro cronista; y cuando se leen ambas relaciones, encuentra uno que coinciden si no en detalles, como es natural, en lo fundamental; aunque, como en otras ocasiones, Bernal nos refiere hechos y circunstancias que Cortés deja inadvertidos.

Antes sin embargo de seguir a los malaventurados exploradores, recordemos un hecho que refiere Bernal del Castillo y que no por mencionado una y otra vez resulta menos digno de traerlo a la vista para asomarnos de nuevo a los sentimientos de éste, y por tratarse de uno de los hechos que mayor trascendencia tuvieron para la evangelización del país y el resguardo de los indios: la llegada de los doce misioneros que venían en parte a pedimento de Cortés, pero también de sus compañeros y subordinados.

Bernal afirma, en efecto, que no sólo el Capitán General, sino ellos escribieron al Emperador Carlos V, exponiendo la necesidad de que enviara religiosos; y afirma igualmente, que todos aseguraban a los indígenas, que el Monarca enviaría tales religiosos para que les explicaran mejor que ellos, simples soldados, lo que Cortés te-

nía tanto empeño en hacerles comprender: la necesidad de abandonar la idolatría y con la idolatría ciertos vicios, algunos nefandos, que los dominaban, así como los abominables sacrificios humanos.

Inútil insistir en la menuda relación hecha por el cronista acerca del recibimiento que les otorgaron; de la admiración de los indios cuando el propio Cortés dobla la rodilla en tierra y trata de besar las manos de los religiosos; y cuando ellos se lo impiden, confórmase con besar los rai-dos hábitos de esos inolvidables varones que, como los otros que vinieron inmediatamente después, dominicos y agustinos, sirvieron grandemente a los indios y a la vida social de Nueva España.

Si volvemos ahora al viaje de Cortés, veremos por la relación de Bernal, que apenas supieron en Coatzacoalcos que llegaba el Capitán General "con tanto caballero, así [el] alcalde mayor como capitanes y regidores —asienta el cronista— fuimos treinta y tres leguas a lo recibir a Cortés y a darle el para bien venido, como quien va a ganar un beneficio; y esto digo aquí, porque vean los curiosos lectores e otras personas, qué tan temido e aun temido estaba Cortés, porque no se hacía más de lo que él quería agora fuese bueno o malo..." (15)



Pero si estas demostraciones podían halagar una vez más la vanidad del conquistador, al ir caminando hacia Coatzacoalcos desde Guaspaltepeque, "en un río grande que había en el camino, comenzó a tener contrastes porque al pasar se le trastornaron dos canoas y se le perdió cierta plata y ropa, y aun al Juan Jaramillo [a quien poco antes había casado con Doña Marina en las inmediaciones de Orizaba] se le perdió la mitad de su fardaje, y no se pudo sacar cosa ninguna a causa que estaba el río lleno de lagartos muy grandes." (16)

Y a medida que se internan para recorrer la distancia que los separa de Coatzacoalcos hasta las Hibueras, es decir, hasta Honduras, las condiciones van siendo más y más rudas; y nuestro cronista tuvo que soportarlas, porque Cortés "luego mandó que todos los vecinos de Guazacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes." Bernal fué entonces como capitán de un grupo de hombres; y cada vez que era imposible encontrar alimentos, cada vez que era indispensable hallar el camino que debía adoptarse, era Bernal el destinado para solucionar los conflictos. Tal afirma él, por lo menos.

Por cierto que en una de sus expediciones, el ejército destrozado y hambriento se apoderó de los víveres que había conseguido aquél con mil fatigas; y como el hambre hacía presa también en Cortés y

(16) Loc. cit.

en sus capitanes, irritóse contra el improvisado proveedor; pero cuando éste les hizo ver la imposibilidad en que había estado de evitar que otros hambrientos como ellos hubieran atendido primero a su necesidad, y les ofreció salir de nuevo al campo de noche y cuando nadie pudiera darse cuenta de que algo más obtenía, Cortés resolvió, lo mismo que Gonzalo de Sandoval, acompañarlo; y junto los tres adquirieron algún maíz, unas gallinas y miel con que alimentarse.

En aquel viaje, Don Hernando realizó uno de los actos que más se le han reprochado a través del tiempo, y desde entonces: el haber dado muerte a Cuauhtémoc y al Señor de Tacuba, a quienes por precaución llevóse consigo.

Bernal afirma que Cuauhtémoc confesó haber hablado de rebelarse y escapar, ayudado por los méxicas que caminaban con Cortés como soldados; pero reprueba claramente lo hecho, que relata en esta forma: "... Guatemuz, gran cacique de México y otros principales mexicanos que iban con nosotros habían puesto en pláticas, o lo ordenaban, de nos matar a todos y volverse a México. Llegados a su cibdad juntar sus grandes <sup>capitanes</sup> y dar guerra a los que en México quedaban." (17)

Agrega que quienes descubrieron esto a Cortés fueron dos antiguos caciques, que ahora te-

(17) Cap. CLXXIV [CLXXVII]



nian respectivamente los nombres de Tapia y Juan Velázquez, con la agravante que éste había sido capitán general de Cuauhtémoc; que Cortés mandó hacer una averiguación, y "el Guatemuz confesó que así era como lo habían dicho los demás; empero, *que no salió dél aquel concierto y que no sabe si todos fueron en ello o se efectuara y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo: que entrél y Guatemuz habían dicho que valia más morir de una vez que morir cada día en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus maceguales y parientes.*" (18)

Bernal asienta en seguida: "y sin hacer más probanzas Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo... y cuando los ahorcaban, dijo el Guatemuz: "Oh Malinche, días había que yo tenía entendido que tu muerte me habías de dar, e había conocido tus falsas palabras, porque me matas sin justicia. Dios te la demande, pues yo no me la di cuando te me entregaste (?) en mi cibdad de México." El señor de Tacuba dijo qué daba por bien empleada su muerte, por morir *con su señor Guatemuz.*" (19)

Y luego comenta: "Verdaderamente yo *ve*

(18) Ibid.

(19) Ibid.

gran lástima de Guatemuz y de su primo por haberles conocido tan grandes señores y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial darme algunos indios para traer yerba para mi caballo, e fue esta muerte que les dieron muy injustamente e pareció mal a todos los que íbamos..." (10)

Sólo un incidente más recordaremos de aquella terrible expedición que habría de traer, entre otras consecuencias, los grandes desórdenes que hubo en la ciudad de México en contra de los intereses de Cortés y de cuantos lo acompañaban, sobre todo cuando se recibió la falsa noticia, enviada por Diego de Ordás, de que Cortés había muerto.

Nos refiere Bernal uno de tantos encuentros entre indios y españoles mientras iban camino adelante a las Hibueras, y el cuadro no puede ser más doloroso: "... fuimos tres compañeros a las estancias a donde sentíamos que habían quedado indios y españoles dolientes, que sería una legua de allí y trujimos a un Diego de Mazariegos ya otras veces por mí nombrado y a otros españoles que estaban en su compañía y a indios mexicanos que estaban dolientes, que luego los pasamos el río y fuimos a donde Sandoval estaba; e yendo que íbamos nuestro camino, como un español de los que habíamos recogido en las es-

(20) Loc. cit.



tancias iba muy malo y era de los nuevamente venidos de Castilla y medio isleño, hijo de ginevés, y como iba malo y sin tener que le dar de comer sino tortillas e pinole e ya que llegábamos a media legua donde estaba Sandoval se murió en el camino y no tuve gente para llevar el cuerpo hasta el real; y llegado a donde el Sandoval estaba, le dije de nuestro viaje y del hombre que se quedó muerto e hobo enojo conmigo porque entre todos nosotros no le trujimos auestas o en un caballo, y le dije que traíamos dos dolientes en cada caballo e *nos veníamos a pie* y que por esta causa no se pudo traer... y luego mandó el Sandoval a mí y al Villanueva [que era su compañero] sin más parar le fuésemos a enterrar...", cosa que desde luego hicieron. (21)

Este incidente, que muestra por una parte la condición miserable en que iban los expedicionarios: sin alimentos, como no fuera maíz ya en tortillas, ya en polvo, que eso es el *pinole*; sin seguridad siquiera de no caer bajo las flechas de los indios que defendían su territorio, revela por otra parte el espíritu de compañerismo y de piedad que a unos animaba a exponer la vida por ir en busca de los heridos que hubieran quedado abandonados en el camino; el otro, a no permitir que uno de los definitivamente caídos quedara, al menos, sin sepultura, para que su cuerpo no

fuera, como en muchos casos, pasto de los indios o de las aves de rapiña.

Fatal intento aquel de someter a Olid, quien al cabo perecería también, aunque en manos de los propios suyos; sin que la expedición resultara un beneficio real por entonces para lo conquistado, ni un lauro para los expedicionarios; sino penalidades, hambres, muertes, y el inútil y reprochable sacrificio del último Emperador azteca y de su compañero el señor de Tacuba, quien con éste había sufrido ya antes la tortura de serle quemados los pies, como a Cuauhtémoc, por no haber confesado en dónde habían quedado las riquezas abandonadas en la inolvidable *noche triste* en que los españoles fueron arrojados de Tenoxtitlan por los méxicas.



## XII.—INGRATITUDES HUMANAS.

**L**A expedición a las Hibueras había traído consigo un desquiciamiento en la organización política y social que Cortés había realizado; había dado principio a una campaña en contra de éste, la cual acabó por fomentar animosidades en España, que poco a poco fueron creciendo hasta producir la ingratitud de que fue víctima por parte de aquellos a quienes había favorecido, inclusive los mismos Reyes.

Un primer asomo a esta situación tuvo el Capitán General en una carta que recibió en las Hibueras, en que se le daba cuenta no solamente de lo que se había escrito al Monarca en su contra, sino de cómo se habían apoderado de sus propiedades y de las de sus amigos; y si la noticia provocó las iras de éstos que lo acompañaban en aquella enorme y desfavorable aventura, "Cor-



tés no pudo contener las lágrimas; que con la misma carta se fue luego a encerrar en su aposento y no quiso que le viésemos hasta más de medio día", nos refiere el testigo de aquellos acontecimientos. (1)

"Todos a una"—nos dice Bernal— le pidieron entonces y le rogaron "que luego se embarcase en tres navíos que allí estaban, y que nos fuésemos a la Nueva España"; pero tanto era el decaimiento de aquel hombre siempre valeroso y siempre esforzado, que con tristeza les respondió muy amorosamente: "Oh hijos, compañeros míos, que veo por una parte aquel mal hombre del factor [Gonzalo de Salazar] questá muy poderoso y temo desque sepa questamos en el puerto, nos haga otras desvergüenzas y atrevimientos más de lo que ha hecho o me mate o me ahogue o eche preso así a mí como a vuestras personas; yo me embarcaré luego con el ayuda de Dios y ha de ser solamente con cuatro o cinco de vuestras mercedes y tengo de ir muy secretamente a desembarcar a puerto que no sepan en México, hasta que desconocidos entremos en la ciudad." (2)

Singular condición de este hombre, que salió con un séquito de aduladores, entre ellos el factor Gonzalo de Salazar, con banderas desplegadas, redoble de tambores y vocear de clarines, y

(1) Cap. CLXXXII [CLXXXV]

(2) *Ibid.*

que ahora piensa en la necesidad de regresar a escondidas, con solo cuatro o cinco de sus amigos y compañeros para no ser encarcelado o asesinado en el camino.

Y bien se ve que no son los peligros precisamente los que lo amedrentan, puesto que quiere ir personalmente y sin refuerzos hasta la capital misma que él conquistó; lo que lo deprime y anonada es la felonía y la traición de muchos que a él deben cuanto son y cuanto tienen; son las ingratitudes humanas las que lo torturan espiritualmente.

La lucha que consigo mismo sostiene es tal, que hay un momento en que quiere abandonar definitivamente sus viejas conquistas y consagrarse a otras nuevas; y es indispensable acudir a todo el convencimiento por parte de sus amigos para que al fin se embarque rumbo a Cuba y regrese a México, no sin enviar antes un mensajero que a todas voces anuncie su regreso, y que estando vivo, llegará a exigir responsabilidades a quienes creyéndolo muerto lo habían despojado.

Pero entretanto que se tienen noticias de su vuelta, Bernal es el escogido para ir hasta Trujillo a fin de investigar lo que acontecía al extremo; emprendió la marcha en unión de nueve compañeros; llegó hasta Olancho y luego a Guayape, en donde había ricas minas de oro, y allí



tuvo la noticia de que se había embarcado Cortés para regresar a México.

Las dolorosas impresiones que aquellas inútiles jornadas habían dejado en los expedicionarios podemos notarlas cuando Bernal nos dice que al volver a Acalteca, en donde los aguardaba el capitán Luis Martín, 'tiramos piedras a la tierra que dejamos atrás, y decíamos: "allí quedarás, tierra mala, y con el ayuda de Dios iremos a México." (3)

Antes, sin embargo, de llegar a la que sería capital de Nueva España, arribó el futuro cronista con sus compañeros a Guatemala; y si antes de penetrar en Guatemala la antigua, "comenzó a temblar la tierra de manera que muchos soldados cayeron en el suelo porque duró gran rato el temblor", en una barranca estaban parapetados unos indios, que pretendieron no dejarlos pasar. En esta vez el éxito fue de los exploradores quienes "hicieron ir con mala ventura" a sus atacantes, y durmieron en la ciudad, en las habitaciones de algunos caciques, mientras éstos combatían lejos de allí con Pedro de Alvarado.

Continuaron luego el camino hacia Oaxaca, unidos ya con éste; siguieron más tarde por sitios que les eran conocidos; y cuando finalmente se supo en México que llegaban a Ixtapalapa,

(3) Cap. CXC [CXCH]

"a la calzada salió Cortés con muchos caballeros y el Cabildo" a recibirlos.

Antes que dar otro paso, todo el grupo se dirigió a la Iglesia Mayor para agradecer a Dios haber vuelto sanos y salvos. En seguida Cortés ofreció un gran banquete en su palacio; alojó a Pedro de Alvarado en "la fortaleza"; Sandoval, que había regresado con Cortés, alojó en su casa a Luis Martín; y Andrés de Tapia en la suya a Bernal Díaz del Castillo, a quien Sandoval envió ropas con que se ataviara y cacao y oro para gastar.

A la sazón gobernaba el Licenciado Marcos de Aguilar por expreso encargo del Licenciado Luis Ponce, quien murió apenas llegado para iniciar el juicio de residencia contra Cortés; y al día siguiente de la venida de los expedicionarios, Bernal y algunos de sus compañeros fueron a verlo para solicitarle que les cambiara los repartimientos en Coatzacoalcos por otros en México, y no tuvieron éxito favorable, porque Aguilar les hizo notar que no tenía autorización para concederlo.

Los repartimientos iban a entrar en un periodo especial: se negociaba ante la Corona que éstos fueran perpetuos en favor de quienes habían sido conquistadores, y la Corte sentíase inclinada a ello; pero había creado ya la primera Audiencia que tan fatídica fue; Nuño de Guzmán, su Presidente, y los Oidores habían mane-



jado los repartimientos sólo en favor de sus paniaguados; y como todos los perjudicados habían acudido en queja ante el Consejo de las Indias, Guzmán y sus compañeros trataron, a su vez, de lograr la aprobación de sus actos por medio del envío de procuradores que, al parecer, serían designados por los conquistadores habitantes en la Nueva España. Bernal, que inútilmente había tratado de obtener de la Audiencia un repartimiento, iba a intervenir por segunda vez en calidad de elector.

Reuniéronse en la Iglesia Mayor los que habían de elegir los procuradores; pero, como lo harían algunos de los dirigentes políticos modernos, cuando vieron que los allí reunidos no estaban dispuestos a designar al factor Gonzalo de Salazar, introdujeron el desorden. "... eran tantas las voces y tabara y behetría —asegura Bernal— que daban muchas personas de las que no eran llamadas para aquel efecto, que se entraron por fuerza en la iglesia, y aunque las mandábamos salir fuera della no querían ni aun callar: en fin, como cosa de comunidad dan voces; y desque aquello vimos, nos salimos de la iglesia los questábamos allí que lo habíamos de votar, y fuimos a decir al Presidente y Oidores que para otro día lo dejamos y que en casa del mismo Presidente donde hacían la Real Audiencia eligiríamos a quien viésemos que convenía." (4)

(4) Cap. CXCH [CXCVI]

Inútil empeño; al día siguiente encontraron que "solamente quería nombrar personas del Nuño de Guzmán y Delgadillo y Matienzo", esto es: los miembros de la Audiencia; y entonces tomaron una resolución que les pareció la mejor, aunque en rigor no lo era: designar a Bernardino Vázquez de Tapia para que llevara la representación de Cortés, y "un Antonio Caravajal, que fue capitán de bergantines" para que representara a la Audiencia.

Bernal, que por toda recompensa a sus afanes, sólo poseía la encomienda cerca de Coatzacoalcos, tenía razones bien fundadas para desear mejorar su situación, independientemente del natural impulso que mueve a todos los hombres; y la principal era que hacia 1535 se había casado con Teresa Becerra, hija mayor y legítima del Capitán Bartolomé Becerra, de quien tuvo varios hijos, siendo el mayor Francisco, quien figuró bastante en Guatemala; y antes de celebrar este matrimonio había tenido unos bastardos en una hermosa joven india que le dió Moteculzoma. Era, pues, jefe de una familia y era necesario cuidarla y mejorarla.

Pero el éxito de todas sus gestiones era siempre nugatorio. Los miembros de la segunda Audiencia, que había llegado a México para poner término a los desmanes de la primera, nombraron a Bernal Visitador General de Coatzacoalcos y Tabasco, y le dieron el encargo, en unión del



beneficiado Benito López, de hacer una descripción de ambas poblaciones. Bernal aceptó el encargo, pero creyendo que los informes que se le pedían, si bien significaban una misión honrosa, eran también trabajo que merecía recompensa, solicitó de nuevo un repartimiento en México y nuevamente se le negó. Se creó el Virreinato; se nombró a Don Antonio de Mendoza primer Virrey; acudió a este con igual demanda y sólo obtuvo negativa igual.

En México se encontraba nuestro cronista, cuando Cortés resolvió ir a Castilla con el fin de contrarrestar la campaña que contra él habían emprendido sus enemigos; y le pidió que fuera en unión suya a fin de que allá solicitara la encomienda que pretendía.

El fracaso continuo de sus gestiones en la Nueva España, hizo comprender a Bernal que Cortés tenía razón, y decidió seguir su consejo. En tanto que para ello se preparaba, murió la Emperatriz y a fin de llegar a la Corte ataviado debidamente, ordenó que le hicieran un severo vestido de luto, ya que visitaría el reino en su calidad de regidor de Coatzacoalcos y "conquistador más antiguo."

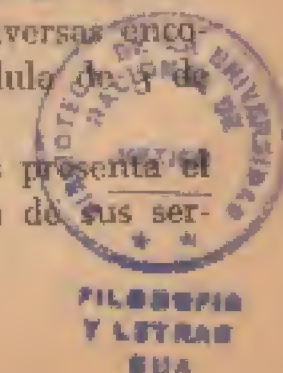
La mala fortuna seguía persiguiéndolo: Cortés tuvo que demorar su partida, y le faltó naturalmente el apoyo que le habría dado ir en compañía de quien como su Capitán General había podido darse cuenta de todas sus hazañas de gue-

rrero; por más que la estrella del propio Capitán marchaba rápidamente hacia su definitivo ocaso, pues ahora lo hostilizaba el propio Virrey Mendoza.

Bernal hubo de conformarse, pues, con que Don Hernando le diera una carta recomendando sus servicios, y otra le expidiera el propio Virrey; pero prudente y conocedor de cuanto se había hecho en contra del mismo Cortés, no se conformó con aquellas cartas, y en 7 de febrero de 1539 solicitó de la Real Audiencia de México que se levantara una información de sus servicios.

Esta se hizo, en efecto, ante Juan Jaramillo, quien a la sazón era Alcalde Ordinario, en los días 10, 12 y 14 del mismo mes. Presentó por testigos a Martín Vázquez, Bartolomé de Villanueva, Miguel Sánchez Garzón y Luis Marín; y no solamente todos ellos testificaron los grandes merecimientos de Bernal, sino que por esa información sabemos que Cortés, en pago de sus servicios, le encomendó, entre otros, el pueblo de Tlapa desde el mes de septiembre de 1522; y aunque Marcos de Aguilar, como antes se dice, no le concedió reparto alguno en México, sí le dió uno en Chamula, y Alonso de Estrada diversas encomiendas en distintos puntos, por cédula de 3 de abril de 1528.

Pero esa misma información nos presenta el lado contrario de aquella estimación de sus ser-





vicios; ya que Baltazar de Osorio, Capitán en Tabasco, lo despojó por la fuerza de la encomienda de Tlapa, y el Capitán Mazariegos, poblador de Chiapas, y quien, como se ha visto, le debió probablemente la vida, puesto que fue a rescatarlo con peligro de la suya cuando estaba herido, le quitó las estancias en Chamula. (5)

Y no fue, de pronto, su viaje a España tan satisfactorio como lo esperaba. La demanda de Bernal fue turnada por el Consejo Real de las Indias al Fiscal Licenciado Juan Villalobos; y éste con mala fe absoluta o con falta completa de escrúpulos y conocimientos, pidió que no se le diera cosa alguna porque "no había sido tal conquistador como decía." (6)

El Consejo, sin embargo, desechando el malévolo pedimiento del Fiscal, por auto de 15 de abril de 1541 resolvió que se le diera cédula real para el Virrey de Nueva España a fin de "que se informe de la calidad y de la cantidad de los pueblos que al dicho Bernal le fueron dados e tuvo e poseyó y le fueron quitados para la población de Chiapa e Tabasco, y le dé en recompensa dellos otros pueblos tales y tan buenos en la misma provincia, para que se aproveche dellos por el tiempo que fuere la voluntad de su Majestad." (7)

Con toda precaución obtuvo otra cédula se-

(5) González Obregón, *Op. cit.* p. 16.

(6) *Cit. por Genaro García, Op. cit., prólogo, p. XLI.*

(7) *García, p. LII.*

mejante para Pedro de Alvarado en Guatemala; y por muerte de éste, el Licenciado Alonso Maldonado le encomendó los pueblos de Zacatepec, Joanagacapa y Mistes, que eran insignificantes, y le ofreció "que habiendo otros de calidad, se los daría e depositaría." (8)

Nada, en cambio, logró en México; volvió a España en 1550, llamado como conquistador más antiguo; consiguió nueva cédula en su favor; la presentó al Licenciado López Serrato y éste ningún caso hizo de ella, a pesar de haber seguido las fórmulas de obediencia acostumbradas; solicitó entonces de la Corte ser admitido en la "real casa en el número de sus criados" y el mismo fracaso fue el resultado de sus esfuerzos. Resolvió entonces vivir el resto de sus días en Guatemala, donde parece que contrajo segundas nupcias, y al menos allá tuvo el respeto de sus contemporáneos, desempeñando los cargos de regidor y de "fiel ejecutor".

Durante su estancia en Guatemala resolvió escribir las memorias de los hechos que constituyeron lo mejor de su vida y aun de sus decepciones más amargas, aun cuando ellas no contienen invectivas contra todos aquellos que no solamente no le hicieron justicia, sino que con injusticia verdadera lo trataron.

Hacia 1568 acabó de sacar en limpio tales me-

(8) *Ibid.*



morias, y refiere que dos licenciados se las pidieron por dos días para ver en qué diferían de lo escrito por los cronistas Gómara y Dr. Illescas. Las prestó y le declararon que les parecía que se alababa mucho "en lo de las batallas y guerras en que me hallé —asienta— y servicios que hice a su Majestad, y que otras personas lo habían de decir y no yo; y también, que para dar más crédito a lo que escribo, diese testigos como suelen poner y alegar los coronistas que aprueban con otros libros de cosas pasadas." (9)

Y aun cuando desde luego se advierte la sinrazón de aquellos críticos, Bernal recuerda la carta que le dió Cortés en 1540 —según aquél, pero que tiene fecha de último de febrero de 1539— quien como testigo irrecusable lo vió batallar "como muy esforzado soldado y salir malamente herido así en la toma de México como en otras muchas conquistas"; recuerda la del Virrey Mendoza, haciendo "relación de lo que había sido informado de los capitanes en compañía de los cuales yo militaba, y conformaba todo con lo que el Marqués escribió y también con probanzas muy bastantes que por mi parte fueron presentadas en el Real Consejo de las Indias en el año de cuarenta."

Todavía agrega: "si no son buenos testigos el Marqués y el Virrey y los capitanes y mis pro-

(9) Cap. [CCXIII]

banzas, quiero dar otro testigo, que no lo había mejor en el mundo, que fue nuestro gran Monarca el cristianísimo Emperador don Carlos nuestro señor de muy celebrada y gloriosa memoria, que sobre ello envió sus cartas selladas en que mandaba a los virreyes y presidentes y gobernadores que en todo sea antepuesto y conozca mejoría como criado suyo y otras recomendaciones que en las reales cartas se contenían."

Ya nosotros sabemos cómo esas recomendaciones fueron desobedecidas, pero es un hecho que ellas existieron, aunque a pesar de ellas vivió pobre y murió pobre, y sólo hubo de conformarse con la satisfacción personal, íntima de sus hazañas.

Así, por ejemplo, hace referencia a la culebrina de cobre, plata y oro que Cortés mandó al Emperador ostentando un ave fénix y esta leyenda:

*Esta ave nació sin par;  
yo en serviros, sin segundo;  
vos sin igual en el mundo.*

Recuerda también el escudo del propio Cortés en que podía poner siete cabezas de reyes, y agrega: "... parte me cabe de las siete cabezas de reyes y de lo que dice en la culebrina, "yo en serviros sin segundo", pues lo ayudé en todas las conquistas y a ganar aquella prez y honra y estado, y es muy bien empleado en su muy vale-



rosa persona y... como he dicho que me hallé en más batallas que Julio César, otra vez lo vuelvo a (a)firmar, lo cual hallarán los curiosos lectores en esta mi relación...”, y en seguida enumera “las batallas y encuentros” en que estuvo.

Aquellas memorias, que el autor intituló *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, aunque citadas por cronistas y bibliógrafos, habían de quedar inéditas durante largos años; cuando la *Verdadera Historia* apareció, ya se sabe que estuvo alterada y trunca, aunque a nuestro juicio su editor —1632— Fray Alonso Ramón, merezca más elogios que reproches. Cupo a México la satisfacción de publicarla en su integridad 376 años después de escrita, pues el Licenciado Genaro García, Director entonces de nuestro Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, reprodujo fielmente la copia fotográfica que del manuscrito se conserva en Guatemala, y sólo le agregó la indispensable puntuación para facilitar su lectura.

Y no se sabe con exactitud la fecha en que murió Bernal, ni se conservan sus restos aunque sí se conoce que fue enterrado en la Antigua ciudad de Guatemala. Según Genaro García, murió en 1581; Luis González Obregón cree que murió en 1584, “pues don José García Granados, guatemalteco, asegura que Díaz del Castillo vivía en 1582, según consta en un pleito judicial en que fue testigo, y posteriormente ya no

aparece su nombre en ningún documento, y por consiguiente no puede haber pasado su muerte después del año de 1583” (10)

La conclusión no es necesaria, porque simplemente pudo no haber firmado nuevos documentos en ese año o después; pero mientras nuevos datos no puedan guiarnos mejor, no habrá inconveniente en aceptar provisionalmente esa fecha; y si nació en el año del descubrimiento del Nuevo Mundo habría contado noventa años al morir.

Por lo que se refiere al entierro, el escritor guatemalteco David Vela en su reciente libro *Literatura Guatemalteca*, p. 102, afirma:

“Fueron sus restos mortales sepultados en la catedral de la ciudad de Santiago, al pie de la tercera pilastra, yendo del altar mayor al toro, del lado del Evangelio, y tuvo el siguiente epitafio: “Aquí están en depósito, descansando en paz, hasta el postrer día del mundo, las cenizas del que “igualó su fama con la pluma; manifestando la “virtud, valor y prudencia con que el cielo pros- “peró la inmortalidad de su memoria, adquirida “en la paz y en el furor de las armas, Bernal “Díaz del Castillo que se halló en ciento diecinue- “ve batallas, en la conquista de Nueva España, Yu- “catán, Guatemala y sus provincias, como uno de “los primeros y principales conquistadores de ellas; “fue de los Regidores de la Muy Noble y Leal

(10) González Obregón, Op. cit.



"Ciudad de los Caballeros de Santiago de Guatemala; y escribió a semejanza de Julio César, primer emperador de la monarquía romana, una historia ilustremente adornada con las luces de sus hechos y verdaderos sucesos de su tiempo, dándose a conocer con ello en los dos hemisferios de ambos soles. Acabó de morir en edad de muchos años y comenzó a vivir sin límites y sin medida. Los doctores don Ambrosio y don Tomás Diez del Castillo Valdés, Deán y Maestro Escuela de la Santa Iglesia de Guatemala y el Maestro don Pedro Cárcamo, sus bisnietos, y otros religiosos y nobles descendientes suyos, no con lágrimas, sino con oraciones y salmos lo colocaron en este monumento, benemérito de otro mayor y más digno."

Como se ha visto, nada valioso consiguió en vida; sus hijos, sin embargo, obtuvieron un título de nobleza, y si Bernal conoció la cédula real expedida por Felipe II en Valladolid a 6 de mayo de 1565, esto es, aproximadamente diez y siete años antes de su muerte, al menos le quedaría la satisfacción de que además del reconocimiento de sus méritos por el Emperador Carlos V, Felipe II los hubiera reconocido igualmente, ya que lo llama "uno de los primeros descubridores y conquistadores de la ciudad de México y Nueva España, donde más principalmente nos sirvió, y después en la conquista y pacificación de la provincia de Guazacualco y en la de Honduras y en

otras partes de nuestras Indias, ayudándolas a conquistar y a poblar con trabajo y riesgo de su persona, poniendo su vida a veces en peligro de perdella, por más se señalar en nuestro servicio, trayendo de ordinario sus armas y caballos a su costa y misión, como bueno y leal vasallo y servidor nuestro..." (11)

Sean, pues, tales juicios del grande aunque discutido Monarca los que cierran esta sumaria recordación que hacemos del descubridor, conquistador y cronista, cuya memoria, a no dudarlo, vivirá por siglos y siglos.

(11) *Nobiliario de Conquistadores de Indias*, compilado por Antonio Paz y Melia, citado por González Obregón en *Cronistas e Historiadores*, p. 26.

Debe agregarse que además de los documentos publicados por Genaro García; por José de J. Núñez y Domínguez en los *Anales de Museo Nacional*; y por Luis González Obregón, en el *Epistolario de Nueva España*, compilado por Francisco del Paso y Troncoso, Vol. VI, hay una cédula expedida en Cigales a 21 de marzo de 1551, para que Teresa Díaz de Padilla, que tenía encomendado un pueblo en Coatzacoalcos, pudiera ir a México o a Guatemala para curarse, sin perder la encomienda a causa de su ausencia; esto, si no se le pudiera cambiar por otro pueblo en Guatemala o en México; y se le otorga el permiso, en su calidad de hija de Bernal Díaz del Castillo. Vol. cit., p. 35.



## I N D I C E

INTRODUCCION .....	5
I. El mundo crece .....	7
II. El primer campo de acción .....	21
III. Hacia lo desconocido .....	35
IV. ¡Tierra! .....	49
V. Sobre las mismas huellas .....	63
VI. La mayor aventura .....	79
VII. Villa rica de la Vera Cruz .....	95
VIII. Hacia la conquista de México .....	109
IX. Motecuhzoma .....	123
X. La Conquista .....	139
XI. Una estéril expedición .....	155
XII. Ingratitudes humanas .....	171



## Colección de "Vidas Mexicanas"

### TOMOS PUBLICADOS:

1. HERNAN CORTES, CREADOR DE LA NACIONALIDAD, por José Vasconcelos. 2a. edición corregida y aumentada.
2. DOÑA MARINA, LA DAMA DE LA CONQUISTA, por Federico Gómez de Orozco.
3. GASTON DE BAOUSSET, CONQUISTADOR DE SONORA, por Joaquín Ramírez Cabañas.
4. DESASOSIEGOS DE FRAY SERVANDO, por Eduardo de Ontañón, Agotada.
5. FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS, EL CONQUISTADOR CONQUISTADO, por Agustín Yáñez, Agotada.
6. MANUEL ACUÑA, POETA DE SU SIGLO, por Benjamín Jarnés.
7. PONCLANO, EL TORERO CON BIGOTES, por Armando de María y Campos.
8. FRAY JUNIPERO SERA, CIVILIZADOR DE LAS CALIFORNIAS, por Pablo Herrera Carrillo.
9. EL CONDE DE REGLA, CRESO DE LA NUEVA ESPAÑA, por Manuel Romero de Terreros, Marqués de San Francisco.

10. FIGURA, AMOR Y MUERTE DE AMADO NERVO, por Bernardo Ortiz de Montellano.
11. FELIPE DE JESUS, EL SANTO CRIOLLO, por Eduardo Enrique Ríos.
12. ITURBIDE, VARON DE DIOS, por Rafael Heliodoro Valle.
13. SOR JUANA INES DE LA CRUZ, POETISA DE CORTE Y CONVENTO, por Elizabeth Wallace.
14. GREGORIO LOPEZ, EL HOMBRE CELESTIAL, por Fernando Ocaranza.
15. ANGELA PERALTA, EL RUISEÑOR MEXICANO, por A. de Ma. y Campos.
16. DON PEDRO MOYA DE CONTRERAS, PRIMER INQUISIDOR DE MEXICO, por Julio Jiménez Ruada.
17. MIGUEL HIDALGO, CONSTRUCTOR DE UNA PATRIA, por José Mancisidor.
18. CARLOTA, LA EMPERATRIZ QUE GOBERNO, por F. Ibarra de Anda.
19. DON ANTONIO DE BENAVIDES, EL INCOGNITO "TAPADO", por José de J. Núñez y Domínguez.
20. MINA, EL ESPAÑOL FRENTE A ESPAÑA, por J. M. Miquel y Vergés.
21. LEONA VICARIO, LA MUJER FUERTE DE LA INDEPENDENCIA, por C. A. Echánove Trujillo.
22. EL PADRE KINO, MISIONERO Y GOBERNANTE, por F. Ibarra de Anda.
23. DON CARLOS DE SIGUENZA Y GONGORA, ERUDITO BARROCO, por José Rojas Garcidueñas.
24. MORELOS, GENIO MILITAR DE LA INDEPENDENCIA, por el Grol. Francisco L. Urquiza.

Cada volumen, con curiosas ilustraciones y portada alegórica ..... \$ 4.00

Encuadernado en tela ..... \$ 6.00



